

ARGIMIRO BUENAVENTURA



Eleazar Ontiveros Paolini



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA



PUBLICACIONES
VICERECTORADO ACADÉMICO



Academia de Mérida

• Rector

Mario Bonucci Rossini

• Vicerrectora Académica

Patricia Rosenzweig Levy

• Vicerrector Administrativo

Manuel Aranguren Rincón

• Secretario

Manuel Joaquín Morocoima

SELLO EDITORIAL
PUBLICACIONES DEL
VICERRECTORADO
ACADÉMICO

Presidenta

Patricia Rosenzweig Levy

Coordinadora

Marysela Coromoto Morillo Moreno

Consejo editorial

Patricia Rosenzweig Levy

Marysela Coromoto Morillo Moreno

Marlene Bauste

María Teresa Celis

Jonás Arturo Montilva

Joan Fernando Chipia L.

María Luisa Lazzaro

Alix Madrid

Francisco Griosolía

EDICIONES
ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones del

Vicerrectorado Académico

Los trabajos publicados en esta colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas.

COLECCIÓN
EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico

ARGIMIRO BUENAVENTURA

Primera edición digital, 2023

© Universidad de Los Andes
Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico de la
Universidad de Los Andes
© Eleazar Ontiveros Paolini

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal: ME2023000119

ISBN: 978-980-11-2126-8



Corrección de estilo:

Dr. Carlos Perdomo Ramírez

Diagramación de la obra:

Dr. Jonás Montilva Calderón

Diseño de la portada:

Dr. Jonás Montilva Calderón

Imagen tomado de: <https://www.canva.com/es>

Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia,
Edificio Central del Rectorado, Mérida,
Venezuela. publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
<http://www2.ula.ve/publicacionesacademicas>
<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los autores
y editores.**

Editado en la República Bolivariana de
Venezuela

EDICIONES ESPECIALES

Esta colección es especial en un sentido antonomástico. Se publican aquí obras cuyo contenido, por la especificidad que contienen, no están sujetas a ser clasificadas en ninguna de nuestras otras colecciones, ya sea porque el tema tratado no es afín a la doctrina de estas, porque su presentación exige diseños y graficaciones muy particulares, o por ambas razones al mismo tiempo.



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO



Academia de Mérida

ARGIMIRO BUENAVENTURA

(Novela)



Academia de Mérida



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

Universidad de Los Andes
Mérida 2023 - Venezuela

ARGIMIRO BUENAVENTURA

(Novela)

ELEAZAR ONTIVEROS PAOLINI

**COLECCIÓN:
EDICIONES ESPECIALES**

Sello Editorial Publicaciones del Vicerrectorado Académico
Universidad de Los Andes

Agradecimientos

Al Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes en la persona de la Vicerrectora Académica Dra. Patricia Rosenzweig Levy, de la Dra. María Teresa Celis, Coordinadora del Vicerrectorado y de la Dra. Marysela Coromoto Morillo Moreno, Coordinadora del Sello Editorial Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes, quiénes hicieron posible la edición de la novela. Al Dr. Jonás Montilva Claderón, por su determinante colaboración al hacer las adecuaciones necesarias al texto, facilitando su edición.

Dedicatoria

A mi esposa, mis hijos: Elcar, Eleazar, Roberto y María.

A mis hermanos fallecidos: Aurelio, Gerardo y César y a los que nos siguen acompañando en el quehacer de la vida: Ebe, Libia, Sandro, Jorge, Orlando, Dinorah y Aurarosa.

A mis amigos: Jonás Montilva, Ricardo Gil Otaiza, José Manuel Quintero Strauss y Fortunato González.

A la Dra. Patricia Rosenzweig Levy, Dra. María Teresa Celis y Dra. Marysela Coromoto Morillo Moreno.

Al Profesor Andrés Mora.

A los Colegas Miembros de la Academia de Mérida.

Al Profesor Ramón Sosa Pérez, Director Ejecutivos de la Academia de Mérida y a las diligentes secretarías de la misma.

ARGIMIRO BUENAVENTURA

(Novela)

Todos en la región conocían a Argimiro Buenaventura desde su juventud. Hombre recio, de ojos negros, mirada penetrante. Alto. Bien parecido, de pelo castaño y dentadura perfecta. Sobresalían sus marcadas arrugas en la frente y unos labios pronunciados. La vena preparata traducía reciedumbre. Era un tanto moreno. Buen jinete y con una envidiable colección de caballos de paso fino: árabes, peruanos, colombianos y mexicanos. De igual manera, y era parte de su orgullo, una cría extraordinaria de gallos de pelea, considerada de las más grandes del país, con ejemplares cubanos, canarios, colombianos, puertorriqueños y andaluces. La afición la había heredado de su padre, criador de gallos finos. Ganaba el 70 de las peleas que “cazaba”, en cualquier parte del país. Rico. Despilfarraba el dinero a manos llenas, en especial cuando decidía hacer sus ruidosas fiestas. Gran bebedor. Enamorado hasta el extremo. Sus mujeres eran muchas. Dada su falta de escrúpulos y la inteligente disposición para urdir tramas a su favor, era señor de la mejor hacienda: “El Paraíso”, a pesar de no ser en verdad de su propiedad, pues su dueño y fundador fue su protector, don Aldo Dini, quien al morir le

dejo el camino libre para adueñársela. La hacienda proveía la carne de calidad reconocida en el estado y en la capital de la república; por lo menos en 30% de la leche que se pasteurizaba en el complejo lácteo de la capital del estado, San Carlos, salía de la ubre de vacas finas importadas que con el tiempo se adaptaron perfectamente al clima, a los pastos sembrados con esmero y al ordeño a mano. Esto último obedecía al hecho de que para la época solo se sabía que en Europa y Estados Unidos se empezaba a utilizar ordeños automáticos, sin que hubiera exportación de los mismos. Muchos lo odiaban por su prepotencia, sus actos de violencia, sus abusos y por una juventud que había transcurrido llena de problemas y enredos que molestaban a una comunidad bastante conservadora. Muchos le temían. Un grupo de allegados llegaban hasta la adulación servil, en especial los que eran objeto de su proverbial e interesada generosidad. A las mujeres que conquistó con buenas artes y que recibieron en recompensa una casa a la que visitaba regularmente, les parecía un hombre excepcional, pero a las que había violado después de no aceptar sus proposiciones, lo detestaban, aunque también a ellas les hubiera fabricado su casa y les resolviera sus necesidades más apremiantes: comida, ropa, manutención de los hijos, si los hubo, y de vez en cuando, algún regalo atractivo.

Desde su perspectiva, necesitaba hacer algo que ningún otro hombre hubiera hecho, pues se sentía superior, diferente y por ello debería tener alguna prerrogativa exclusiva. Quería poseer singularidad y lo que bullía en su mente afiebrada era el poder morir, ver el más allá y regresar, para que su superioridad fuera reconocida por todos, incluyendo a la propia Iglesia. Sin embargo, no dejaba de pensar

que de lograrlo se estaría burlando de la muerte y de los designios de Dios. Pero ese era el gran reto, el de ser un hombre fuera de lo común, único, reconocido mundialmente.

Por su sentido de preponderancia tenía ceguera acerca de errores a los cuales calificaba de situaciones circunstanciales, con lo cual justificaba sus proceder. Sin embargo, y esto era un rasgo bien contradictorio en él, tenía amigos de verdad, sin pensar en la sumisión o dependencia, a lo que se agregaba su preocupación por los demás. Estaba conven- cido, y eso orientaba en mucho su proceder, de que si los demás estaban bien, en especial los de su entorno, también él lo estaría, aunque su concepto del bien era más de carác- ter material que de otro tipo. Paradójicamente asistía a misa todos los domingos, A veces estas se celebraba en la ha- cienda cuando se trataba de festejar un hecho sobresaliente de tipo familiar o popular. Era amigo del obispo metropoli- tano, Monseñor Rulfo Parra, del Gobernador, Dr. César Montalvo, y de todas las autoridades de la región, al igual que de los comerciantes, potentados, industriales, galleros y jugadores viciosos. Su principal amigo y confidente era el párroco de un pueblito situado entre la entrada de la finca y la capital, llamado “El Escobal”, a donde lo habida manda- do el obispo al murmurarse con insistencia de sus amoríos con la hija de unos agricultores de un pueblo del páramo llamado “Las nieves”. Añoraba la bella casa parroquial de ese pueblo, en el cual fungió de párroco por unos dos años, y los regalos que le daban los paperos, campesinos ricos con la siembra y venta del tubérculo. Por desventura no pudo ocultar sus amoríos con Angélica, la hija de don Cipriano, alcohólico, pero gran productor. En adolorido

padre en cada borrachera juraba que mataría al cura. Las quejas de los feligreses hicieron que fuera enviado a esa nueva parroquia, enclavado en las montañas de los Andes, a una altura de 2.000 metros. Con Argimiro mantenía frecuentemente largas conversaciones sobre cualquier tópico, siempre con la compañía de una buena botella de whisky. El sacerdote se llamaba Fray José del Castillo, sevillano de cepa y conocedor como ninguno de gallos de pelea, aunque por razones obvias, no asistía nunca a los encuentros. Contaba que su padre había obtenido una raza andaluza de primera, con la cual hizo mucho dinero, pero una peste aviaria acabó con todos los ejemplares, a partir de lo cual perdió su interés por la cría y la participación en las peleas. Sin variaciones, las conversaciones terminaban con el choque de profundas discrepancias conceptuales en cuanto a la vida, la poligamia, el sexo, Dios, la religión y la fe. Al sacerdote le agradan los encuentros pues lo sacaban de un aburrimiento proverbial, ya que en la aldea no había nada de especial que hacer y solo se distraía cuando tenía que cumplir con los ritos establecidos y las esporádicas fiestas a que era invitado por los campesinos cuando se celebraba un bautizo o un matrimonio. Consideraba como sólida su amistad con Argimiro, aun cuando sabía de las tropelías de su amigo y cómo había llegado a ser el amo de la hacienda. Pero eso, incluido él como sacerdote, ya a nadie le importaba. La crítica a los desmanes se dejaba de lado mientras mantuviera el reparto de prebendas y armara regularmente festejos y comilonas, con cualquier pretexto, en las cuales los invitados bebían y comían *ad libitum*.

La especie de capilla que había comenzado a construir Argimiro seis meses antes, pensando en lo de la resurrección, estaba terminada. Tenía unos quince metros de largo por doce de ancho. Piso de cerámica de color blanco que reflejaba todo lo que se posara sobre ella, como si de un espejo se tratara. Las paredes pintadas de un morado claro. La puerta, un tanto estrecha, para mantener mayor intimidad cuando estuviera solo, era de cedro ricamente labrado con escenas bíblicas, sobresaliendo en el centro por su mayor relieve y tamaño, un Cristo crucificado con rostro que mostraba una profunda tristeza.

Como lo había ordenado, un metro antes de la pared del fondo, sobre una base de cemento de unos diez centímetros, recubierta de una alfombra morada, reposaba una urna de caoba que brillaba por el barniz utilizado. En cada uno de los lados del ataúd sobresalían tres asas de bronce bañadas en oro. El interior estaba revestido de seda de color morado. En la parte posterior una almohada blanca con decenas de cruces bordadas con un morado más intenso que el del revestimiento. Detrás de la urna, a cierta altura, en la pared, un Cristo de bronce inclinado hacia adelante, como si se hubiera colocado pensando en que vigilara permanentemente la urna. A cada lado del cajón tres candelabros de bronce, de más de un metro y medio de altura, con una boca muy amplia, en cada una de las cuales estaba colocada una vela morada de unos cinco centímetros de diámetro. Al pie de la urna, sostenido por una base de metal con un saliente curvo en su parte superior, colgaba un incensario.

En la pared de la derecha, sobre repisas de madera, descansaban más de treinta pares de botas de montar, por las cuales siempre tuvo especial pasión. En la de la izquierda, sostenidos en ganchos clavados sobre cuadrados de madera unos sesenta sombreros de todo tipo, otra de sus debilidades. En cada uno de los cuatro rincones, en el suelo, sillas de montar de gran belleza, compradas una a una en ferias en las que participaba como competidor con sus caballos de paso, famosos en todo el país. Al entrar, a cada lado de la puerta, dos mesas con una calavera de toro en cada una, que se notaba habían sido pulidas prolijamente. A ambos lados, en la parte baja de las paredes laterales, debajo de los sombreros y las botas, cinco floreros destinados a tener siempre azucenas frescas. En el interior de la pared de la entrada, una foto de don Aldo y otra de doña Giovanna, una de su padre, una de su madre y una de Valentina, su esposa ya fallecida. En el techo mandó a copiar a un pintor traído de la capital, la Resurrección de Rafael Sanzio, para concentrarse mirándola mientras en la urna estuviera despierto, esperando el magnífico momento en el cual después de morir cuando la parca lo quisiera, resucitaría para poder contar, como nadie lo había hecho, lo que había en el más allá.

La capilla la construyó sobre una pequeña montaña piramidal situada cerca del río, para lo cual tuvo que aplanar por lo menos unos trecientos metros cuadrados. Alrededor sembró cientos de azucenas, pues según le dijo su mamá desde pequeño, olían a muerto. También hizo una escalera que permitiera el ascenso sin ninguna dificultad. Dado su amor por el color de las flores del araguaney, sembró uno a cada lado de la puerta, retirados de esta unos diez metros y

separados uno del otro por el ancho de la pared frontal de la capilla.

Don Aldo Dini y su esposa, Giovana Pietronilo, había logrado después de muchos años de trabajo y sinsabores, estabilizar la hacienda “El Paraíso”, nombre que le puso don Aldo porque el valle en la que estaba era de una hermosura sin igual. Una planicie con algunas elevaciones montañosas de poca altura, esparcidas en aproximadamente dos mil hectáreas, limitadas por el norte por un río de cierta envergadura llamado “Guacamayo”, dada la cantidad enorme de esas aves que vivían en los árboles de sus orillas. Después de recorrer ese límite, bajaba por el este para seguir su curso más allá del límite sur, representado por la carretera nacional. El este estaba mucho más allá del valle. Lo constituía una línea imaginaria que partía del sitio en que estaba ubicada, al lado de la carretera, la casa del conocido brujo Adalberto, llegando hasta el río “Guacamayo” en su desplazamiento por el norte. Eso representaba muchas hectáreas de montaña rica en caoba. Cuando tuvo recursos, abrió un cauce de unos tres metros de ancho por dos de profundidad, creando un efluente del río que dividía en dos a la finca. Este, en el último tercio sur de la finca, volvía a las aguas originales del río. A intervalos determinados del afluente abrió depósitos que le permitían con facilidad llevar riego a los pastizales en épocas de sequía. El afluente pasaba a unos cincuenta metros del límite de su amplia casa, casi en su totalidad de madera, construida sobre una elevación montañosa y con un balcón que la cir-

cundaba de manera tal que desde el mismo se pudiera ver la totalidad de la Hacienda, los inigualables amaneceres y la luz inconcebible de los crepúsculos al atardecer, bañando de miles de tonos las montañas. Compró padrotes y vacas Brahman de la mejor calidad. Transformó los pastizales autóctonos en potreros sembrados con brachiaria, que creció con rapidez inusitada dada la fertilidad del terreno.

Solo se tenía acceso a la hacienda por una trocha del ancho de un carro, que serpenteaba cientos de árboles gigantescos. Iba desde la carretera, a unos 50 metros a la izquierda de la casa de Adalberto, hasta el encuentro con el valle en su ángulo inferior izquierdo. Logró la trocha después de bregar durante meses talando, a su pesar, cientos de árboles de mucha envergadura. Cuando estaban muy juntos, ideaba curvas que los evitarán. Siempre pensó que la entrada debería ser lo menos llamativa para eludir visitas indeseables, aunque cuando empezó la explotación ganadera, amplió el camino y lo cubrió de granzón, terminando luego por asfaltarlo. Los primeros diez vientres y dos padrotes, los trajo con mucha dificultad de una finca de pie de monte ubicada a unos treinta kilómetros, con la ayuda de campesinos que se convertirían en sus fieles servidores.

Don Dini había trabajado originalmente, empezando una semana después de haber arribado al país, como maestro de obra en una poderosa compañía constructora de la capital del país. De acuerdo con su mujer decidieron gastar solo lo indispensable para poder reunir una buena suma

que les permitiera montar un negocio propio en algún pueblo de la cordillera andina, pues esta le recordaba a su pueblo *Regio Calabria*, situado en los Apeninos, de donde habían llegado después de una travesía atlántica en un pequeño buque carguero. Sufrieron mucho en el viaje, en especial porque llevaban a su hijo recién nacido: Ángel. Compró mapas físicos del país para tratar de acertar en la escogencia del pueblo en donde irían a vivir y montar su negocio. Pensaba en alguna capital de estado no muy desarrollada en la cual pudiera negociar sin tener mucha competencia. Todo apuntó al Estado Libertador. Después de un incómodo viaje durante tres días en un destartalado autobús, llegaron a la capital de la entidad federar seleccionada, San Carlos. En parte se decepcionaron. Era un pueblo pequeño metido entre montañas que hablaban de la imposibilidad de poder expandirse de manera adecuada con los años. Sin embargo, ya todo estaba decidido. Procuró una pensión barata y después de dormir a placer durante toda una noche, se levantó y empezó a recorrer el pueblo, precisando que negocio faltaría. Constató que a pesar de que en la región predominaba la agricultura, no había un negocio bien surtido que vendiera fertilizantes, fungicidas y herramientas agrícolas, ni una buena panadería. Tomó una decisión. Consiguió un local en el centro, muy amplio, lo dividió para montar en el lado derecho la panadería y en el de la izquierda la tienda de artículos para las labores agropecuarias. Decidido optó por viajar a la capital del país. Allí adquirió lo que vendería en la tienda y la maquinaria para la panadería, además de una buena cantidad de sacos de harina. Alquiló un camión y con lo comprado regresó. El chofer le hizo saber que en el futuro no necesitaba ir a la

capital, que bastaba que enviara un telegrama a la distribuidora indicando lo que necesitaba y él, que transportaba sus productos a todo el país, le traería lo solicitado. Así empezó todo. Como el local alquilado era bastante grande, fabricó en el fondo del destinado a la panadería, una pequeña habitación, un baño y una cocina, para ahorrar lo que más se pudiera, acumulando dinero que le permitiera su sueño dorado: tener una hacienda. Los productos empezaron a venderse, al igual que el pan. Hizo amistad con los miembros de la comunidad incluyendo al gobernador y su tren ejecutivo. Doña Giovanna, orientó la fabricación del pan tal como lo hacían sus padres en Italia. Se hizo famoso. Tanto que se alquiló un gran local en la parte baja de un importante edificio y en el instaló de nuevo la panadería, pero ya con mucha más formalidad y lujo, obteniendo el mayor de los éxitos. Para vivir alquiló el apartamento ubicado encima de la panadería. Antes de abrir la nueva panadería, entrenó nuevo personal, decidido a multiplicar la producción, pues la fabricación implicaba pararse a las cinco de la mañana, poner leña en el horno y empezar a amasar la harina, a eso de las seis de la mañana, limpiar con manteca los latones, colocar en ellos el pan crudo y a las siete sacarlo del horno. Como algunos inquilinos del edificio se quejaron por el calor que en la madrugada esparcía del horno, optó por alquilar el tercer piso de manera tal que se interpusiera una barrera grade entre el horno y los vecinos de los otros pisos. Todo se vendía entre las 7 y 12 de la mañana. En el resto del día ofrecía pastas, tortas, palmeritas y a eso de las cinco de nuevo pan recién horneado. El local anterior, después de comprarlo, lo mejoró y amplió el negocio de los insumos agrícolas, pero dada las exigencias de la pana-

dería, decidió alquilarlo a su amigo y paisano, Pietro Semidey, que en pocos años se hizo rico. Este, en un momento dado, ya con mucho dinero, regresó a Italia con su familia, sin pensar en volver. Ante tal situación y como ya se habían montado en el pueblo negocios similares, decidió rematar todos los productos de la tienda y al terminar de venderlos, como ya había comprado los locales del edificio donde estaba la panadería, empezó a construir en el sitio una bella casa-quinta.

— Pero Argimiro — dijo el padre del Castillo en tono de reproche, tratando de ser convincente — solo a ti se te ocurre semejante barrabasada. Es una vaina de locos, de tarados, de endemoniados. Hasta diría que es una herejía no más pensarlo o que todo lo impulsa un arranque de influencia diabólica. Supe lo de la capilla y lo que pretendes. ¿Es que acaso eres tan pendejo, tan soberbio, tan arrogante y altanero como para pretender que puedes ver lo que hay en el más allá y regresar así como así? Siempre creí que por tu manera de ser le temías más que nada al ridículo. Has exhibido tu poder a punta de real, de imposiciones y de algunos deslices que conozco y ahora piensas caerte de cabeza como cuando alguien pisa un suelo lleno de aceite, para risa de los que observan la caída ¡Piénsalo bien! En lo que tratas de hacer hay dos situaciones importantes que aclarar para ver si neutralizamos tu estupidez . La primera, que lo que pretendes está vedado desde que el hombre es hombre, e intentar lograrlo es simple y llamante hacer el ridículo con algo tan descabellado. Es tener la sensación de ser un ente igual a Dios. Ni los hombres más santos pensa-

ron en eso. Lo otro es que en cada uno de nosotros viven y reviven pensamientos, pero el más grave es el de intentar ir a la otredad al morir y volver para contarlo. Es casi como pretender reunirse con Dios, hablar con él y después venir a contar como es y sobre lo que se conversó. Mira, incluso, muchas religiones, entre ellas el Islam, sostienen que hasta es pecado tratar de imaginarse como es Dios. ¿Y tú pretendes no imaginártelo sino verlo? ¿O por lo menos ver la magnificencia de la eternidad, antes de que mueras? Es decir, ¿Pretendes imitar a Cristo en cuanto a su resurrección? Eso es algo que solo cabe en la cabeza de un chiflado y tú no lo estás, a pesar de que ya 68 años empiezan a tras-tómate un poco.

— Mí querido amigo — dijo Argimiro asumiendo un tono burlón, después de apurar con prontitud un poco de whisky — yo solo pretendo intentarlo. No sé si podre lograrlo, pero hay muchos casos en que las personas han muerto y regresado a la vida. Usted mismo me ha insistido en que el hombre debe tener plena fe, voluntad y enfrentar lo que sea necesario para conseguir lo que se propone.

— Pero coño, Argimiro, eso es muy diferente, todo está referido a lo que debemos hacer mientras vivamos y en ello no cuenta lo que pretendes. Además, la doctrina nos enseña que es un vicio capital el pretender un fin excesivo, aun sabiendo de antemano que es imposible lograrlo. Y para que lo sepas, eso sirve para calificar la soberbia de los hombres que como tal es el pecado capital del cual se derivan los otros seis.

— Pero sean cuales sean los argumentos, mi amigo, voy a intentarlo — ripostó con firmeza Argimiro a la vez que se

empinaba otro trago de whisky y miraba a su amigo con cierto desdén —. Se dé muchos casos, lo he leído en algunos libros y revistas, de personas declaradas muertas por los médicos y que regresan a la vida como si nada hubiera pasado ¿Si eso ha sucedido en otros por qué no me puede suceder a mí cuando con seguridad, a diferencia de todos ellos yo lo he deseado vehementemente, mientras que para ellos ha sido circunstancial, a lo que se agrega que he construido un escenario adecuado para lograrlo?

— Pero no debes atenerte a argumento tan espurio, pues es ver la situación con mucha simpleza. La ciencia ha demostrado que todos son casos de catalepsia, es decir, de accidentes nerviosos de índole histérica, caracterizados por la suspensión de las sensaciones y la inmovilidad del cuerpo en cualquier postura que se le coloque.

— Eso no me convence — replicó Argimiro alzando un poco la voz que empezaba a tartamudear por efecto del alcohol —. En muchos de los casos que he leído el parte médico dice que no se trataba de una catalepsia, sino de una verdadera muerte.

— Y además, querido amigo — continuó Argimiro tratando de ser convincente y bajando el tono — se dé muchos casos en que la muerte fue comprobada. Yo he leído en algunas revistas artículos relacionados con el tema y son miles los que han vuelto a la vida. Recuerdo por ejemplo el de un joven que apareció inconsciente en un bosque y fue trasladado al hospital donde se le declaró muerto, pero cuando iban a empezar la autopsia en muchacho despertó. Otro que recuerdo es el de un niño que murió de neumonía y durante el velorio despertó y pidió un vaso de agua.

Fue llevado al hospital, pero murió en la ambulancia. Hay el caso de una muchacha a quien el corazón se le detuvo de repente. Se quedó inmóvil, muerta, durante una hora. Luego vino el sacerdote, su consejero espiritual, se arrodilló para orar y al hacerlo el corazón de la joven empezó a latir. Y hay un caso interesante que se describe en un libro dedicado al tema. Se asegura que el famoso filósofo Platón, y recuerda que yo soy buen lector, al cual usted conoce perfectamente, en uno de sus diálogos, uno llamado si mal no recuerdo “La República”, cuenta la historia de un soldado llamado Er, que a los doce días de muerto despertó y que después de hacerlo contó que había vivido en el más allá, donde le hicieron conocer que habrá un juicio a cada hombre basado en el bien y el mal que haya hecho en vida.

— Insisto, Argimiro — apuntó el sacerdote mostrando una aguda molestia —, ya te dije que se trata de catalepsias y no de algo diferente.

— ¿Y qué me dices de aquel pasaje bíblico en que Jesús le pidió a sus discípulos que resucitaran muertos, purificaran leprosos y expulsaran demonios?

— Mira Argimiro. Si bien me alegro de que hayas leído la biblia, esta no se puede interpretar literalmente. En mucho de su contenido hay simbolismos y parábolas que hay que analizar con propiedad para determinar lo que en verdad quieren decir. En el caso que tú planteas, Jesús no se refería a los muertos físicamente, sino a los muertos espiritualmente. Te pongo otro ejemplo, a lo mejor más ilustrativo que el anterior pues hace referencia a la resurrección. Después de sacar Jesús a los mercaderes del templo y decir que lo derrumbaría y a los tres días lo reconstruiría, se estaba

refiriendo a su muerte y que al tercer día resucitaría. No tenía que ver con el edificio donde estaba el templo, como se puede creer si se lee sin interpretar el texto.

— Eso está muy bien — manifestó Argimiro afectando seguridad a la vez que encendía un oloroso tabaco — pero hay muchos eruditos cristianos, también lo he leído, que aseguran que hay casos en los que ni siquiera se necesitan santos milagrosos, sino que bastan las oraciones de los creyentes; pero aclaran que la cuestión no es automática, pues es Dios quien los escoge para que se cumplan algunos de sus propósitos mediante aquellos a quien da una nueva vida. Que en verdad no se trata de un privilegio sino de una responsabilidad en cuanto a enfrentar la nueva vida de una manera ejemplar. Y pregunto ¿no puede ser ese mi caso?

— Ahora si es verdad que estamos mejorando. Si fuera cierto y Dios escogiera, creo que tú no estarías en la lista, pues si bien con los años has cambiado, tienes, tú lo sabes y yo lo sé, pecados muy grandes, que espero que un día te confieses para empezar a alcanzar el perdón.

— Creo que estás desviando la conversación — acotó Argimiro afectando cierta molestia — y noto que te incomodas. Quiero agregar, para no decir más nada, que en algunos casos la persona dice haber tenido conciencia de que está muerta; otros que suben y ven su cuerpo muerto abajo, en la urna, y a todos los presentes en el velorio; algunos dicen viajar, es lo más común, por un túnel largo y oscuro, al final del cual les espera una luz maravillosa; otros dicen haber sentido una profunda paz y bienestar total y que logran reunirse con sus familiares fallecidos; por último, algunos más dicen haber visto su vida como si se tratara de

una película. Pero hay algo común en todos — enfatizó Argimiro como si de un argumento irrefutable se tratara — de vuelta al mundo cambiaron su forma de vida, haciéndola más pura en el sentido cristiano.

— Eso, repito, son especulaciones y solo especulaciones — señaló en Fraile que empezaba a sentirse molesto por considerar que estaba sumido en una discusión del todo improcedente —. Sin duda se trata de sueños mientras dura el estado cataléptico. Pero dejemos la discusión por hoy — sugirió con amabilidad el sacerdote a la vez que llenaba las copas — Mejor vamos a tomarnos el doce años acostumbrado y en otra ocasión seguiremos la conversación. Eso sí, antes de que inaugures la supuesta capilla y hayas colocado la urna, comprueba si cabes en ella con comodidad — concluyó Frai Luis a la vez que dejaba escapar una sonora carcajada.

— De acuerdo, pero recuerda que tendrás que bendecirla el día de la inauguración. Creo que hacerlo no tiene nada que ver con lo demás. Allí no habrá nada que huelga a satanás.

— Lo pensaremos. Tengo que pensarlo con detenimiento.

I

— ¡Mariantonia! — gritó con su recia voz don Argimiro desde la mecedora que colocada en el pasillo del frente de la casa, utilizaba tarde a tarde, saboreando los puros Cohiba que a un elevado precio le traían de Cuba. Invariablemente meditaba sobre su vida envuelta en las volutas de

humo, mientras contemplaba las fértiles tierras de la hacienda, de las cuales no conocía exactamente su extensión y recibía el tibio viento que venía del norte acariciando todos los espacios. Los pastizales se perlaban con el sol que ya empezaba a declinar. El mugir de las vacas, proveniente del ordeñadero le parecía una sinfonía que lo deleitaba a diario. Aguzaba la vista tratando de precisar la preciosidad de sus caballos, considerados como inigualables. Por la cercanía apreciaba como Rodrigo acariciaba los gallos de pelea y les colocaba el alimento con verdadera devoción. El río que había ideado don Aldo como efluente del gran “Guacamayo” y que discurría por el límite norte, con su susurro le estimulaba la memoria para mirar como una película todo lo que había pasado para llegar a ser el amo del “Paraíso”. Se sentía completamente realizado, aunque a cada momento el pensamiento se desviva recordándole lo que había hecho para poder llegar a donde estaba.

— ¡Mande usted, mi señor! — dijo la mujer con voz ronca, ya entrada en años, después de dejar su oficio en la cocina y correr con afán al llamado del patrón —. No acudir con prontitud, lo sabía, era recibir un duro regaño y por nada del mundo quería que Argimiro tuviera la menor modestia. No en vano él era parte determinante de su vida. Le había dado con creces todo lo que necesitaba para vivir holgadamente, menos, y eso le roía el corazón, una palabra de cariño, de reconocimiento. Aunque trataba de no sentir herida alguna en sus sentimientos siempre creyó estar enamorada de un hombre que nunca le haría el menor caso, pues ni siquiera tenía el atractivo de alguna de las amantes que le conocía y vaya que las conocía todas. Por lo demás, a su hijo Tomás lo proveía de todo lo necesario y se había em-

peñado en que se convirtiera en un muy buen criador de gallos de pelás, con lo cual estimaba que le labraba un futuro adecuado si a ello se sumaba el haberlo ya hecho buen ordeñador.

— ¿Ya está listo todo? ¿Has hecho lo que te he mandado? ¿No falta nada?— Mira, te recuerdo — dijo con cierta ansiedad — que hace una semana Valentina se me apareció, como siempre, con su vestido blanco de novia, y me dijo, a pesar de que terminó odiándome, que ya estaba cansada de que viviera, pues esperaba mi llegada al infierno. Que además estaba preocupada porque le habían advertido de que si no me apuraba, la pasarían a otra dimensión muy superior, en donde no podría gozar viendo mis sufrimientos. Mariantonia, antes de contestar pensó que el patrón deliraba, pues Valentina desde el otro mundo no era posible que lo llamara como deseando su presencia aunque fuera para verlo padeciendo, pues bastante la había hecho sufrir mientras duró el matrimonio.

— Si, ya lo sé, pero eso si escapa de mis manos — acotó la nerviosa mujer con preocupación — Lo que me ha pedido está todo listo. La capilla se construyó en un todo de acuerdo a sus indicaciones. Sólo falta el detalle de colocar frente a la urna, a ambos lados de la puerta, en mesas, dos calaveras de dos toros, lo que haré cuando se hayan secado. No las había puesto pensando en que si no estaban bien secas, a lo mejor producirían malos olores y eso le quitaría frescura a su deseado refugio. Por otra parte, solo al estar listas las puedo pulir bien para que brillen haciéndole recordar su amor al ganado.

— Mira, mujer — dijo Argimiro con su invariable tono de mando y prepotencia — Que no pase mucho tiempo. Todo, pero absolutamente todo lo que ha tenido significado en mi vida debe estar presente, y el ganado ha sido, tú lo sabes mejor que nadie y lo has recordado, mi compañero inseparable, al que le debo lo que he alcanzado paso a paso.

— Tenga la seguridad patrón — aseguro Mariantonia, a la vez que trataba de espantar el humo y el olor del tabaco moviendo su mano frente a la nariz— que al terminar de cocinar la cena y aunque sea de noche, voy a terminar de limpiarlas de cualquier resto de carne. ¡Ah! Y prepare el estómago, que le estoy cocinando su plato favorito: lengua de toro a la vinagreta.

— Quiero decirte — afirmó Argimiro como nunca antes lo había hecho — que siempre he apreciado la forma en que me has atendido. Ten la plena seguridad, y no digo ahora de que se trata pues se perdería la sorpresa, de que recibirás algo especial y que está asentado en mi testamento. Te adelanto que lo que te voy a dejar te permitirá vivir cómodamente por el resto de tu vida y terminar de criar a mi ahijado Tomás. Es tanto que puedes mantener sus estudios en la ciudad, como creo que es lo conveniente... Sé que eso es del agrado de Valentina, pues me lo ha comentado cuando cada noche, sorpresivamente y causándome un malestar extraño, viene a sentarse en mi cama a recordarme mis canalladas, en especial en las noches muy oscuras y en que los ruidos provenientes de la montaña se acentúan. Pero vamos a lo que interesa— enfatizó—. Te lo pregunto

todo de nuevo porque como me lo había propuesto, sólo entraré a la capilla cuando no falte nada de lo que ordené, pues puede que se pierda lo que se me aseguró aquella noche de navidad, cuando salí a dar un paseo por la vaquera, la voz de penumbra del viejo ordeñador don Cipriano, quien me dijo que me sucedería algo excepcional. A la vez que ordeñaba con sus manos esqueléticas a su vaca preferida “La Negra”, me ponía en autos sobre la cuestión, es decir, me indicaba lo que debía colocar en la capilla, so pena de no ser tomado en cuenta para la resurrección. Fueron testigos de excepción sus padres que venían del más allá todos los días, a la hora del ordeño, para tomar un vaso de leche y platicar con su hijo sobre la bienaventuranza de haber llevado una vida honrada. También esa noche le advirtieron sus padres, lo oí perfectamente, que en un mes vendrían a buscarlo definitivamente para que le hicieran compañía a diario y así no ordeñaría nunca más. Pero su desaparición no fue definitiva, sigo hablando con él cada vez que se me ocurre ir de noche al ordeño. Me complace verlo después de muerto, a pesar de lo que le habían asegurado sus padres mentirosamente, que no seguiría con la rutina de ordeñar a su vaca preferida. Lo malo es que ya perdió el habla y lo único que hace es mirarme fijamente con sus ojos espectrales. No me dice nada, a pesar de que le insisto en que me cuente cómo es el más allá.

— ¿Está la urna hecha cómo lo mandé: de caoba fina, un forro de fino terciopelo morado y un sistema como el de las camas clínicas que permitan levantar el respaldo?

— Así está hecha, mi señor.

— ¿Y la pusieron en todo el centro de la habitación sobre una tarima de diez centímetros forrada con una alfombra morada, que me permita pararme sin dificultad para ir al baño?

— Mismamente.

— ¿Y La almohada?

— Igualita a como la ordenó: blanca con cruces de un morado más intenso que el del revestimiento de la urna.

— ¿Pusieron los seis cirios de plata y de un metro cincuenta de altos, tres en el lado derecho y tres en el lado izquierdo, con velones morados y de estos compraron las tres docenas encomendadas?

— Sin duda, patrón. Así se hizo. Y los velones se guardan en la tarima que se hizo hueca y con una puerta al lado derecho de manera que sirviera de depósito.

— Buen detalle. ¿Pusieron los diez floreros, cinco pegados en la pared de la izquierda y cinco en la pared de la derecha y negociaron las azucenas por siete meses, para que las traigan de inmediato cuando sea menester cambiarlas?

— Así se hizo.

— ¿Y pusieron las fotos de los doce hijos que conozco detrás de la pared de la entrada y la de don Aldo y la señora Giovanna, la de mi madre y mi padre, las de mis nietos y la de Valentina, con un buen marco?

— También eso se hizo a su satisfacción.

— ¿En el respaldo de la urna, en la pared, colocaron ese Cristo de pie, inclinado mirando a la urna, tamaño natural,

que me hizo expresamente ese locato del Belisario, en momentos en que todavía el alcohol le permitía esculpir con belleza la madera?

— Si. Y le digo que quedó bellísimo. Por cierto que Belisario murió la semana pasada completamente borracho, cuando bebía aguardiente en la plaza del pueblo. Cuentan, yo no lo he visto todavía, que durante las noches recorre la hacienda y hace esculturas de barro que cuando amanece desaparecen como por arte de magia al influjo del sol.

— ¿Colocaron las doce sillas talladas, revestidas de terciopelo morado enfrente de la urna, a eso de unos tres metros?

— Están colocadas.

— Ya le dijo a Crispulo que su trabajo de ahora en adelante será el de servir de portero y con órdenes precisas de no dejar entrar a más de diez personas a la vez?

— Sí. Ya se le dijo y está de acuerdo. Dejará de trabajar en el matadero. Le hemos comprado tres trajes negros, como usted dijo, para que siempre esté presentable, aunque cuando se los midieron y le colocaron la corbata, se sentía muy incómodo. Se construyó una pequeña habitación cerca de la puerta, para que haga sus necesidades y duerma cuando no esté de guardia, que según lo decidido por usted, será de siete de la mañana a doce de la noche todos los días. La comida se la llevo yo.

— ¿Y las paredes, las pintaron todas de violeta como ordené?

— Sí, se pintaron de ese color.

- ¿Y colocaron un incensario fijo a pie de la urna, de manera que nunca esté apagado?
- Si, se colocó al pie de la urna, un poco separado de los cirios. El padre Del Castillo nos hizo el favor de comprarnos siete kilos de incienso, a pesar, como usted lo sabe, que está en completo desacuerdo con sus pretensiones.
- ¿Y la colección de botas y de sombreros en las paredes?
- Mismamente. Bien ordenadas.
- El con sus vainas y yo con las mías, no hay fuerza en el mundo que me haga desistir de mis propósitos.
- ¿Y la pintura que mandé hacer en el techo, la copia de “La Resurrección” de Rafael de Sanzio?
- Yo vi la foto por la cual se guió Renato Gutiérrez, el pintor, y creo que quedó igualita. Incluso de colores más vivos que el original. Cuando usted se acueste en la urna, antes de dormirse, se embelesará mirándola detalle a detalle.
- Espero que sea así, pues muy buena plata le pagué. Creo incluso que se me fue la mano. Pero como vino de la capital, es mejor no quejarse
- Cuando todo esté colocado en su sitio y de la manera como lo ordené, me avisas para hacer la gran fiesta de inauguración. Y quiero que sea para dentro de tres domingos. Aunque se me va arrechar, convidaré el padre del Castillo para que bendiga el local. Eso me parece necesario y propiciatorio.

El muchacho, de unos 16 años estaba parado en la puerta de la panadería sin atreverse a entrar. Mal vestido, flaco, lánguido y de mirada extraviada resultaba fácil apreciar que su cuerpo no había recibido un buen baño en mucho tiempo, ni comido adecuadamente. Don Aldo al verlo, dedujo que debería tener hambre bien atrasada. Desde detrás del mostrador le hizo señas para que entrara. El muchacho desconfiado se acercó con cautela y al estar frente a señor que le dijo que entrara, recibió de este una acema y un refresco. El muchacho prácticamente devoró el pan y de un solo trago, sin respirar, se tomó el refresco. Don Aldo se quedó mirándolo con detenimiento, pensando que allí estaba acumulada el hambre de todos los hombres. Los ojos del muchacho eran vivaces, desconfiados y denotaban inteligencia.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó don Aldo tratando de romper el hermetismo que se notaba en el muchacho.

— Me llamo Argimiro — contestó con timidez a la vez que se secaba la boca con el brazo y miraba desconfiado a las personas que sentadas en las mesas disfrutaban de un buen café.

— ¿Y el apellido?

— Mi papa me dijo que Buenaventura. Sé leer muy bien — afirmó el muchacho con voz entrecortada, como si de repente hubiera perdido parte de su timidez, dada la generosidad del panadero. Confiado, siguió hablando sin detenerse: mi papá era bachiller, empleado en la prefectura como escribiente. Cuando se fue p´al monte, huyendo de la policía, se llevó algunos libros y me enseñó a leer muy

bien; sobraba tiempo para las clases. Los libros que cargó en su equipaje sobre historia de Venezuela, geografía, aritmética y castellano, prácticamente me los aprendí de memoria. Igual pasó con el catecismo. Él también era el mejor gallero de la región. Todos los aficionados recuerdan la pelea, me lo contaba una y otra vez, con un gallo del Presidente de la República, al cual venció. El Presidente, como premio, le dio 20 morocotas y le regalo dos gallos cubanos. También en unas ferias de la ciudad, eso lo supo todo el pueblo, le ganó a un gallo de Germán Altuve, el hijo del Dr. Altuve, y se recuerda que éste al ver su gallo muerto le dio un disparo al de mi papá. Con ese hecho empezó la desgracia de mi padre, pues terminó matando al muchacho de un disparo.

— ¿Dónde vivías? ¿Qué hacías? ¿Y tus padres? — continuó preguntando ansioso don Aldo.

— Pues mire....

— Llámame don Aldo, así es mi nombre.

— Pues Aldo — dijo el muchacho acelerando lo que contaba — yo vivía con mis padres en una cabaña en una hondonada entre dos montañas. Hizo la cabaña allí porque cerca corría un arroyo y estaba parcialmente oculta. Vivíamos, para poder comer, de lo que lográbamos cazar. Yo sé cómo cazar conejos, agarrar cachicamos y lapas y como ponerle algunas trampas a los venados y jabalíes. Se usar la cauchera para matar pájaros. También sembrábamos papa, un poco de maíz y teníamos algunos lechosos. Mi padre que mató, como ya dije, al tal Germán Atuve mucho tiempo después de este haberle matado su gallo, huyó con mi

mamá y conmigo. Creo que todos se olvidaron de él. Murió hace tres semanas. Cuando supo que su muerte se aproximaba, me dijo que al igual que mamá, moría de aburrimiento y que esperaba pasar a una mejor vida. El añoraba sus gallos. Todos los días me hablaba de ellos y me contaba de todas las peleas que ganó. Le notaba una profunda tristeza cuando recordaba su gran afección a los desafíos. Yo estuve presente en la que el Germán le mató su gallo de un disparo. Antes de morir también me dijo que de una manera u otra se comunicaría conmigo y que nos veríamos de nuevo cuando decidiera volver a la cabaña. Hice un hoyo trabajando todo un día, lo envolví en una cobija y lo enterré. Mi mamá murió antes, al año de llegar a la montaña, cuando parió a mi hermano que también murió al nomás nacer. Ella también me decía que la mataba el aburrimiento. Cuando empecé el hoyo la vi parada junto a mí, como si vigilara el entierro de mi padre y me ayudó a pesar de su debilidad, a sacar la tierra. Al terminar de tapanlo, ella se fue como había venido. Antes la veía sentada en el catre de mi papá todas las noches, como cuidándole el sueño. Cuando mi padre se fue para la montaña yo tenía unos ocho años, creo que ahora tengo 15 o 16. Nunca llevé la cuenta. Allá en la montaña eso poco importa. Al decidir venirme para el pueblo a buscar algo distinto, mi padre, que estaba con cara de eternidad sentado frente a la casa sobre un pedazo de tronco hecho silla, se paró y sin decir palabra alguna me acompañó hasta el borde de la carretera. Al llegar a éste dijo que regresara al pueblo pues era lo mejor que podía hacer, ya que de seguir allí también moriría más temprano que tarde de fastidio. Luego me dejó solo y emprendió el camino de regreso a su fosa. Sé que cuando

quiera verlo a él y a mi mamá, debo ir hasta la cabaña. En las noches he soñado con ellos y me dicen que ahora están más aburridos que cuando vivían, pues en el sitio ni siquiera hay otros muertos para conversar.

— Espera, espera — dijo con cierta ansiedad don Aldo al escuchar lo que el muchacho le decía, sin darle credibilidad a lo que le contaba de sus padres y pensando que estaba trastornado y por tal delirando —. Calculando sus palabras le preguntó: ¿Quiere decir que tú conoces muy bien las montañas que rodean a la ciudad? ¿Cómo se llama en la que vivías?

— Pues sí — afirmó el muchacho con seguridad — esa montaña la llaman La Tupida, pues está llena de árboles y no hay muchos claros. Solo un gran valle que se veía en el fondo, a lo lejos, que me parecía era donde debíamos construir una nueva cabaña, pero mi papa alegaba que era muy al descubierto y cualquiera podría al rondar por allá, verla, reconocerlo y luego avisar a la policía. Yo bajaba de vez en cuando ponerle trampas a los conejos. En la parte de arriba del valle hay un río que mientan “Guacamayo”, según me dijo un cazador de venados. En el sacaba bagres y cachamas con anzuelos que hice de palo bien afinado o con huesos de jabalí y utilizando lombrices de tierra como carnada. En ese río desemboca la quebrada que pasaba cerca de la cabaña, construida está en una hondonada, como ya lo dije, para que no fuera vista.

— Pero dime — exigió Don Aldo mostrando el mayor interés y casi superponiendo las preguntas — ¿en ese valle no se veía gente ni nadie tenía alguna casa fabricada o había

ganado pastando? ¿Qué tamaño tiene? ¿Cómo es? ¿Se puede llegar allí con facilidad?

— No mi señor, allí nunca vi a nadie. Mire usted. De la carretera hasta allá hay por lo menos cuatro o cinco horas a pie y se tiene que atravesar parte de la tupida montaña en donde no hay ni siquiera una trocha. Es inmenso. Yo no sé calcular su tamaño, pero yo requería por lo menos dos horas para atravesarlo.

— ¿Y tú sabrías llegar allá con seguridad? ¿Te acuerdas del camino?

— Claro mi don, en algunas oportunidades me asomé al pueblo por curiosidad y después de robar algunas cosas, sobre todo comida, regresaba sin problema, a pesar de que era un viaje largo. Me sé orientar sin dificultad.

— Mira mijo — señaló don Aldo con un tono patriarcal y esperando congraciarse con el muchacho — yo puedo darte trabajo en la panadería. Me puedes ayudar a hacer los mandados, aprender a hacer pan y también ayudar a mi señora, se llama Giovanna, a hacer el mercado. Te puedo dar una pieza que hay detrás de la panadería, con baño y todo. Te cuento que cuando yo llegué, en ella habitamos mi mujer y yo con mi pequeño hijo que se llama Ángel. Ese cuarto te lo voy a dar. Eso sí, espero que no sigas con esos cuentos fantásticos de la conversación con los muertos, pues me pones nervioso.

El muchacho asintió con alegría. Le había resultado más fácil de lo pensado conseguir un trabajo y donde vivir. El panadero le pareció una persona buena y lo sentía sincero. Además supo que su hijo tenía su misma edad, con el cual

podía compartir muchas cosas, haciéndolo su amigo, aunque, lo supo después, sentía vocación sacerdotal y al terminar el bachillerato ingresaría en el Seminario. Tal como se lo dijo don Aldo después de que con el contacto diario creció la confianza, le resultaba muy cuesta arriba aceptar la decisión de su muchacho, pero como buen católico nunca se opuso. Siempre tuvo la esperanza de que en el futuro se encargara de su negocio, pero por desgracia no sucedería así.

Cuando la policía supo que el Argimiro que trabajaba con don Aldo era nada menos que el hijo de Ruperto, el asesino de Germán Altuve, lo llevaron a la prefectura para interrogarlo, tratando de conseguir datos que le permitirán atrapar al criminal.

—Mira mijito— dijo don Anselmo Gómez, el Prefecto, demostrando autoridad y tratando de ser persuasivo — ¿Dónde coño está metido tu papá? ¿Es necesario que me lo digas pues tiene que pagar su crimen? Debes saber que la justicia te puede castigar por encubridor si no lo delatas.

— Mire, señor — dijo Argimiro demostrando una tranquilidad asombrosa que confundió al Prefecto — Por mi papá ya no se preocupe. El y mi mamá murieron. Él hace unos días, más o menos una semana. Mi mamá murió mucho antes, cuando trataba de dar a luz. Yo mismo los enterré y después sin pensar en más nada bajé de las montañas buscando la carretera, tal como me lo sugirió mi padre.

— ¿Y se puede saber dónde lo enterraste? — preguntó de inmediato don Anselmo, tratando de determinar si el muchacho mentía.

— Pues lo enterré cerca de la cabaña que construyó en la montaña, donde a pesar de todo vivimos tranquilos varios años.

— ¿Y se puede saber dónde queda esa cabaña?

— Bueno — respondió Argimiro para despistar al prefecto y evitar que la policía llegara a la cabaña, recordando lo que Adalberto, el brujo, le había dicho que contara a la policía.

— Yo no sé precisar, pero si recuerdo que bajé y bajé hasta que llegué a una aldea que llaman “Capirí”. Luego caminé unos tres kilómetros hasta que me conseguí con una casa al borde de la carretera. Muerto de hambre y de sed toqué a la puerta y un señor muy atento, de nombre Adalberto, me la abrió y me mandó a entrar. Me dio agua y comida. Después supe que conoció a mi papa y que hasta fueron amigos. Allí dormí. Al otro día me dio alguna plata, esperé un autobús y llegué a la ciudad.

— Está bien — afirmó el prefecto — creo que me has dicho la verdad, pero sin embargo seguiré investigando, empezando por hablar con Adalberto. Ten presente — advirtió — que de haberme dicho mentiras y yo las llegara a comprobar, no tendré la más mínima consideración para meterte a la cárcel. Adiós y recuerda que vivir con una persona como don Aldo, es un privilegio. Pórtate de lo mejor.

Argimiro, imperturbable, considerando por la conversación que era superior al Prefecto, salió sonriendo. Tuvo la seguridad de que nunca daría con la cabaña de su padre.

Argimiro le resultó a don Aldo una joya de colaborador. Nunca se cansaba. Estaba dispuesto a todo tipo de trabajo y en el momento en que fuera requerido. Mejoró su aspecto y se fue convirtiendo en un hombre bien parecido. Al cumplir 19 años ya incluso le resultaba indispensable y tenía la capacidad para dirigir la panadería, manejar la caja, sacar las cuentas, hacer los depósitos en el banco y tomar iniciativas. Había crecido y su esbelta figura le resultaba atractiva a las mujeres del pueblo. Parecía que nadie se acordaba del crimen de su papá. Sin embargo, era su gran defecto, le gustaba demasiado la juerga, consumía aguardiente con regularidad, había sostenido algunas peleas con apostadores y era prepotente. Jugaba ajiley hasta altas horas de la noche, con pandillas de viciosos y tracaleros, a los que terminó superando en el manejo de las cartas y en la certeza de las apuestas. Generalmente ganaba, aunque a veces perdía a propósito, para no desanimar a sus compinches en el juego. Pero su pasión eran las peleas de gallos. Llevaba sin que hubiera disminuido un ápice, la pasión que su padre le inculcó desde los primeros años de su vida. Tenía el don de ganar en la mayoría de los casos al seleccionar con conocimiento pleno cuál era el gallo superior de los que se enfrentaban. Nunca pudo explicarse el porqué de tantos triunfos pues escogía a su favorito a primera vista. Era un don. Le bastaba mirar los gallos en disputa de soslayo, en el momento en que los pesaban, para recibir una especie de mensaje que le decía a cuál apostar. Pensaba que eran cosas de su padre que se lo comunicaba desde la otredad. Los viernes, invariablemente, al cerrarse la panadería a eso de las nueve de la noche, iba a un prostíbulo llamado “La

boca de la ballena”, ubicado en las afueras del pueblo y en donde al armarse una trifulca por la preferencia de una prostituta recién llegada de la capital, recibió una puñalada en el estómago que requirió una intervención quirúrgica y estar en el hospital durante varios días. El hombre que lo apuñaleó apareció unos veinte días después muerto en la orilla de una quebrada cercana al pueblo. Se determinó que la muerte se debió a fuertes golpes que le propinaron en la cabeza con algo contundente. La policía comprobó que al muerto le habían quitado hasta los zapatos, por lo que cerraron el caso calificándolo como un crimen por robo. Nunca se encontró al ladrón, aunque algunos no dejaron de sospechar en la autoría intelectual de Argimiro. Cuando el crimen sucedió, se comprobó que él estaba en la capital comprando una nueva amasadora y que regresó tres días después del asesinato, causa por la cual toda posibilidad de ser acusado, por lo menos como autor material, resultaba imposible. Don Aldo sabía, y lo preocupaba, de todas las andanzas de su pupilo y su mujer se lo comentaba a cada momento, pero el italiano ponderaba la utilidad de Argimiro, su regularidad en el trabajo y porque ya le era indispensable pues fue poco a poco asumiendo la administración y los nuevos proyectos. Pero por sobre todo, don Aldo soportaba estoicamente todo lo que pasaba, esperando el momento adecuado para solicitarle lo que desde que llegó a la panadería muerto de hambre, estaba deseando: que lo llevará al valle del que había hablado tan bien. Y ello implicaba, así lo entendía, no criticar nada de lo que su pupilo hacía para no predisponerlo en su contra.

Sin saber por qué, Argimiro se sentía superior a todos sus amigos, actuaba como si fuera su jefe, a veces mostrando

desprecio por los demás. Decidía a dónde ir, qué hacer, dónde tomar, dónde viajar. Sin quererlo, pues lo estimaba a carta cabal, también se sentía superior mentalmente a don Aldo. Era tanto que empezó a tomar iniciativas sobre las cuales no le participaba nada a su jefe, ni le solicitaba permiso u opinión alguna; simplemente ejecutaba. Así fue como acondicionó el local de la panadería para que también resultara un elegante cafetín, al cual venían a todas las horas los parroquianos a tomar café y saborear un pedazo de las ricas tortas que un repostero traído de la capital hacía a la perfección. Además, se empezaron a hacer tortas para bautizos, cumpleaños y bodas, con lo cual se lograba comparativamente mucho más dinero que con el pan. Don Aldo no decía nada porque las iniciativas de su pupilo eran exitosas. Por esas conquistas se acentuaba en Argimiro la convicción de ser un hombre superior. Se sentía un privilegiado y si bien no recibía parte sustancial de las ganancias pues estas iban a la cuenta de don Aldo, su satisfacción era plena. En una oportunidad, habiendo visitado en la capital un bodegón en donde se vendían exquisiteces, decidió, poniéndose de acuerdo con un distribuidor para efectos del envío, colocar en la panadería aceite de oliva importado, quesos duros importados, aceitunas, espárragos, jamón serrano, galletas dulces importados, chocolates belgas y fideos italianos. El éxito fue grandioso, los adinerados del pueblo se volvieron asiduos consumidores y con ello las ganancias se elevaban a la estratosfera. Don Aldo no decía nada. El recibía la plata y punto. En un momento dado, Argimiro le exigió que le comprara un carro para su uso particular. Su jefe y protector consideró que era justo que lo tuviera, pues no quería que nadie manejara su elegante

Dion Button. Argimiro compró una Mercedes - Benz, carro alemán que para la época causaba furor. El elegante coche acentuó en él su sentido de superioridad. Paseaba pavoneándose por todas las calles del pueblo. Sin la menor duda, los demás jóvenes lo envidiaban y las mujeres lo veían como el mejor partido para el matrimonio. Tenía muchas mujeres a su disposición, pero para algo serio solo le interesaba Valentina, que a diferencia de las demás lo trataba con indiferencia. Esa postura de la muchacha la hacía más deseable. Sintió como un agujonazo el día que al tratar como en tantas otras oportunidades hablar con ella, la muchacha le dijo que cada día le parecía más despreciable pues cada día se asemejaba más al antipático Germán Altuve, a quien su padre complacía en todo. Quedó impactado. Fingiendo humildad, le dijo que no dejaba de tener razón, pero que era ella la única que podía hacerlo cambiar radicalmente.

Para don Aldo, que pasado un tiempo dimensionó lo que Argimiro, al cual le tenía ya plena confianza, había representado para su negocio, consideró un buen día de navidad durante la cena de medianoche, que había llegado el momento de proponerle ir al valle que le había descrito.

— Argimiro — le dijo un tanto titubeante a la vez que llevaba un pedazo de hayaca su boca y luego vaciaba su copa de vino — siempre he querido tener una hacienda y vivir en ella. Tengo, en mucho gracias a ti, suficiente dinero para desarrollarla, pero quiero algo virgen que yo construya desde un comienzo. Que todo se deba a mi trabajo Te digo esto porque ya he visto unas diez que están en venta, pero ninguna me ha gustado, a pesar de ser muy buenas, pero lo

mío es hacerla a mi modo desde un principio ¿Te atreverías a llevarme a ese valle que un día me dijiste que existía y que se veía desde el cerro, arriba de cabaña en que vivías y en donde ponías trampas a los conejos? ¿Te acuerdas perfectamente del camino para llegar?

— Por mí no hay problema — aseguró efusivo Argimiro al calcular que emprendería un nuevo y grandioso negocio — Lo que resulta necesario es que preparemos adecuadamente el viaje, llevando lo indispensable pues después de la carretera hay que echarle pichón a la caminata, cuesta arriba. Y es que, además, desde hace años he tenido el deseo de volver a ver la cabaña. Tengo la seguridad de que mi papá nos estará esperando para ayudarnos a llegar. Debe estar preocupado por no haber podido verme desde hace tiempo, aunque para él, según tengo entendido, eso del tiempo no existe y su posible preocupación no es igual a la que los vivos consideramos como tal.

— Pero es imposible — ripostó don Aldo frunciendo el ceño a la vez que mostraba incredulidad arrugando todos los músculos de la cara y llegando a creer que el muchacho estaba de nuevo desvariando — no puedes ni siquiera pensar sobre ese cuento. Lo entiendo como un deseo tuyo de volver a ver a tu padre, pero de allí a que se haga realidad cuesta aceptarlo. Nunca he sabido que ese milagro se haya dado

— En esas tierras nada es imposible. De por sí tienen algo de sobrenaturales; una energía muy fuerte — aseguró Argimiro sin inmutarse

— Además es una cuestión de fe. Cuando ha habido nexos fuertes en vida, no tiene nada de raro encuentros después de la muerte. Es tanto, y solo se lo digo a usted pues ya lo considero como mi segundo papá y me conoce, que él se comunica conmigo, y no puede ser nadie más que él, para decirme cual gallo va a ganar la pelea en la que deseo apostar. Tenga la seguridad, don Aldo, de que usted comprobará lo que le digo cuando tomemos la decisión de empezar a subir la montaña.

Don Aldo no agregó nada; quedó admirado una vez más de la capacidad expresiva del muchacho. Siguió comiendo en silencio y al terminar, le aseguró que pensaría en una fecha adecuada para el viaje, de manera que se pudiera preparar todo lo necesario y eso requería pensarlo detenidamente, sin olvidar ningún requerimiento. Dicho esto, tomó de un solo trago una nueva copa de vino y se despidió. Necesitaba estar solo para pensar en sus planes. No durmió adecuadamente pensando en que podía que su deseo se haría realidad si era verdad lo contado por su ayudante.

La iglesia estaba a reventar. No era para menos. Se trataba de la misa que solemnemente oficiaría el Obispo, Monseñor Rulfo Parra, en acción de gracias por haberse despertado en Ángelo la vocación sacerdotal. En la primera fila estaba don Aldo Dini, su señora Giovanna de Dini y Ángelo, el Gobernador, el Dr. César Montalvo y su señora, doña Angélica de Montalvo, Fray José del Castillo, párroco del “Escobal”, el Presidente del Concejo Legislativo, y en general la gente representativa de la sociedad de San Car-

los, al igual que todas la cofradías que el párroco había logrado formar. Además, como resultaba natural, al lado de don Aldo, estaba Argimiro Buenaventura, que por primera vez se ponía corbata. La asistencia de los parroquianos que conocían y estimaban a don Aldo, abarrotaban las bancas y otros de pie llenaban la nave central y los laterales del recinto de la iglesia, hasta la puerta de entrada.

El Obispo destacó el su homilía lo excelsa que era la bondad de Cristo al despertar en Ángelo la vocación sacerdotal, resaltando que resultaba admirable esa influencia sobre una persona que poseyendo todos los bienes materiales a su alcance, dejara de lado la vida cómoda y los lujos que estaban sin ninguna dificultad a su alcance, para internarse en la estricta disciplina del Seminario, recibir una precisa formación general y teológica en particular y que luego, al ser sacerdote, cumplir a cabalidad con los votos de obediencia y de castidad y aceptara también por ese voto de obediencia, ejercer su sacerdocio en donde fuera ubicado por la superioridad, aunque en la parroquia escogida no existiera ningún tipo de comodidad, pero en donde de seguro habrá — acentuó — un rebaño de fieles necesitados de la debida conducción cristiana. Rogó porque en el pueblo, un tanto apartado de Dios y muy sumido en el pecado, los juegos envite y azar, el alcohol y el consumismo, se dieran muchas más santas vocaciones para fortalecer la expresión de Cristo en la tierra: La Iglesia, permitiéndole a ésta su acción evangelizadora. Argimiro se sintió incómodo al oír lo del juego y en alcohol, pues el obispo lo había retratado.

Ángelo se iría al otro día. Don Aldo invitó a las autoridades y al obispo a almorzar en el mejor restaurante de la ciudad y para los parroquianos hizo montar algunos toldos frente a su casa, en donde almorzaron por lo menos unas cien personas.

La despedida fue traumática para don Aldo y su señora. Esta no cesaba de llorar a pesar de que Ángelo le explicaba que era su mejor decisión. Argimiro, con cierta satisfacción, disimulaba sentir que Ángelo se fuera, pero en el fondo calculaba que ahora todo quedaba en sus manos y el afecto de sus protectores aumentaría. Poco a poco en él se iban acentuando la malicia y la ambición.

Los tres lo acompañaron hasta el taxi que se había contratado para que lo llevara al seminario de San Marcos, en la capital del estado vecino, en donde además tenía asiento una reconocida universidad. El abrazo de despedida y los besos fueron efusivos. Don Aldo, le dijo que iría a visitarlo siempre que pudiera y que esperaría con ansias las vacaciones para que estuviera de nuevo en su casa.

— Argimiro — preguntó don Aldo con ansiedad — ¿está todo dispuesto para el viaje a la “Tupida”? ¿No falta nada? ¿Adquirimos todo con certeza, sin omisiones?

— No se preocupe don Aldo. Ya todo está listo: carpas, comida, lámparas, dos rifles y agua suficiente, calculado todo para cinco días a pesar de que usted piensa que regresemos en tres, lo cual es posible si es que no cae un palo de agua que haga, por lo resbaladizo, intransitable el camino

que es bastante inclinado. Incluso llevamos suero antiofídico polivalente por si alguno corre con la mala suerte de ser picado por una mapanare, también llamada cuatro narices y que abundaban en la zona.

— Está bien. Nadie debe saber de nuestro viaje, de manera que todo lo meteremos en el carro en la madrugada. Yo hice correr la voz de que iba hasta Mérida a negociar algunas máquinas nuevas para la panadería y de paso visitar a Ángelo. Esto no lo sabe ni Giovanna. Es mucho mejor, pues el viaje le generaría mucha preocupación, sobre todo por pensar que vamos hacia algo desconocido. Digo, desconocido para mí.

— Como el peso es mucho — afirmó don Aldo — lo mejor es que lo distribuyamos en dos partes, una que yo cargaría y otra tú.

— Por eso no se preocupe don Aldo, al llegar a la orilla de la montaña que da a la carretera, yo llamaré a mi padre para que nos ayude. Ya le dije y lo repito, que vendrá a nuestro encuentro de manera inesperada. Él no siente ningún peso y puede cargar gran parte de lo que llevamos.

— ¿Pero qué estás diciendo, Argimiro? — preguntó don Aldo, ya me has contado cosas de tu padre, pero sigo considerando que eso que dices es imposible. Tu papá ya tiene años de muerto. Siento escalofríos de nomás pensar que alguien que ya murió pueda caminar a nuestro lado como si nada; como un vivo más.

— No sea incrédulo don Aldo — respondió Argimiro a la vez que se reía con malicia — Si bien mi papá no puede salir de la montaña pues le está prohibido, al adéntranos

unos cien o doscientos metros nos estará esperando. Ya le he avisado de nuestro viaje, pues por otra parte nos comunicamos a la distancia, con eso que llaman telepatía. Además, es el mejor guía conque podemos contar, aunque yo también se llegar, pero no con tanta precisión. No tenga ninguna preocupación. Puede que a otros no le suceda, pero algunos podemos convivir, hablar y compartir con los muertos. Y le cuento que sucederá pues mi papá después de muerto, en esos días terribles en que me quedé solo en la montaña, salía del hueco en que lo había enterrado y me decía que no lo abandonara del todo, que fuera de vez en cuando a conversar con él y con mamá. Yo le prometí que lo haría. Me anima complacerlo usted, don Aldo y con ello volver a la cabaña bajo la conducción de mi padre, y al llegar a esta poder saludar a mi pobre mamá.

— Si tú lo dices, que así sea en el nombre de Dios — dijo don Aldo a la vez que se santiguaba.

— Llegaron al borde de la montaña que daba a la carretera, en el sitio en que Argimiro sabía que la penetración podía ser la más suave. Se guiaba por una casa situada a la izquierda de esa posible entrada, en donde, todos lo sabían, vivía sin ninguna compañía, el brujo, algunos lo llamaban el iluminado, Adalberto Acero, del cual se decía podía curar cualquier enfermedad, preparar pócimas para lograr el amor de las mujeres, venenos para casos especiales, menjurjes para abortar, leía las cartas, curaba el maldejojo, la picadura de serpientes venenosas, resolvía la esterilidad en las mujeres, la falta de erección en los hombres y aseguraba defensas contra los enemigos y los malos espíritus. Eran pocas las personas de la ciudad que no lo habían visitado,

sin que hubiera dejado de hacerlo ningún político ni ningún usurero. Todos aseguraban su efectividad, aunque el médico jefe de la Dirección de Salud, el obispo y el padre del Castillo, prácticamente prohibieran las visitas y menos que los vecinos se sometieran a sus tratamientos, en especial porque el Adalberto aseguraba que sus conocimientos provenían de Dios, aunque mucho había aprendido de algunos chamanes en las selvas colombianas cuando hacía vida de guerrillero.

Pararon frente a la puerta la casa. Argimiro tocó con los nudillos de la mano. Pasados unos dos minutos, salió Adalberto. Se saludaron con un fuerte abrazo, como si fueran viejos amigos. Era obvio que Argimiro lo reconocía, a pesar de que solo lo había visto cuando era muy pequeño la noche en que Ruperto, que era su amigo, después del asesinato pernoctó en su casa para luego huir a la montaña y cuando el muchacho llegó extenuado después de bajar de la montaña. Adalberto, después del efusivo abrazo al Argimiro, saludó con mucho respeto a don Aldo dándole la mano y los mandó a pasar. A pesar de que Argimiro lo sabía, afectando dotes de conocedor, les acentuó que viajarían hasta muy adentro del monte, por una subida pronunciada y muy resbalosa sin estaba húmeda. Don Aldo, que prácticamente no había hablado, le solicitó que le permitiera estacionar el carro detrás de la casa de manera que no se viera desde la carretera, pues su lujoso Dion Button, único en la ciudad, era fácilmente reconocible y no quería que nadie supiera de su aventura, en especial su mujer.

El hombre accedió de inmediato a la vez que mirando a don Aldo extendiéndole la mano le dijo:

— Tengo mucho gusto el permitir lo que me solicita y para estar más seguros a guisa de protector lo taparé con una lona impermeable. Lo hago con mucho gusto, patrón. Aunque usted no lo crea yo lo conozco a usted y sé que es un buen hombre, dedicado a fabricar pan y muy dado a colaborar con los programas sociales. Se lo digo porque una persona, que no puedo mencionar, me visitó un día para pedirme que le hiciera algunos “pases” para su protección, ya que usted le había hecho un enorme favor. Permítame, y eso es indispensable para su seguridad, que les frote sobre su frente una pócima especial que impedirá, se lo prometo, Argimiro ya lo sabe perfectamente, que alguna culebra venenosa lo pique. Esa montaña está plagada de mapanares y si no llevan el suero polivalente para inyectarlo de inmediato, puede que de ser picado no llegue vivo a la ciudad. Con la pócima estarán, en eso no me equivoco, completamente protegidos.

— Don Aldo — asombrado, se quedó sin palabras — a la vez que aceptaba que le fuera aplicada la poción, siguiendo las indicaciones que le daba Argimiro con gestos. Este se adelantó para que se la colocarán primero, de manera tal que la aprensión que se notaba en su patrón, fuera neutralizada.

En las paredes colgaban muchos tipos de hierbas. En el centro una mesa con algunos morteros para hacer combinaciones y varios juegos de naipes. En el fondo una pequeña cocina alimentada con leña, que llenaba el cuarto de humo. Debajo de la mesa, generando miedo exacerbado

en don Aldo, se movía lentamente una gran boa acercándose a los pies del brujo.

Con presteza, Adalberto tomó hojas de tres tipos de plantas del estante, una botella con un líquido verdoso que estaba con otras botellas en otro estante desvencijado y sacó un polvo blanco de la gaveta de la mesa. Combinó todo agitando con una cuchara de madera y luego por unos cinco minutos lo puso en una olla sobre el fuego. Después de unos cinco minutos, vació la preparación en un mortero de madera, la agitó con una cuchara y luego le pidió a don Aldo y a Argimiro que se acercaran. Sacó de otra gaveta la cabeza de una mapanare, la untó con la preparación y haciendo con ella una cruz procedió a untársela en la frente de los dos hombres a la vez que los bendecía con una oración ininteligible que parecía dicha en algún lenguaje indígena. Luego sonrió satisfecho.

Como era de esperarse, una vez terminada “la contra”, el brujo les pidió que le explicaran cuáles eran las razones que los hacían internarse en una montaña prácticamente inexplorada. Al ver la cara de duda de don Aldo, les dijo:

— Tengan confianza en mí — les pidió enfáticamente — yo soy muy discreto; necesito serlo. Discreto porque de otra manera no podría atender a la agente que desconfiaría de lo que me manifiesta íntimamente para resolver sus problemas. Y estos, a veces, son problemas muy graves. De mí boca no saldrá una palabra, en especial porque lo que ustedes hagan es de su incumbencia y no de la mía. Además, fui buen amigo de Ruperto, el padre del muchacho.

Don Aldo, pensando que resultaría inútil mentir pues no encontraría una explicación diferente a la verdad que los llevaba montaña adentro, optó por decirle:

— Bien, confiamos plenamente en usted. Siempre, desde que hace años llegué a Venezuela, soñé con tener una finca, pero si no me hacía de algún dinero iba a resultar imposible. Por eso me he raspado el lomo con la panadería y ahora tengo suficiente para cumplir mi sueño. Resulta que Argimiro, cuando vivía con sus padres en la montaña, descubrió un valle que dice ser hermoso, deshabitado y de una muy buena extensión. La idea es llegar hasta ese valle, apreciarlo, ver sus potencialidades. Y de ser lo que busco, ahora no sé cómo hacerlo, trataré de adquirirlo cumpliendo lo que se tenga dispuesto legalmente para ello.

— Bueno, gracias por la confianza y repito con nadie hablaré sobre el bendito valle y su interés por hacer en él una buena finca. Por cierto, Argimiro, aclaró, he visto a tus padres en algunas noches asomarse al borde de la carretera, como si estuvieran esperando a alguien. A lo mejor es que saben que tú vendrías. Cuando regresen del monte sus cosas pueden dejarlas conmigo, así no tendrán que cargarlas hasta el pueblo y arriar con ellas cuando decidan volver. Deben tener fortaleza y ánimo, la selva es verdaderamente tupida; ya Argimiro tiene experiencia. Con la Ayuda de Ruperto todo va a ir muy bien. Es difícil encontrar algún espacio abierto. Yo me he adentrado buscando mis plantas y sé cómo es la cosa.

Don Aldo volvió a sentir un escalofrío cuando el brujo les dijo que contarían con la ayuda de Ruperto. Al parecer — pensó preocupado — que lo dicho por Argimiro de los

mueritos no era una simple suposición o la manifestación de un deseo.

La vio por primera vez en la fiesta aniversario del club. Era una bella muchacha de porte esbelto, cara de virgen, pelo largo que cubría parte de las espaldas, ojos negros profundos, un cuerpo sin desperdicios y unas piernas bien con torneadas. Ya pasado unas dos horas de la fiesta, envalentonado por el whisky bebido, Argimiro se acercó a la mesa en que la muchacha estaba sentada con su familia y la invitó a bailar. Esta lo rechazó enfáticamente haciéndolo sentirse ridículo. Notó, además, que el papá, que después averiguó se llamaba Leonardo Perdomo, lo miraba con cierto recelo, al igual que su esposa Nancy Rincón. No era para menos, la familia, al igual que la mayoría de los habitantes de San Carlos, conocía su fama de jugador, bebedor y bochinero. Esa forma de ser era ampliamente conocida en una ciudad pequeña con unos diez mil habitantes. Por eso la mayoría se preguntaba cuáles podrían ser las razones que tenía don Aldo, para mantenerlo viviendo con él. Este, cada vez que conversaba con sus amigos, si bien reconocía la situación y les manifestaba su preocupación, argüía que en su trabajo era ejemplar, lo cumplía con la mayor propiedad y honradez, a lo que se sumaba lo servicial que era con su esposa a la cual le hacía todos los trabajos que esta le solicitaba. Nunca asomó ni por casualidad que también le importaba retenerlo para que lo guiara al valle del que le había hablado.

Desde ese día de la fiesta y después del menosprecio de que había sido objeto, averiguó todo sobre la muchacha y supo donde vivía, quienes eran sus amigos, que sitios frecuentaba e incluso llegó a saber que estaba terminando el bachillerato en el colegio de las monjas y pensaba estudiar medicina.

Se decía a sí mismo que a pesar de que le sobraban mujeres en el pueblo y de tener a siempre nuevas conquistas, tenía la certeza de que Valentina Perdomo era la mujer con la cual podría normalizar su vida y hasta lograr un hogar estable.

Muchas tardes, a la salida del colegio, distante unas cuatro cuadras de su casa, la abordaba con insistencia y trataba de entablar alguna conversación, manifestándole su interés por ella, tratando de ser convincente. Las amigas de Valentina, en cada forzado encuentro, gozaban de lo lindo oyendo los torpes piropos con los que el muchacho la acosaba.

— Valentina — le preguntaba una y otra vez Argimiro — ¿por qué si yo siento por ti algo especial, distinto a los sentimientos que hasta ahora me han acosado, no aceptas que podamos formalizar alguna relación que nos lleve al matrimonio?

Y una y otra vez la muchacha — manifestándose siempre fastidiada y acosada — le contestaba:

— Porque yo soy una mujer decente y no tengo interés en tener relaciones con un hombre que, aunque buen trabajador, es un bochinchero declarado, bebedor, jugador y mujeriego, que nunca será capaz de mantener un hogar decente. Es mejor que sigas con tu vida y dejes de acosarme. No

quiero que mis padres se enteren que me estás esperando a la salida del colegio para mantener una y otra vez la misma conversación. Ellos, como muchos otros te ven con malos ojos. Tengo la convicción que, si no dependieras de don Aldo y doña Giovanna, a quienes el pueblo estima y reconoce como gente trabajadora y amable, ya te hubieras tenido que ir de la ciudad.

— Pero, Valentina — insistía Argimiro denotando sinceridad — si me aceptas estoy dispuesto a cambiar radicalmente. Quiero ser otro hombre si me haces caso. Confieso que he sido alocado, a veces inconsciente, pero ante todo soy muy responsable con mi trabajo y don Aldo me considera como un hijo. Todos podemos cambiar si hay algún motivo que nos obligue a ello. Y sin la menor duda tú eres ese motivo.

Pasado un tiempo, la conversación empezó a ser más amable y Argimiro se propuso, procurando ser visto por Valentina de otra manera, dejar por un tiempo el juego y la bebedera, aunque mantenía en el mayor secreto, relaciones con varias mujeres y pensaba en la posibilidad de que don Aldo desarrollara la hacienda, si era que el valle le gustara y consiguiera la propiedad, pues plata para desarrollarla le sobraba. Al vivir en ella — pensaba con insistencia — vería como actuar, pues si lo guiaba al valle, creía que, de alguna manera, en la práctica, sería copropietario de la misma. Además, mucho del capital de su protector había sido adquirido por efecto de su trabajo y de sus ideas innovadoras. Es decir, sentía que la compra, si se concretaba, se estaba haciendo también con su dinero.

Pasado un mes desde la fiesta del club, en una tarde lluviosa, un muchacho mal vestido, sucio, de unos 12 Años se asomó tímidamente a la puerta de la panadería y con insistencia le hizo varias veces señas a Argimiro para que viviera hasta donde él estaba, pues no se atrevía a entrar. Argimiro, Intrigado apreciando que parecía algo importante, desatendió a los clientes y se aproximó al joven que se le hacía conocido.

— Argimiro — dijo el muchacho con mucho nerviosismo y sin poder dejar de mirar a todos los lados como si temiera que alguien lo viera —. Usted me ha visto antes, yo soy el primo de Margarita. La mamá de ella, doña Antonia me mandó a llamar para pedirme que viniera a verle y le dijera que Rosalba, su hija, estaba en el hospital dando a luz su niño. Ellas aseguran que no puede ser de otro más que de usted, pues antes de conocerlo con ninguno más la señorita se había acostado y que usted sabe eso porque la desvirgo después de convencerla y ofrecerle hasta matrimonio. Y que eso no puede usted ignorarlo. Margarita quiere que vaya lo más rápido que pueda al hospital para que la ayude en todo lo necesario.

Argimiro, estupefacto, recibió la noticia como si le hubieran dado una bofetada. Dimensionó lo que le complicaría la vida tener un hijo con Margarita. Una vez pasado el impacto de la noticia, se quedó pensando preocupado, tratando de ordenar sus ideas. Al reponerse, ya superado del impacto, le indicó al muchacho que dijera a doña Antonia y a Rosalba que no se preocuparan por nada, que correría con todos los gastos y le daría lo suficiente para mantener

el niño de la mejor manera. Que también les dijera que no podía ir al hospital pues no quería que nadie supiera que era un hijo suyo, pero que pronto iría a la casa de la muchacha. Sin quererlo, como un ramalazo, le vino a la mente la imagen de Valentina y le pareció que todo se derrumbaría inexorablemente, si llegará a enterarse de lo que le pasaba. Ya ni siquiera le dirigiría la palabra; ni siquiera para rechazarlo.

Pasada una semana, ya convencido de que Rosalba había salido del hospital, una noche a eso de las once, procurando que nadie lo viera y medio camuflado con un sombrero y una larga chaqueta, fue a la humilde casa donde esta vivía, en un barrio retirado del centro de la ciudad. Entró al cuarto de la muchacha que acostada le daba de mamar al bebé. Sin siquiera saludar ni detenerse a mirar al niño, en un tono dominante le dijo que se haría responsable de todo, pero que de ninguna manera se debería saber que era su hijo, pues de hacerlo no la ayudaría en nada. Le aclaró que para facilitar la crianza del niño, le traería una cocina y nevera nueva, una cuna, una cama y semanalmente le enviaría una cantidad suficiente de dinero de manera tal que compraría lo necesario para el bebé, para ella y su madre.

La muchacha no dijo nada; ni siquiera se molestó en mirarlo a la cara. Estaba segura de que de saberse que era el padre, cumpliría sus amenazas. Lo conocía bien y recordó que cuando supo que la había preñado, insistió en que abortara. Ella no aceptó. Estaba enamorada y pensó que un hijo lo mantendría más unido a ella. Dada la negativa de abortar, Argimiro dejó de verla por más de cuatro meses, hasta que una tarde, muy borracho, fue a visitarla, reafir-

mándole lo que le había dicho en cuanto a mantener el secreto. Una vez más se cumplía la máxima de que la oportunidad de conocer con certeza a los hombres es cuando están revestidos de poder y este lo ejercen en detrimento de otros.

Ruperto Buenaventura era conocido en la región y el país como uno de los mejores criadores de gallos. Si bien tenía un fundo en el cual sembraba maíz, cambures y algunas hortalizas, su vida, sus sentimientos y sus emociones, giraban en torno a los gallos. Además de las peleas que ganaba: de cada diez unas siete, hacía buen dinero vendiendo pollos promisoros a otros aficionados. Después de hacer muchos cruces, logró ejemplares de caña cuadrada, pico reforzado y muy ancho, cabeza pequeña que favorecía eludir picaduras de los oponentes, y lo más importante, mucha velocidad y con una patada seca y potente.

Su mujer, Josefina de Buenaventura, hija de otro gallero, también concentraba sus esfuerzos en ayudar a la cría y mantenimiento de los gallos. Se trataba de una especie de sociedad determinada más por las peleas de gallos que por el amor o cualesquiera otras consideraciones. Generó un conocimiento tal de los gallos, que la perfecta percepción, para otros imposible, de debilidades en la constitución, fenotipo y fortalezas relacionadas, le permitía a su marido ganar apuestas en forma más o menos segura, pues estudiaba al oponente con minuciosidad antes de comprometer la pelea. En ocasiones, cuando apreciaba que uno de sus

gallos podía perder al analizar las características del oponente determinaba que era superior al suyo, apostaba comedidamente y hasta deseaba la muerte de su pupilo, pues también era bueno perder de vez en cuando y no hacerse de la fama de invencible. Tal situación reduciría a los que apostaban en su contra y con ello la merma de sus ingresos. Argimiro, su hijo, como se entiende, nació entre gallos y su infancia se centró en lo que sus padres hacían con la cría y la preparación para las peleas. Lo llevaban desde muy niño a las galleras y aprendió todo sobre los sistemas de apuestas. Como era de esperarse, se fue generando en él una capacidad enorme en la precisión de la valía de los gallos.

En aquella familia los gallos llegaron a ser más importantes que la misma comida. Vivían para cuidarlos, entrenarlos y prepararlos para los enfrentamientos. Se trataba de una obsesión incontrolable. Era tanto el celo que el galpón donde estaban las jaulas, Ruperto lo construyó casi pegado a la pared de su cuarto, con la idea de poder sentir, aunque estuviera dormido, si sucedía algo raro y así pararse de inmediato para averiguar de qué se trataba. Argimiro no conoció otro juego que el de cuidar a los gallos y bañarse en el río. Prácticamente no tenía amigos y la escuela lo fastidiaba tanto que sus padres optaron por retirarlo y enseñarle en la casa a leer, escribir y sacar cuentas. Para esto último mostró una facilidad extraordinaria, pues su madre apropiadamente le enseñó las operaciones ejemplarizando con gallos y gallinas, de manera tal que apreciara su verdadera utilidad. Aprendió a sumar sumando gallos. A restar restando gallos. A Multiplicar multiplicando gallos. A dividir dividiendo gallos. La mágica regla de tres la aprendió con

ejemplos relacionados con los gallos: ¿si las gallinas que son veinte tienen 20 gallos buenos al año, cuántos tendrán en tres años; ¿si cada gallo necesita ser careado dos veces al día, cuantos días se necesitan para carearlos durante ciento veinte veces? ¿Si gastamos trecientos gramos de alimento concentrado a diario en cada gallo, cuantos gramos utilizaré para alimentar en un día los 50 gallos que tenemos? Ruper- to, a pesar del fastidio que lo embargaba, trabajaba como escribiente en la prefectura y también se hizo profesor de su hijo enseñándole castellano y rudimentos de historia y geografía.

Uno de los grandes competidores de Argimiro, era el hijo del Dr. José Altuve, médico reconocido por el excelente ejercicio de su profesión y por ser, al igual que la mayoría de profesionales, hacendados y comerciantes de la ciudad, un gran aficionado a los gallos. Era tanto que al igual que otros muchos tenía una cría importante que administraba su antipático hijo Germán, quien si bien no quiso estudiar, se dedicó con pasión a los gallos y a la parranda. Podría decirse que era el mayor oponente que tenía Buenaventura y que la competencia entre ambas cuerdas llegó a tales extremos, que el Dr. Altuve no tuvo limitaciones para traer ejemplares colombianos, puertorriqueños y norteamericanos, con la idea obsesiva de desplazar a su contendor del primer lugar entre los criadores locales.

Se podría decir que en lo de Buenaventura hubo un fantástico golpe de suerte. Si bien desde un principio adquirió algunos gallos de buena estampa y fortaleza, todo se debió a que en una oportunidad en que el Presidente, reconocido aficionado a las peleas, lo convidó a una competencia na-

cional en Maracay, donde participarían ejemplares suyos de la mejor calidad y de reconocidos galleros de muchos estados. Buenaventura hizo el molesto viaje durante dos fastidiosos días con su gallo “Brigadier”, en un destartado autobús. Lo atractivo de la competencia era que el Presidente decidió que no habría apuestas, pero el daría una cantidad sustancial, 50 morocotas de oro, a cada uno de los ganadores en sus respectivas categorías, decididas en función del peso de los gallos.

Por esas cosas del destino, en el sorteo previo a las peleas, a Buenaventura le toco enfrentar su pupilo a uno de los gallos preferidos del Presidente, llamado “Diablo”, y que según contaban lo había traído del extranjero y dizque estaba invicto en más de quince peleas.

Todos los asistentes estaban expectantes. Siempre que asistían a las peleas de gallos los domingos por la mañana, de antemano sabían que los gallos del Benemérito ganarían todas sus peleas. Para evitar alguna reacción airada con la derrota de alguno de sus pupilos, los galleros de la región enfrentaban a los gallos del presidente con ejemplares de muy buen fenotipo pero que previamente habían sido debilitados con sustancias tóxicas utilizadas en medidas cabalmente conocidas.

Llegado el momento, como acostumbraba, Buenaventura preparó la espuela que se acordó tuviera 5 cm y luego acarició a “Brigadier”. Algo cariñoso, como acostumbraba, le dijo algo oído. El juez hizo las inspecciones del caso y de inmediato, al comprobar el peso reglamentario y en tamaño de las espuelas, autorizó la pelea. Esta empezó con simples amagos, pero para sorpresa de todos, el gallo de Bue-

naventura le dio al “Diablo” del Presidente, el llamado golpe “Chapín”, caracterizado por herir la articulación de la pata del oponente y de inmediato, con rapidez inusitada, le propinó un espuelazo de “piquete” en el cuello que lo obligó a “poner la pechuga en el suelo” y morir casi de inmediato por la hemorragia.

Muerto “Diablo” todos los asistentes, en especial los militares que conformaban su cordón más cercano de seguridad, miraron con preocupación al Presidente, esperando que se produjera una reacción alterada, producto de la frustración y la humillación que con seguridad estaba sintiendo, en especial por ser la primera pelea que perdía y con un pataruco que ni de raza parecía. Pero no fue así. El Benemérito tomó la derrota como la mayor naturalidad. Extrañamente no se le notaba ningún enfado. Se paró de su asiento y haciéndole una señal, le indicó a Buenaventura que se acercara a la vez que se mesaba sonriente su pronunciado bigote y repartía una gran sonrisa. Buenaventura estaba emocionado por el triunfo, en especial porque no tenía ni la menor idea de que al Presidente le preparaban todas las peleas para que sus gallos ganaran. Se acercó con cierta timidez.

— Muy bien — dijo el Presidente sonriendo — nunca creía que en el interior del país hubiera un pataruco que fuera capaz de vencer a mi “Diablo”. Pero fue así y lo felicito. Le confieso que es una de las poquísimas peleas que han perdido mis gallos. Tengo una cría con las mejores razas y un gallero canario que se encarga de todo lo relacionado con la cría y los entrenamientos. Le cuento esto porque los canarios son de los mejores preparadores — dijo demostrando plena seguridad —. Por lo tanto, su

triumfo es de mucha importancia y debe ser un gran cono-
cedor de la cría y el entrenamiento para que con su pataruc-
co haya vencido a mi “Diablo”. Pero bueno, paisano, espe-
ro que el premio le sirva de mucho para mejorar algunas
cosas de su vida. Ojalá que podamos montar en otras opor-
tunidades algunas peleas. Verá que le resultará difícil ga-
narme

— Gracias Benemérito — contesto Buenaventura tímida-
mente, sin atreverse a mirarle a los ojos y arrastrando la
voz— Creo que solo fue un golpe de suerte y nada más. Su
gallo es uno de los mejores que he visto en cuanto a la es-
tampa y la bravura. En verdad, lo confieso, cuando empezó
la pelea pensé que no tenía ninguna oportunidad y que mi
gallito no regresaría vivo a San Carlos.

— No creo eso — ripostó el Presidente — tiene que haber
habido un buen cuidado de tu gallo. Te ganaste las cin-
cuenta morocotas de oro y para completar, te voy a regalar
dos gallos cubanos que me trajeron expresamente de la isla.
Tengo la seguridad de que mejorará en mucho tu cría.
Ninguno de ellos ha peleado todavía. Lo que si espero es
que cuando los midas con otros gallos de la región, le re-
cuerdes a la gente que se trató de un regalo mío. Quiero
que todos admiren mis gallos tal como admiran y aprecian
mi gobierno.

Uno de los edecanes del Presidente le entregó una bolsita a
Argimiro con las cincuenta morocotas. El Presidente de
nuevo le dio la mano y se despidió, diciéndole antes que

diera sus saludos al Gobernador Dr. César Montalvo y a su esposa Doña Angélica.

Con toda la incomodidad, Argimiro regresó a San Carlos con los gallos. Como llevaba tres jaulas y no quería que ninguno se estropeará, pagó cuatro asientos, para ir lo más cómodo posible.

Al llegar Ruperto su casa, el goce de su hijo Argimiro y de su madre, Josefina, fue indescriptible. Era mucho en dinero que traía, pero, sin embargo, Argimiro estimó más importante lo de los dos gallos cubanos que le había dado el Presidente. Soñó con grandes y emocionantes peleas futuras y la conmoción que le producía ganar, en especial cuando los gallos oponentes provenían de reconocidos criadores, siempre dispuestos a trazar grandes apuestas.

Había comprado Argimiro un pequeño apartamento en un edificio cercano a la panadería; don Aldo se extrañó al saberlo. Le dijo que no había motivo para irse de la casa, que allí tenía todas las comodidades y era necesario para su compañía y la de la señora Giovanna.

No queriendo que don Aldo se sintiera molesto le explicó que estaba muy cerca, pero que como era natural, ya con 21 años quería tener algo propio y cierta libertad y que en nada cambiarían los planes de ir al valle. El buen hombre aceptó lo que Argimiro le decía, a la vez que se ofrecía para ayudar a arreglar el inmueble de la mejor manera.

Tres días después de mudarse y haberlo estrenado con una de las muchachas que trabajaba en la panadería, se encon-

tró al salir con Berenice, con la cual tenía relaciones desde hacía unos dos años.

— Argimiro — le dijo llorando la muchacha — Estoy preñada y tú sabes que el hijo que viene es tuyo, pues solamente me he acostado contigo, como lo comprobaste la primera vez y te diste cuenta de que era señorita

— ¿Qué vamos a hacer? Yo estoy confundida y la cabeza no me da para nada.

— No me puedes joder la vida con esa vaina — dijo Argimiro mostrando molestia y en un tono grosero, pues se repetía lo acontecido con Rosalba — aquí no queda más que abortes el muchacho y se acabó. Yo corro con todos los gastos y te ruego, si es que quieres seguir viéndome después del aborto, que no le digas a nadie nada y mucho menos a tu padre que puede reaccionar violentamente, en especial porque nunca me ha visto con buenos ojos a pesar de no saber de nuestras relaciones.

— Pero Argimiro — dijo en tono de ruego Berenice, yo te quiero y quiero que resolvamos todo casándonos.

— Eso ni lo pienses — contestó a gritos Argimiro — yo no me voy a casar ni por el carajo; no quiero enredarme la vida. Así que es mejor que escojas, o sigues con el parto y asumes el peo que tendrás con tu familia o abortas, seguimos viéndonos y todo queda en su lugar. Ni siquiera me vuelvas a pedir nada diferente a que te busque quien haga el aborto y que yo me encargue de los gastos, sean los que sean.

Convencida de que Argimiro no cambiaría su parecer, terminó por aceptar lo del aborto. Este, de inmediato, le dijo que se vieran de nuevo al otro día, a las 11 de la mañana, en la cafetería que había en la planta baja del edificio, para discutir los pormenores. Así acordaron. La muchacha, cabizbaja, se retiró caminando lentamente, calculando el riesgo que correría, pero llegó a pensar que era mucho mejor que enfrentar con una barriga a su padre.

Argimiro, después del acuerdo con Berenice se dirigió al barrio “La Ranchería” donde sabía que vivía Cleotilde, la comadrona conocida por el arte de preparar pócimas para lograr el amor y de ser una experta reconocida en hacer abortos con seguridad. Tenía cientos de secretos guardados de muchachas de familia que no querían problemas con sus padres y a veces los usaba para extorsionar.

Cleotilde, una mujer de unos sesenta años lo recibió con amabilidad. Argimiro le explicó lo que quería y fijaron el día siguiente, a las 2 de la tarde, para hacer el aborto. Tanto al entrar como al salir constató que nadie lo veía.

Argimiro, siempre precavido y conociendo el peligro del procedimiento, amenazó a Cleotilde diciéndole que, si algo salía mal, ni por casualidad dijera que él la había contratado, que Berenice había venido por su cuenta. A la vez, para asegurar su silencio le prometió que si algo salía mal, incluso si la muchacha llegara a morir, él la protegería a ella, a su hija de unos quince años, al niño de siete que por parálisis infantil estaba en silla de ruedas y a su hermana mayor, que vivía con ella. Por eso no te debes preocupar, en especial si te meten en la cárcel. Si eso sucediera, de alguna

manera te hago llegar algo mensualmente, incluyendo comida, para que resuelvas tus problemas.

Cleotilde, segura de que no habría ninguna complicación ya que su experiencia era mucha, le aseguró a Argimiro que aceptaba sus términos y que no se preocupara por nada.

Argimiro le adelantó una considerable suma de dinero, quizá la que nunca había tenido junta la mujer, causa por la cual pensó que el trabajito que haría al otro día le había caído del cielo.

— Doña Cleotilde — dijo en tono conminatorio el jefe de la policía, Justiniano Barrios, reconocido por su severidad, aunque las malas lenguas hablaban de que en ciertas oportunidades tomaba decisiones favorables a aquellos que le mojaban las manos con algunos billetes

— Cuénteme con lujo de detalles, sin omitir nada y sin decir ninguna mentira, lo que aconteció. Quiero conocer los hechos tal como sucedieron para tomar las medidas a que haya lugar y de acuerdo con la ley. De no hacerlo así puede que se le complique la vida más de lo que ya la tienes. Lo tuyo ha sido simple y llanamente un asesinato — enfatizó mirando directamente a los ojos de la mujer para medir sus reacciones.

— Pues mire, don Justiniano — contestó Cleotilde sin poder contener las lágrimas, pues ya sabía cuál sería el castigo — Hace tres días, exactamente a las once de la mañana, la muchacha, llamada Berenice, creo que de apellido Mo-

reno, vino a mi casa pues sabiendo de mi experiencia para provocar abortos, ella quería que le practicara uno. Desde hacía cinco semanas, usted sabe, no le venía la regla. Efectivamente comprobé que estaba preñada. En eso no me equivocaba nunca con solo mirar a las que me buscaban y palpar, usted entiende, las partes íntimas. Era una muchacha joven, de unos 19 años y se veía fuerte, resistente, lo que me decía que podía hacer lo mío sin mucho peligro, pues aguantaría todo sin quejarse.

— Mire, Cleotilde — dijo molesto el inspector, a la vez que encendía un gigantesco tabaco — yo me imagino los pormenores, pero lo que me interesa es saber por qué y cómo murió. Le repito, hable claro y pelao que ya me supongo todo lo anterior a su desgraciado trabajito.

— Yo, señor Inspector, he practicado más de cien abortos y nunca tuve la más mínima complicación — dijo la mujer en tono de disculpa y tratando de ser convincente —. Si me ayuda para que la pena no sea tan grande, le hago un listado de las que me han consultado y se dará cuenta de lo que pasa con muchas muchachitas de familia, pudiendo usted conseguir muchos favores por guardar el secreto.

— No me interesan los chismes. Vaya al grano, pues ya me está haciendo arrear — conminó el prefecto alzando la voz.

— Bueno — dijo resignada Cleotilde — le explico. Yo siempre rompí sin ningún problema el saco amniótico con una aguja de tejer, a la cual hervía antes por más de quince minutos. Dilaté el útero y coloqué el tubo de succión para

extraer el feto, pero, y no sé porque, de pronto se le vino una enorme hemorragia, como nunca había visto. Asustada le pregunté que a quien llamaba y me dijo que a nadie, aunque podría ser a Argimiro que era el padre de la criatura muerta. De inmediato la llevé al hospital que como usted sabe solo queda a tres cuadras de la casa. Entré en emergencia, la atendieron de inmediato, pero al rato salió un médico para decirme que todo había sido inútil, que había muerto, pues el daño que había provocado había incluso afectado los intestinos, perforándolos.

— Creo que estas bien jodida — afirmó el inspector sin mostrar ninguna emoción — pues el secretario ha tomado nota exacta de tu confesión, pero falta que me digas algo ¿El Argimiro, si como dices era el papa de la criatura, tuvo algo que ver con el aborto? Quiero decir ¿fue él quien te buscó para que le hicieras el trabajito a la muchacha?

— No, de ninguna manera. Ni siquiera lo conozco, pero he sabido de sus andanzas y no tiene nada de raro que el haya sido el que preñó a la muchacha. Pero no creo que tenga ninguna culpa con lo que pasó. Cleotilde a la vez que hacía esa afirmación, recordó cabalmente las promesas de Argimiro y tenía la certeza de que cumpliría pues lo tenía en sus manos, Si no lo hacía denunciaría que fue él quien la contrató y de esa manera también recibiría su castigo severo.

— Señor Argimiro, como de seguro usted lo sabe — empezó diciendo el inspector arrastrado las palabras — la

muchacha, es decir, la señorita Berenice Moreno, murió a causa de un aborto mal hecho por la señora Cleotilde.

Con la idea de aclarar los hechos, le voy a hacer algunas preguntas que espero me conteste con la mayor sinceridad para facilitar las cosas.

— ¿Conocía usted a la occisa?

— Sí, la conocía perfectamente pues desde hace unos seis meses tenía con ella una relación íntima.

— ¿Sabía usted que ella estaba embarazada y que lo estaba de usted?

— No. No lo sabía. Ella nunca me lo dijo.

— ¿Fue usted quien contrató a la señora Cleotilde para que realizara el aborto?

— No; ni siquiera había oído nombrar a la tal señora Cleotilde. Supe de ella en el entierro de la pobre Berenice.

— ¿Quién, entonces, cree usted que se la recomendó?

— No tengo idea, pero me imagino que alguna amiga que pasó por lo mismo, habiendo salido bien librada del aborto. Usted sabe lo que pasa en el pueblo. Para nadie es un secreto que las carajitas de la sociedad para evitarse problemas recurren al aborto como solución, evitando reacciones violentas de sus padres.

— Señor — interrumpió de improviso el portero de la prefectura — perdone, pero acaba de llegar una nota dirigida a usted y me dijeron que la entregara de inmediato y en sus manos. Viene de la gobernación.

El Inspector la abrió y apresuradamente leyó.

Estimado amigo:

Dada la seguridad que tenemos, previas averiguaciones, de que Argimiro Buenaventura no tuvo nada que ver con la muerte de la señorita Berenice Moreno, le agradecemos lo exima de cualquier responsabilidad. Cierre el caso. La culpable, ya confesa, ha sido sentenciada a doce años de cárcel.

Orden: ¡deshágase de inmediato de esta nota!

El papá de Berenice, Ricardo Pérez, dueño de la botica “Santa Lucía”, tenía la plena seguridad de que Argimiro era el padre de la criatura, pues muchos de sus conocidos le habían advertido que cuidara a la muchacha pues la habían visto en muchas oportunidades con él en calles oscuras. Tenía la certeza de que su hija había caído en las truculencias del desgraciado, a pesar de que se lo había prohibido, con amenazas de internarla en un convento, si seguía encontrándose con el tipejo. Estaba convencido de que ella no había ido por su cuenta donde la vieja Cleotilde para que le hiciera el aborto, sino que el vagabundo lo había hecho. Para lograr inculparlo, regularmente iba a visitar a Cleotilde cárcel y le ofrecía de todo, pretendiendo que por agradecimiento confesara que fue contratada por Argimiro. Pero nunca consiguió que la mujer lo hiciera. Lo prometido por Argimiro se cumplía a cabalidad. Le enviaba buena plata como si se tratara de donaciones de varias personas y cuando su hermana la visitaba le contaba de lo bien que vivía con sus sobrinas. Incluso a la niña paralítica le había

comprado una silla de ruedas. Por eso Cleotilde le ordenó terminantemente que ni se le ocurriera contar que Argimiro había estado en su casa antes de lo que pasó con la muchacha. Después de tres años de encarcelada, Cleotilde murió de tuberculosis. Con su muerte, Argimiro respiró tranquilo. Nadie nunca sabría que había sido él quien la contrató para el aborto. No dejó nunca de ayudar a la familia de la pobre mujer.

Llegó la semana más esperada en el pueblo: la alegre celebración de las fiestas en honor a su patrona: la Virgen del Carmen. Uno de los eventos centrales era invariablemente el de la pelea de gallos. En los cinco días que duraban las festividades, se daban, con apuestas considerables, encuentros desde las 11 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Venían galleros de todo el país, cada uno con la idea de que poseía gallos capaces de hacerle ganar mucha plata, aunque la mayoría se iba sin un centavo en el bolsillo.

Si bien los apostadores sabían que todos los criadores traían gallos de calidad, por el pueblo corrió como pólvora la noticia de la gran pelea, según lo pregonaba con pedantería y entre tragos Germán Altuve, el hijo del Dr. José Altuve. Con altanería, afectando aires de gran señor, decía a todos que enfrentaría uno de sus gallos favoritos, traído de canarias con las mejores referencias y ya bien aclimatado, al gallito cubano del que tanto se ufana el tal Ruperto Buenaventura. Germán odiaba a su opositor, no solo por el hecho de haber demostrado ser mucho mejor criador, sino porque a diferencia de él, se había ganado el aprecio de los vecinos, quienes siempre alabaron su honradez y dedi-

cación al trabajo. Claro que alardeaba sin haberse puesto de acuerdo con Ruperto para el desafío, pero este al oír lo que el muchacho pregonaba, convencido de que de una manera u otra sería empujado al encuentro, preparó a su animal favorito como sabía hacerlo.

— Don Ruperto — dijo el muchacho que rodeando la casa llegó apresurado hasta el criadero — me pagaron para que viviera en nombre de don Germán Altuve, a proponerle que mañana domingo, si es que usted no se raja, así mismo me dijo y no son palabras mías, — explicó el mensajero — la celebración de las festividades se cierre con la pelea entre su gallo favorito y el de él, que según dicen está invicto. También me encargó que le dijera que el monto de la apuesta lo pusiera usted, ya que si él lo hiciera usted no tendría la plata suficiente, lo que le serviría para sacarle por culillo, con una justificación aceptable, el cuerpo a la pelea. También le manda a decir que según lo concertó con el dueño de la gallera, si usted aceptaba el reto, sería la última pelea del día. Es decir, la que podía llamarse estelar.

Argimiro se quedó pensando con calma, soslayando lo emocional como siempre lo hacía. Al cabo de unos dos minutos le dijo al mensajero: dígame al Dr. que voy a jugar-me todo lo que tengo, que no rehúyo nunca una pelea así sea con los que algunos puedan considerar el mejor ejemplar. Sin quererlo esbozó una sonrisa. El gran premio que podría obtener de ganar la pelea era cerrarle la boca desarmar su pedantería y prepotencia cerraría la boca al anti-pático y pedante hijo del Dr. Altuve y se la cerraría por completo y para siempre. Y era que el muchacho y no su

padre, se encargaba del entrenamiento de sus ejemplares y de ser quien enfrentaba los pormenores de las peleas. Su padre permanecía sentado cerca del ruedo, sumiéndose con avidez de conocedor, en los más mínimos pormenores de los enfrentamientos, mostrándose inmutable a pesar de que cuando apreciaba que su pupilo iba perdiendo, algo interior lo carcomía de rabia, pero era incapaz de expresarla. Tal comportamiento, aparentemente de indiferencia, difícil de que se diera en cualquier gallero, resultaba primordialmente de considerar que jugaba un papel importante en la sociedad en su condición de médico reconocido y apreciado, causa por la cual tenía que eximirse, a como diera lugar, de exteriorizar las emociones que surgían en cada pelea, pues muchos en la ciudad consideraban la riña de gallos como algo cruel y vulgar.

Ruperto tendría — se dijo a si mismo con convencimiento — que tendría el enorme goce de ganarle a el Dr. y su hijo, para dejar a este último en ridículo, importando eso más que por la apuesta que se tranzara. Nunca entendió como en Dr. Atuve, honorable y respetuoso, había tenido un hijo de tal calaña y que se consideraba superior a cualesquiera otros muchachos de la ciudad,

— Argimiro — gritó decidido Ruperto, llamando a su hijo — tráeme la cajita que está debajo de mi cama, la de color marrón. El muchacho, apareció de inmediato con la caja. Ruperto la abrió y contó una a una las morocotas de oro que guardaba en la caja. Eran las cincuenta que le había dado el Presidente. Después de hacerlo le dijo al muchacho que servía de mensajero que le comunicara a Germán que aceptaba el reto y que lo que podía apostar, porque era

todo lo que tenía, serían cincuenta morocotas de oro, pagaderas de inmediato al ganador y depositadas previamente en manos del juez. Aunque en las pelás había un código de honor en cuanto al pago de las apuestas, Argimiro calculó que el muchacho, ampliamente conocido por sus reacciones violentas, podría negarse a pagar alegando cualquier irregularidad. De suceder algo así, sabía que el Dr. Altuve haría el pago, pero el goce estaría en que las morocotas fueran de las manos del muchacho a las manos del juez, para que su arrechera fuera mayor.

El mensajero, una vez oída la respuesta de Ruperto Buena-ventura, corrió hasta el bar “El Rincón”, donde lo estaba esperando Germán, ya con muchos tragos en la cabeza y alardeando de las condiciones insuperables de su gallo. Vociferaba tanto que groseramente les dijo a sus amigos que una vez que su gallo matara al de Ruperto, se lo metería por el culo, si era que el patas en el suelo aceptaba cazar la pelea.

— Señor — dijo el muchacho a Germán, un poco agitado porque se vino corriendo a toda velocidad desde la casa de Ruperto, pensando en la propina que le darían — le hice el mandado como usted me lo ordeno. El señor Ruperto me dijo que acepta el reto y que su apuesta es de cincuenta morocotas de oro y que no apuesta más porque es todo lo que tiene. Además, me insistió en que le aclarara que la apuesta debe ser depositada antes de la pelea en manos del juez, para evitar problemas.

Después de darle despectivamente unas monedas al muchacho y este salir a toda prisa del bar, Germán, asumiendo una pose presumida, se quedó mirando a sus amigos de

farra y luego, parándose de la silla con el vaso en la mano, a la vez que caminaba para que todos lo oyeran, les dijo, como si de un discurso se tratara:

— Amigos, ya oyeron lo que mando decir el bolsas el Ruperto. No solo tiene el culillo de apostar lo suficiente, sino que se atreve a dudar de mi honorabilidad exigiendo el depósito previo de las cincuenta morocotas. Pero pensándolo bien — dijo afectando una pose cada vez más arrogante — hasta es mejor así, púes si yo llegará a perder, lo que ni de vaina puede suceder, pagar la apuesta no representaría nada para mi papá, pero si él pierde y no hay el depósito, a lo mejor, desesperado al ver su gallo su gallo patarucu estirando las patas, podría salir corriendo con su dinero.

— Pero Germán — interrumpió uno de sus amigos, posiblemente el que estaba más sobrio — ¿Estás seguro de ganar la pelea? Tú sabes que yo no conozco nada de esa vaina de los gallos, pero he oído que el tal Ruperto se las trae como criador y que ha logrado muy buena cría a partir de unos gallos cubanos que le regaló el Presidente, al cual le ganó una pelea y que, además, es un hombre honorable, de palabra. Todo sabemos que sería incapaz de dejar de pagar aunque al hacerlo quedara limpio, sin una puya.

— Eso es pura habladuría de bolsicladadas — bociferó Germán sonriendo a la vez que se servía otro whisky — lo del Presidente fue una vaina de pura suerte. No crean que a veces no sucede esa vaina: que un gallo malo dé por casualidad una puñalada acertada y gane la pelea. Pero sucede una vez entre mil. Además, les aclaro, el gallo que mi padre trajo de Canarias, donde se dice están los mejores criadores del mundo, es no sólo bello y con una estampa inigualable,

sino también con una fiereza única. A los gallos que le hemos puesto para probarlo, los ha despachado en menos de un minuto. No es que los gallos cubanos sean malos, pero el de Ruperto no podrá superar al nuestro. Ya verán cómo vamos a beber de lo lindo y a putear con las morocotas que de la apuesta me dé mi papá.

Llegó el esperado domingo. La gallera estaba a reventar. Ya las peleas concertadas desde la once de la mañana habían terminado. Solo faltaba la del cierre, la que todos esperaban ansiosamente. Los ganadores querían más y los perdedores, en historia de nunca acabar, esperaban recuperar lo perdido. Todos estaban expectantes, murmurando, haciéndose mutuas recomendaciones sobre las apuestas. Tanto que, en la pelea anterior a la pautada entre German y Ruperto, casi nadie apostó, guardando la plata para arriesgarla en el que se consideraba sería el mejor de los encuentros.

Argimiro, como no quedaba tan lejos la gallera de su casa, metió su gallo en una cómoda jaula y la tapó con una gruesa cobija. Luego, con su hijo y doña Josefina, nunca los dejaba en casa, emprendió el camino hasta el sitio en que se jugaría toda su plata. Cuando comentó con su mujer lo de la pelea, esta, sin dudarle, le dijo que hiciera la apuesta pues de seguro ganarían. Por algo también, como se sabía, era una gallera reconocida. Al llegar apartaría el gallo del bullicio y de los demás gallos enjaulados. Ya sabía que su pupilo se ponía nervioso, perdiendo con ello mucha energía.

Terminada la pelea que se estaba efectuando, el juez se acercó al sitio disponible para pesar los gallos y medir la

longitud de las espuelas artificiales, que deberían ser métricamente similares. Después de comprobar la longitud y darlas por aprobadas, las limpió prolijamente, con la idea de eliminar cualquier vestigio de algo ilegal que se hubiera untado en ellas. Ruperto no se tomó ni siquiera la molestia de mirar a su contrincante, ya un tanto tomado. German, por el contrario, lo miró desafiante y atorrante como siempre, le dijo:

— Prepárate Ruperto. Hoy te vas a quedar sin tu mejor gallo y para colmo regresarás tu casa sin una puya en el bolsillo. Yo, en cambio, saldré a darme la mejor vida con tus morocoticas. Lástima que no hubieras tenido más. Ruperto lo miro sonriéndole despectivamente.

Después de darle cada quien al juez las cincuenta morocotas según lo acordado, cada uno con su gallo se metió en el ruedo. Todo era silencio. No se oía ni siquiera un murmullo. Sabían los asistentes que no era una pelea cualquiera. Allí se estaba jugando el orgullo de ser el mejor criador de la región. La mayoría, a quien el muchacho le resultaba antipático y sabían que se portaba como si ellos fueran inferiores y marginales, iban al gallo de Ruperto, amigo de todos y hombre humilde.

A viva voz el experto juez, Serafín Suárez, anuncio la pelea.

¡Señores su atención! Último encuentro del día y también de la feria. Vamos a tener la pelea esperada por todos: el mejor gallo giro de don Germán Altuve, canario, contra el mejor gallo de Ruperto Buenaventura, su cenizo cubano. Han apostado, como la pelea lo ameritaba, cincuenta mo-

rocotas que han puesto en mi resguardo! ¡Hagan sus apuestas, señores y que gane el mejor!

A la insinuación del juez siguió el griterío con que se hacían las apuestas. El Dr. Atuve, como siempre, no hacía apuestas personalmente, delegándolo esa tarea a su compadre Faustino Barrios, sentado a su lado. Le indicó que ofreciera tres a uno a favor de su gallo. Más de quince apostadores, confiados en que el gallo de Ruperto ganaría y que era bastante favorable lo del tres a uno, vaciaron sus bolsillos y cazaron las apuestas con Faustino.

Como era la costumbre, cada gallero con su gallo entre las manos, sosteniéndolo morando al frente, lo acercó al contendiente. Se tiraron un picotazo. Luego los soltaron y así dio comienzo lo que muchos llegaron a considerar la mejor pelea que habían visto en su vida. A medida que pasaba los minutos se mostraban más agresivos. En ciertos momentos el gallo de Germán parecía estar dominando, pero también sucedía a intervalos regulares con el de Ruperto. Cuando uno golpeaba el otro respondía con más energía, como si le hicieran caso a los gritos de sus dueños. En un momento dado, la gente con preocupación dio por perdido el gallo de Ruperto. Fue el momento en que el giro propinándole al cenizo un certero y fuerte picotazo en el ojo derecho se lo desprendió, lo que lo dejó viendo solo por el izquierdo. Pero la herida pareció estimular al gallo de Ruperto que sangrando por el ojo herido arreció sus arremetidas y de improviso, para sorpresa de todos, le atravesó el cuello de un espuelazo fenomenal. Tan profundo que el gallo de German arrastró en su caída al de Ruperto, el cual no conseguía sacar su espuela del cuello. El gallo de Germán mu-

rió instantáneamente. Ruperto tuvo que sacar la espuela del cuello del vencido.

Germán, al ver lo sucedido, ya bastante tomado y saltando al centro del ruedo, gritó a todo pulmón:

— Desgraciado, alguna vaina mala le echaste a las espuelas Ruperto, porque tu gallito no tenía ninguna posibilidad. Te voy a joder bien jodido. Téngalo presente.

El Dr. José Altuve, que siempre le consistió todo a su hijo y nunca le puso reparo, por primera vez lo mando a callar a la vez que decía que Ruperto había ganado en buena lid y no había más nada que hacer.

El juez, tratando de calmar los ánimos, a pleno pulmón dio por ganador al gallo de Ruperto, a la vez que aseguraba que se había tratado de una pelea completamente legal, respetándose todo lo establecido y en especial la limpieza de las espuelas.

Los presentes murmuraban. Estaban contentos de que Ruperto hubiera ganado. Pero después de un momento de calma, vieron con preocupación que Germán sacaba su revólver y le apuntaba a Ruperto, pero no le disparó al hombre sino a su gallo, matándolo al instante.

Ruperto, inmutable, lo miró con desprecio sin decir nada. Recogió su gallo y lo acarició, dejando correr algunas lágrimas. La mujer de Ruperto y su hijo se metieron al ruedo y lo abrazaron. El momento era conmovedor. El silencio fue absoluto. No se oyó ni el más mínimo rumor. El Dr. Altuve, vivamente consternado, se acercó a Ruperto y le pidió que perdonara la bravuconada del muchacho, que todo era culpa suya por haberlo dejado hacer lo que le die-

ra la gana y que lo compensaría con la cantidad que creyera justa por su gallo muerto de manera tan alevosa.

— Te pagaré lo que tu creas conveniente por el gallo — dijo el Dr. esperando con ello compensar la barbaridad de su hijo.

Ruperto lo miró con lástima. No contestó nada. El juez se acercó y después de abrazarlo, eran buenos amigos, le dio la bolsa en que estaba las cien morocotas. Ruperto, después de darle dos morocotas a don Camilo, el juez, salió pausadamente de la gallera con su hijo y su mujer, que acongojados no podían contener las lágrimas. El muchacho llevaba el gallo muerto en sus brazos, pintando de sangre toda la camisa. Lo enterrarían como se lo merecía.

La gente, aglomerada en la salida de la gallera, comentaba que nunca había visto nada igual y que el muchacho, aun siendo el hijo del bueno de Dr. Altuve, merecía un buen castigo, empezando por no permitirle de nuevo la entrada a la gallera.

Germán, presintiendo que al salir podían agredirlo los amigos de Ruperto, esperó a que todos se fueran. Luego salió con su padre, que avergonzado seguía recriminándolo, como nunca lo había hecho, por lo sucedido. Se culpó a si mismo considerar que como padre había sido un fracaso y permitido indolentemente hacer a su hijo lo que le venía en gana. Se dijo pesaroso que haberlo complacido en todo tuvo como resultado criar un ser antipático, insoportable y sin conciencia clara de la decencia.

Cuando la policía supo lo ocurrido, buscaron a Germán y lo encerraron en un calabozo de la prefectura. Su padre,

para estupor de su hijo, no se opuso y ni siquiera dijo nada a los agentes. El revólver fue decomisado. El muchacho pasó quince días en la cárcel.

Al salir, el Dr. Altuve, convencido de que las cosas no podían seguir siendo iguales, dejó de darle dinero y lo obligó a trabajar como cualquier obrero en su finca, bajo la amenaza de que de no hacerlo, lo dejaría para siempre a su suerte. A la vez, le indicó que solo podría venir a la ciudad cuando él se lo autorizara.

Ruperto llegó a su casa acongojado. No le importaba mucho tener cuarenta y ocho morocotas más. Lo que le dolía era que hubieran acabado con su gallo de manera tan absurda. Se tomó tres tazas de café. Luego enterró con cierta solemnidad al gallo envuelto en un paño. Después de hacerlo, dijo algo entre dientes que ni siquiera su mujer pudo entender.

Desde ese día, en la madrugada, Ruperto le comentaba a su mujer que el gallo lo llamaba y que al despertar e ir donde lo había enterrado, lo veía en todo su esplendor levitando sobre la tierra, para desaparecer de inmediato.

Eran las nueve de la mañana. Una espesa bruma a recubría la vegetación, no dejando al sol calentar el ambiente a sus anchas. Don Aldo estacionó su Dion Button detrás de la casa de Adalberto para que no fuera visto por los que transitaban por la carreta. El brujo de inmediato lo cubrió con la lona que había ofrecido para hacerlo. Luego don Aldo le entregó las llaves al brujo, solicitándole que lo encendiera unas dos veces al día para mantener en motor en forma.

Adalberto los acompañó desde su casa hasta sitio en que deberían empezar a subir para llegar a la cabaña donde se había criado Argimiro. Calculando que podrían regresar el mismo día o a más tardar al amanecer del siguiente, llevaban lo indispensable: agua, comida enlatada, pan, una lámpara de gasolina, fósforos, dos machetes, suero antiofídico, una escopeta y una carpa para dos con sus respectivos colchones inflables; era más que suficiente.

No habían recorrido los primeros quinientos metros, cuando frente a ellos se apareció de repente, un hombre alto, pálido, enjuto, fantasmagórico, que parecía estar conformado solo de huesos y una piel muy delgada, de color azulado.

Don Aldo, al verlo, se quedó horrorizado y de no haberse contenido en el troco de un árbol, hubiera caído desmayado. La comprobación de que lo dicho por Argimiro era una verdad, le permitió salir poco a poco del impacto emocional y sintió que el miedo se desvanecía.

— Es mi padre — dijo emocionado Argimiro a la vez que trató de abrazarlo —. Como se lo dije, don Aldo, él nos estaría esperando para ayudarnos. Nadie mejor para guiarnos hasta donde queremos llegar sin ningún contratiempo.

— Los estaba esperando — dijo el hombre con voz cavernosa — anoche me lo anunció una ventisca que de pronto salió de la montaña y estremeció la cabaña. El viento que viene por los callejones mece sin cesar las ramas de los árboles. Es el único que conversa con nosotros, contándonos del origen del mundo y de la eternidad. También la sintió mi mujer que nos está esperando sentada en la puerta de la

cabaña. Nos alegramos pues se nos estableció como condición para ascender a otra dimensión, que era necesario ver a nuestro hijo de nuevo varias veces. Eso nos lo dice también el arroyo cuando cada mañana bajamos a su orilla a añorar cuantas veces nos bañamos en sus tibias aguas. Ahora nada es posible. Solo nos queda esperar y esperar, sin siquiera saber que esperamos.

— Él es con Aldo Dini — aclaró Argimiro emocionado — Me acogió cuando después de que murieras decidí irme a la ciudad a buscar nuevos rumbos. Yo no quería dejarlos solos, pero tampoco podía quedarme en la montaña, aislado para siempre.

A don Aldo, que permanecía estupefacto y en silencio, si bien se reponía del susto, no terminaba por comprender, aunque ya le había explicado Argimiro, pero nunca le creyó, que era posible el milagro de que un muerto se apareciera y además les hablara y compartiera una conversación con los vivos como si nada raro hubiera en ello.

Pasado ese momento extraordinario, don Aldo Saludo a Ruperto con voz temblorosa, diciéndole que se acordaba perfectamente de él cuando era escribiente en la prefectura y por su fama de criador de gallos, ganador de muchas peleas.

— No me los recuerde, por favor — ripostó Ruperto con pasmosa lentitud — ellos fueron la alegría de mi vida y por uno de ellos, mi consentido, el cenizo, me la desgracie al matar a Germán Altuve. Pero no tuve otra opción. Un algo superior me decía con insistencia que debía reparar por mi honor la manera tan absurda como le dio muerte al gallo,

resultado de su prepotencia. En muchas oportunidades lo he llamado para conversar y preguntarle, pues nunca lo sabré, qué lo impulsó a dispararle al cenizo y que sintió al verlo muerto. Y no creo que haya sido porque mi gallo mató al suyo en la pelea, sino por algo diferente que debió bullir en la mente del malandro, dado el menosprecio que le tenía a los demás, en especial a los que no eran de su clase social. Posiblemente eso fue lo que privó. No aceptar que un hombre pobre y humilde como yo, lo hubiera dejado en ridículo después de que alardeó por toda la ciudad que acabaría con mi pupilo en menos de un minuto. Pero dejemos eso de lado y empecemos a subir. Ya sé lo que el señor Aldo lo que pretende, ojalá se le dé y pueda fundar una buena hacienda en el valle. Sé que quiere verlo para determinar si es de su agrado. No hay la menor duda de que se trata de un pedazo de paraíso en la tierra y desde ya tengo la seguridad de que al verlo se sobrepasarán sus expectativas. Eso sí — dijo en tono convincente al empezar a caminar —, como lo sabe Argimiro, tienen que mirar al dar cada paso el suelo delante de ustedes y las enramadas para evitar la picadura de alguna mapanare, pues son abundantes. A mí no pueden hacerme nada, pues tal episodio es una cosa muy terrenal. Ya sé que Adalberto los protegió como es debido, pero no está de más que tomen las precauciones. Estimo que estaremos en la choza a eso de las tres de la tarde si es que el señor Aldo mantiene el paso. De no ser así, y tengamos que pararnos a descansar una y otra vez, puede que lléguenos a las seis o a las siete, pues anoche llovió torrencialmente y el suelo está muy deslizatibo. De suceder esto último, es decir, llegar casi en la noche, tendremos que bajar mañana desde tempranas ho-

ras al valle. Mi mujer nos estará esperando a cualquier hora, pues no tiene ningún afán.

El ascenso fue lento como lo supuso Ruperto. Don Aldo si bien se mostraba enérgico y caminaba con soltura, cada media hora se paraba a descansar. Y no era para menos, la cuesta se presentaba muy empinada y lo tupido de la vegetación hacía a veces el paso difícil, teniendo incluso en algunas oportunidades la necesidad que recurrir al machete para despejar.

Ruperto, cada vez que se paraban a descansar, decía que iba un momento a ver a su mujer y que de inmediato regresaría, a anunciarle la llegada de Argimiro, aunque con seguridad — afirmaba — ella ya lo debía saber.

En cada una de las oportunidades en que Ruperto hablaba dando órdenes, don Aldo se asombraba mucho más. Este desaparecía y al cabo de unos diez minutos estaba de nuevo con ellos, lo que quería decir que se transportaba de una manera sobrenatural, inconcebible. Pensaba que nunca contaría lo sucedido, pues al menos lo tildarían de loco. Nadie en su sano juicio le creería. El único que sabía de ese milagro sin causarle ninguna sorpresa, era el brujo Adalberto, que entre otras cosas se dedicaba a invocar espíritus, cuando algún cliente quería hablar, generalmente con un familiar fallecido.

Llegaron a la parte alta de la montaña a eso de las cinco de la tarde. Desde allí don Aldo, admirado pudo ver algo del valle, pero la vegetación conformada por árboles altos y muy cercanos en uno del otro, no permitía una apreciación adecuada. Sin embargo, por lo que lograba apreciar, sentía

que allí estaba el sitio en que podría construir su anhelada hacienda. Descendieron con cierta dificultad hasta la cabaña, visualizando el arroyo a medida que lo hacían. El suelo estaba húmedo y se hacía resbaloso. El calor hacía sudar profusamente a don Aldo, que no dejaba de enjugarlo con el pañuelo y ventilarse con el sombrero. Como resultaba obvio, cuando decidieron entrar a la cabaña que como pudieron apreciar se mantenía intacta, apareció doña Josefina sentada en uno de los troncos colocados al lado de la puerta, también flaca y enjuta. Ella miró Argimiro con ojos de profundidad y le dio la bendición. Don Aldo en esta oportunidad no se inmuto y saludó amablemente a la señora. Ya no se sorprendía de los hechos sobrenaturales de los que era testigo. Se sentaron en los troncos que hacían de silla, destaparon unos dos potes de sardinas y acompañándolas con galletas se dispusieron a amortiguar el hambre. Ruperto y su mujer los miraban, recordando los tiempos en que podían comer a sus anchas. Ahora no les hacía falta comer ni beber. No había nunca hambre ni sed. Argimiro, una vez despachadas las sardinas, recorrió todos los espacios de la cabaña y constató que todo permanecía en su lugar. Acarició la hamaca de su papá y la de su mamá, sin poder contener las lágrimas. Eran muchos los recuerdos que de momento se agolparon en su mente. A pesar de las limitaciones, allí había sido feliz. Había gozado de plena libertad, de una autonomía que siempre añoraría. Al regresar se llevaría, como recuerdo imperecedero, los libros en lo que terminó de aprender a leer y los cuadernos en que empezó a escribir a diario y en los que hacía una y otra vez operaciones aritméticas, cuyos resultados eran corregidos por su padre. Este había sido buen profesor y lo preparó de manera tal que

podía desenvolverse en cualquier negocio. Llegó incluso a dominar la regla de tres simple y compuesta y algunas nociones de contabilidad. Se aprendió de memoria, casi en su totalidad, los libros de geografía, de historia y castellano, pues en algo rompían su mundo de infatigable ocio.

De pronto, un intempestivo y fuerte chubasco empezó a caer, generando en la selva un concierto cacofónico que despertaba acierto temor. Ante la inesperada lluvia, Argimiro y doña Josefina se despidieron diciendo, para mucho más asombro de don Aldo, que se verían en la mañana pues la noche, como estaba establecido, debían pasarla en su sitio de descanso. Antes de irse, Ruperto le pidió a su hijo que cambiara las cruces colocadas en los sitios donde habían sido enterrados, pues por efecto del calor y de las lluvias, ya estaban muy deterioradas y se veían muy tristes.

Como caía la noche, inflaron dentro de la cabaña las colchonetas y se dispusieron a dormir. Argimiro se quedó dormido de inmediato, pero don Aldo, dio y dio vueltas sin poder conciliar el sueño. No dejaba de pensar en lo que le estaba sucediendo. Era testigo de algo que ni siquiera se hubiera imaginado. A eso de las cuatro de la mañana pudo conciliar un pesado sueño. Se vio caminando por el valle, acompañado de Argimiro y sus padres, supervisando los rebaños de ganado de ceba y el ordeño de las vacas. De pronto, un toro cerrero lo perseguía sin poder alcanzarlo, hasta que lograba llegar a un ancho río y zambullirse en sus aguas. Sudoroso se paró y salió para deslumbrarse con una mañana esplendorosa, que mostraba una vegetación con miles de verdes que hipnotizaban. Luego de mirar embelesado durante unos

cinco minutos el panorama que desde ya pensaba iba a ser su paisaje para siempre, entró y despertó a Argimiro. Cuando ambos salieron, Ruperto estaba a unos veinte metros de la puerta. Vieron a lo lejos, en la ribera del arroyo, a la señora Josefina que sentada en una piedra estaba extasiada mirando el correr suave del agua.

Argimiro salió de la cabaña con un machete en la mano, un martillo y unos clavos. Con el machete en la mano se internó un poco en la espesura de la selva y a eso de una hora, regresó con seis palos de desigual tamaño. Don Aldo supuso que iba a construir las nuevas cruces para colocarlas en las fosas de sus padres. Así fue. Sacó con facilidad las viejas cruces y luego clavó sobre los trocos más gruesos, los travesaños. Amplió un poco los huecos en que estaban enterradas las viejas cruces y colocó enérgicamente las nuevas, apisonando apropiadamente la tierra. Al terminar se persigno y rezó un Padre Nuestro. Don Aldo acompañó la oración mentalmente. Después, el muchacho recogió algunas flores silvestres que se daban alrededor de la cabaña y juntándolas en dos ramos, colocó uno en cada fosa, al pie de las cruces. Don Aldo miraba impassible el hacer del muchacho, esperando pacientemente que terminara para proseguir su viaje hasta el valle. Ruperto y doña Josefina estaban complacidos. Fueron inevitables profusas lágrimas de eternidad.

— Bajemos hasta al arroyo que está a unos cien metros — dijo Ruperto después de ver complacido las cruces —. Al llegar empezaremos a caminar por su orilla, ya que hay bastantes playas arenosas que facilitan el desplazamiento. El arroyo nos llevará al río “Guacamayo” que limita el valle

por el norte. Al alcanzar su orilla, es decir, donde desemboca el arroyo, ya estaremos pisando la parte norte del mismo. Luego, haremos lo que el señor Aldo considere conveniente. Argimiro y don Aldo asintieron. Seguirían al pie de la letra lo que recomendaba Ruperto. Al llegar al arroyo, la señora Josefina que seguía estaba sentada en la piedra se paró y bendijo a su hijo y les deseó un buen viaje. Luego desapareció, esfumándose. Cuando voltearon la mirada hacia la choza, estaba parada frente a la puerta mirán-dolos partir

— ¿Cómo te fue, Ruperto? — preguntó Adalberto mostrando cierta indiferencia — ¿Conseguiste el sitio deseado?

— Si — respondió Ruperto que mostraba cierto agotamiento y sudaba copiosamente — Empecé a subir por donde me indicaste y el línea recta, hasta que llegue a la cima y pude ver el arroyo del que me hablaste. Desde donde estaba vi a lo lejos en el fondo, en la hondonada, a eso de cien o ciento veinte metros antes del arroyo y por encima de su nivel, un destapado plano sin árboles y con algún tipo de grama. Es de unos cien metros por cincuenta, lo que es más que suficiente para hacer la cabaña sin tener que talar. Creo que la tierra que la rodea es apta para sembrar algunas plantas y algunas frutas. Y por supuesto, lo que es muy importante, su cercanía con el arroyo, pues de no haber agua cerca sería imposible vivir en el monte. Para no perderme en el regreso, me llevé unos diez rollos de adhesivo y cada veinte metros pegaba un pedacito en los árboles del sendero escogido. Eso me permitió regresar con facilidad y me permitirá subir todo lo necesario para la cons-

trucción de la cabaña, sin problemas en cuanto a la orientación.

— ¿Quiere decir, entonces, Ruperto, que no desistirás de tus propósitos? ¡Piénsalo muy bien!

— En absoluto — respondió Ruperto a la vez que trataba con su dedo índice de limpiarse el sudor de la frente — Todo lo tengo decidido y no me voy a echar para atrás. Es algo que me resulta necesario, inevitable. Dios me perdone, pero tengo que hacerlo o si no nunca tendré tranquilidad. Mi pasividad, mi cordura, se ha convertido en rabia incontenible.

— ¿Y cómo has planificado la cuestión?

— Te lo explicó y a la vez te digo que voy a requerir de tu colaboración. Sin tu ayuda la cuestión será muy difícil. Claro, no me mires con extrañeza — acentuó Ruperto — pues solo se trata de que me guardes todo lo que vaya trayendo y que me va a resultar necesario para vivir aislado y para construir la cabaña, como son las hachas, cuchillos, machetes, clavos, martillos, ollas, vasos, cafetera, mucho café, fósforos, lámparas de gasolina, tres hamacas, serruchos, semillas y algunos libros para terminar de enseñar a leer e instruir en algo a Argimiro. ¡Ah! De paso te cuento que antier fui a la prefectura y le presenté mi renuncia como escribiente a don Anselmo Gómez, el prefecto. Se extrañó mucho, pero le dije, para facilitar las cosas, que todo se debía a mi decisión de dedicarme a tiempo completo a la cría de gallos y negociar con ellos en la región y estados vecinos. Me arreglaron con una plática que me cayó más que bien, para cumplir mi propósito. Es tanto que le compré a la

viuda de Constantino, tú lo conoces, el carnicero, su viejo carro, en el que vine. Así se me facilita venir y traer lo que te he dicho. Todo me es posible por las 98 morocotas que tengo guardadas. Ya conoces su origen.

— Explicame bien eso de mi colaboración, pues no quiero para nada verme enredado en algún problema grave y menos con la policía — exigió Adalberto con tono conminatorio.

— Yo entiendo lo que me dices, pero solo se trata de que me permitas ir acumulando las cosas en tu casa y que una vez que estén todas, nos pongamos de acuerdo para que me contrates unos cinco campesinos de esos que son incondicionales tuyos y que obedecen tus ordenes al pie de la letra. Ellos subirán la carga y para que bajo mi dirección me ayuden a construir la cabaña lo más rápido posible. Además, yo les pagaré muy bien para que se sientan satisfechos. Tengo la seguridad de que no contarán nada a nadie si tú se lo exiges.

— Siendo así no hay ningún problema — aseguró Adalberto a la vez que le ofrecía un trago de miche a Argimiro. Empieza cuando quieras a traer tus cosas y después decidimos lo de subirlas y hacer la cabaña. Por los hombres no te preocupes, todos son mis compadres y si yo les exijo algo, lo cumplen al pie de la letra. Además de serme leales temen que pueda introducirles en su cuerpo y en su mente algún tipo de maleficio, si es que me traicionan.

Satisfecho, después de hacerse un ensalmo que aseguraba el brujo lo protegería contra sus enemigos, emprendió el

regreso a San Carlos, dejándole antes a su amigo cuatro relucientes morocotas de oro.

Comprando poco a poco lo que necesitaba llevar a donde Adalberto, y en sitios diferentes para no despertar ninguna sospecha, logró juntar lo que había anotado minuciosamente en una lista escrita en una hoja de un cuaderno de Argimiro.

Su mujer le pidió explicaciones, pero no quiso dárselas. Le dijo para calmarla, que se trataba de la construcción de una casita nueva que iba a hacer en las afueras del pueblo, en un lotecito de terreno que había visto a unos dos kilómetros al borde de la carreta que llevaba a la pequeña represa del río “Carate”, para mudarse definitivamente de un pueblo al cual odiaba después de lo que pasó en la gallera, al igual que a su gente, en especial a los que se sentían poderosos por efecto de la plata y humillaban a quien les daba la gana.

Una vez acumulado lo necesario en la casa de Adalberto, se puso de acuerdo para subir con los hombres escogidos por este siguiendo las marcas dejadas con el adhesivo. Para que Josefina no se preocupara por su ausencia durante algunos días, le dijo que iría al estado vecino a negociar unas nuevas crías que le habían dicho eran fenomenales.

El día acordado, a eso de las cinco de la mañana, diez campesinos, siguiendo las órdenes de Adalberto, estaban preparados para subir, sabiendo que además de cargar las cosas, se ganarían una buena plata construyendo una cabaña en algún sitio desconocido para ellos. Argimiro había

traído suficiente comida, pensando en que por lo menos se llevaría unos ocho días construirla.

Subieron siguiendo las marcas de los adhesivos, lo que facilitó avanzar sin mucha dificultad, en especial porque no había llovido en unos cinco días. Después de caminar cuatro horas y estar completamente agotados pues una lluvia pertinaz hizo su aparición de pronto, enlodando el suelo que se puso resbaloso en como un jabón en las partes descubiertas camino, llegaron a la cima, se sentaron a descansar, comieron y bebieron, se metieron en la boca una bola de chimo y luego bajaron al sitio que Ruperto había precisado en la hondonada. Siguiendo las indicaciones de Argimiro, los hombres talaron con rapidez increíble los árboles necesarios para la construcción y luego procedieron a armar la cabaña de unos doce metros de largo por diez de ancho, con un cuarto destinado a Ruperto y su mujer y otro para Argimiro. Espacio para una cocina y frente a esta una especie de sala en la cual pusieron gruesos troncos cortados con una altura de unos cuarenta centímetros para que les sirvieran de sillas. Con tres piedras traídas del arroyo y el entramado de hierro que había traído Ruperto entre sus cosas, armaron una especie de fogón, para cocinar con leña que se fue acumulando con lo que sobraba de los cortes.

Lo que más les costó a los campesinos fue armar el techo de manera de manera tal que el agua no se colara. Optaron por poner troncos anchos apretados los unos a los otros y sobre las hendidias clavar ramas sin hojas que fueran rectas, con lo cual las estas quedaban tapadas, aunque no del todo. La cabaña se construyó en menos tiempo de lo previsto. Solo necesitaron seis días. Después de sentirse satisfecho

por haber logrado una cabaña cómoda, Argimiro regresó con los hombres hasta la casa de Adalberto, repartió la paga en cantidades que superaban las execrativas de los campesinos. Después de brindar unas botellas de aguardiente y agradecer a Abelardo y sus hombres la colaboración, regresó satisfecho a la ciudad. Ahora podría actuar tal como lo había venido planificando.

Con paciencia, Ruperto averiguó en qué domingo Germán Altuve vendría a la ciudad con el permiso de su padre. Sería el domingo 23 de julio. Sabía que el muchacho iría como de costumbre al club y saldría tarde de este, a lo mejor con unos tragos encima, para ir a su casa, situada en el centro de la ciudad. El sábado 22, a eso de las cuatro de la tarde le dijo a Josefina que hiciera maletas con lo indispensable para los tres, pues se irían a vivir en la montaña. Ella ni siquiera se atrevió a preguntar qué era lo que sucedía, pues siempre confió en las decisiones de su esposo. Luego de hechos los equipajes, montó a su mujer y a su hijo en el carro y los llevó a la casa de Adalberto, pidiéndole a este que les permitiera dormir en ella. Le aclaró que él vendría en horas de la madrugada para irse a la cabaña con su mujer y su hijo. Adalberto sabía lo que Ruperto tramaba y dedujo sin dificultad que lo solicitado formaba parte del plan para huir. Después de dejar a su mujer y a Argimiro, regresó a la ciudad, repitiendo una y otra vez el plan que seguiría.

A eso de las ocho de la noche vio entrar a Germán al club con unos de sus amigos. Condujo su carro hasta unos treinta metros abajo de la casa del Dr. Altuve y sentado en su interior estuvo esperando nervioso, pero decidido, hasta las

tres de la madrugada. Calculando que ya Germán vendría en camino, recorrió los treinta metros que lo separaba de la casa y se apostó detrás de un árbol que crecía en la acera, frente a la residencia. No se equivocó. A eso de las tres de la madrugada, hacia un frío presagiador, el muchacho venía solo tarareando una canción y se notaba por el caminado que con algunos tragos de más. Cuando llegó cerca del árbol, decidido, sin pensar en nada que lo pudiera detener, con sangre fría, lo enfrentó revólver en mano. El muchacho se quedó paralizado por el miedo, trató de pedir clemencia, pero Ruperto no le dio tiempo. Lo último que oyó antes del certero disparo que recibió en el pecho, fue que Ruperto le decía que muriera de la misma manera que había muerto su gallo, pues este era más digno de vivir que él.

Como supuso que el disparo se habría oído en la casa del Dr. Altuve, corrió hasta el auto a toda velocidad. Se subió y con rapidez salió del pueblo rumbo a la carretera. Llegó agitado, pero satisfecho a la casa de Adalberto. Despertó a su mujer y su hijo, diciéndoles que se prepararan para irse montaña arriba. Mientras estos arreglaban sus cosas, llevó el auto al borde de la hondonada que había al otro lado de la carretera, frente a la casa del brujo. Lo empujó como pudo. El auto rodó estrepitosamente hasta el fondo. Se asomó y para su tranquilidad comprobó que había quedado oculto por la vegetación.

El Dr. Altuve oyó el disparo y preocupado se paró para averiguar lo que sucedía. Abrió la puerta de su casa y aguzó la vista tratando de precisar algo. No captó nada extraño. Todo estaba silencioso. Empezaba a caer una tenue y persistente lluvia. Regresó pensando en rehacer el sueño. Pero

un algo interior, sin saber por qué se lo impedía a la vez que lo embargaba una extraña sensación de preocupación. Fue al cuarto de Germán para constatar si había llegado. Al ver la cama vacía regresó a su cuarto y optó por encender la lámpara de la mesa de su cuarto y continuar leyendo artículos de la última Revista Médica que mensualmente le enviaban de la capital. Al fin, medio pego los ojos hasta que la luz de la mañana habiendo caso omiso de la cortina de la ventana, penetró con sus rayos madrugadores, despertándolo. Se sentía agotado.

Al otro día, a eso de las seis de la mañana, quienes transitaban cerca de la casa del Dr. Altuve, se percataron con asombro del muerto tirado boca abajo en el suelo en un charco de sangre. Algunos se dirigieron de inmediato a la policía que presta llegó al lugar, para levantar el cadáver. La noticia se regó como pólvora por la ciudad. Como era de esperarse, la policía y los parroquianos tuvieron la certeza de que el criminal había sido Ruperto Buenaventura. La mayoría recordaba el incidente en la pelea de gallos durante las ferias y fiestas. Todo quedó confirmado cuando la policía constató que Ruperto había desaparecido con su mujer y su hijo.

Josefina, sumisa como siempre, no preguntó nada. Sabía de seguro que Ruperto le daría alguna explicación de un momento a otro. Empezaron a subir la montaña guiándose por los adhesivos que Ruperto fue despegando para evitar que se pudieran utilizar como guía a la policía o a cualquier extraño.

Después de caminar una hora se sentaron a descansar. Destaparon unos potes de sardina y se dispusieron en si-

lencio a comerlas con pan. Como Josefina había supuesto, Ruperto le explicó detalladamente todo a su mujer y a Argimiro lo que había pasado, sin omitir detalle alguno y sin decir nada para justificarse. Josefina le sonrió pues también se sintió humillada cuando el maldito le disparó al gallo consentido de su marido. Es tanto que Ruperto manifestaba satisfacción pues a su entender cumplió con su deber como hombre al cual le habían mancillado el honor. Argimiro oía y a pesar de su edad comprendía a cabalidad lo que había pasado. Estimaba que lo hecho por su padre debería estar bien pues fue criado en el abrevadero de considerar que lo que este hacía era siempre lo adecuado. Él siempre tenía razón y procedía de la mejor manera en bien de su familia. Era su héroe indiscutido, al que admiraba, en especial cuando salía vencedor en las peleas de gallos. Cuatro horas más tarde, agotados, llegaron a la cima. Luego, con mucho cuidado por lo inclinado, bajaron hasta la cabaña. Argimiro, al ver el provocativo arroyo, corrió hasta su orilla, se desnudó y gozoso se metió en el agua. El baño en las aguas cristalinas se convertiría en una costumbre diaria, pues además de la diversión que implicaba, le permitía contrarrestar en algo el calor que a veces arreciaba incientemente.

Josefina prendió leña entre las piedras que en adelante le servirían de fogón y preparó la cena. Al terminar de comer, guindaron sus hamacas y se dispusieron a descansar.

Argimiro no se quedó dormido de inmediato. Pensaba, a pesar de su corta edad, que su vida en la montaña, en compañía única y exclusivamente de sus padres, sería buena por algunos años, pero que en un momento dado ten-

dría que salir a la ciudad a participar de la vida en compañía de muchos otros. Suavemente, el arrullo del arroyo y el ulular blando del viento buscando cabida entre los árboles, ejerció su poder somnífero y el muchacho se quedó profundamente dormido.

La luna, derretida en su mitad derecha, dejaba caer sobre la hacienda el “Paraíso” una tenue luz, suficiente para ver el sendero que llevaba de la casa central a la capilla. Los peones esperaban, cada uno con una vela en la mano, que el patrón bajara para encenderlas y así emprender la procesión.

Mariantonia se adelantó para constatar si todo en el recinto estaba preparado, listo para satisfacer a plenitud el deseo del patrón.

Argimiro, vestido todo de blanco, sumido en una especie de trance que le daba una aureola de santidad, después de mirar al cielo y santiguarse, bajó parsimonioso las escaleras. Se situó delante de la fila de peones. Allí estaba esperándolo, con cara severa que denotaba contradicción, su amigo el padre José del Castillo. Se sentía incómodo al participar en aquel sainete montado por Argimiro. Le dieron ganas de desistir en cuanto a la bendición del local, pero ya le había dicho al protector económico de su parroquia que lo haría. Se recriminaba estar cohonestando el mayor acto de soberbia que había presenciado en su vida. El poder económico desmedido que había adquirido Argimiro, lo había trastornado de manera tal que se creía privilegiado de Dios para morir, visitar el más allá y volver de inmediato a su

vida terrenal, convirtiéndose en el único hombre que podría contar que había en la otredad, con lo cual le facilitaba democráticamente a todos saber que iban a encontrar al morir. La adulancia de que era objeto por parte de los habitantes de la ciudad y de los empleados de la hacienda, siempre a la espera de prebendas económicas, incentivaban su creencia de ser un ser escogido por Dios para lograr ese algo superior y excepcional que se había propuesto

Caminaron lentamente unos diez minutos. La puerta de la capilla estaba abierta y de ella escapaba una bocanada de intensa luz que iluminaba el sendero unos treinta metros. Los invitados, algunos privilegiados sentados en sillas compradas para tal fin y otros de pie, abarrotaban la capilla, dejando un espacio abierto en el centro, para que el escogido accediera a la urna. Al llegar a la puerta del recinto, Argimiro se santiguó de nuevo con solemnidad y caminando pausadamente avanzó hasta situarse a la izquierda del cajón.

Padre — solicitó con palabras suaves, como nunca lo hacía cuando exigía algo — proceda, por favor, a la bendición de manera que yo pueda empezar a concretar mi viaje al más allá y luego retorne. Así podré, como nadie lo ha hecho contar cómo es la otredad dándoles a los hombres un conocimiento que le ha sido imposible alcanzar desde su propio origen.

El padre del Castillo, desencajado, cada vez más arrepentido de haber adquirido tan delicado y contradictorio compromiso, miró con severidad a Argimiro, pero no dijo palabra alguna. Tratando de sentirse más o menos bien, se dijo a sí mismo, pretendiendo alguna justificación, que lo

único que requería era bendecir el local sin que ello implicara estar al lado de la locura de Argimiro. ¿Qué pensaría el Obispo? — se preguntó con preocupación — ¿No terminaría enviándolo como castigo a algún monasterio de clausura, separándolo del resto del mundo? También, acrecentando su preocupación y arrepentimiento, no tenía duda de que todo lo pensado por Argimiro se trataba de una burda burla a sagrados principios religiosos y que actuara como actuara lo estaba cohonestando, dejando de lado los dogmas que orientaron toda su existencia. Sujeto a lo inevitable, optó con displicencia manifiesta, por bendecir el local de la manera acostumbrada, pero haciéndolo sin utilizar agua bendita, Y era que había tenido la precaución, tratando de aminorar su responsabilidad, de no echar agua bendita en el asperjador. También, antes de proceder, tratando de atenuar de una u otra manera su inconcebible proceder, a viva voz le aclaró a los presentes solo cumplía bendecir la capilla como construcción, pero que de ninguna manera actuaba de acuerdo con lo que pretendía Argimiro. Desgraciadamente nadie le creyó. Conocían la intimidad que el cura tenía con Argimiro y que bebían juntos con cierta regularidad. Además, se entendían tanto que conformaban una pareja invencible en el dominó, como demostraba el hecho de ganar todas las competencias que se efectuaban en el club e incluso derrotado a invitados de otros estados en competencias interregionales.

Argimiro lo miró dejando entrever una profunda contradicción, conminándolo a que procediera, pero terminó por no darle importancia. En adelante — pensó a la vez que detallaba la urna en que se iba a acostar — la ayuda que siempre le había prestado al fraile para sus obras en la pa-

rroquia no continuaría o por lo menos disminuiría, aunque la amistad con el sacerdote era una de sus banderas básicas para aparentar bondad. Su encendido verbo le ayudaba a exaltar sus interesados programas de ayuda a necesitados con lo cual había logrado un reconocimiento colectivo sólido e incondicionalidades irreductibles.

Olvidándose del sacerdote y de la severidad que mostraba, teatralmente se quitó su ropa blanca para mostrarse cubierto por un pijama de seda de color morado claro. Siempre creyó que el color morado estaba relacionado con las cosas de Dios y en esos momentos usando ese color quería invocarlo para que le permitiera cumplir sus deseos, no concedidos posiblemente a ningún mortal, si en verdad era cierta la aseveración del padre Del Castillo en cuanto a que todos los casos descritos eran solo estados de catalepsia. Luego de quedar en pijama, se detuvo a meditar un momento, mirando con fijeza al cristo colocado en la pared, detrás de la urna, como si estuviera haciendo una plegaria de mucha profundidad. Se persignó de nuevo y de inmediato se acostó en la urna, en la cual cupo perfectamente. En ese momento se sintió satisfecho de que todo se hubiera dispuesto de acuerdo a su voluntad.

Mariantonia, siempre servicial, se acercó a la urna y le preguntó en voz baja si quería algo más.

— No — le contestó con sequedad y sin mostrar ningún agradecimiento — Todo está de acuerdo a lo que dispuse. Ahora — le ordenó — has que toda la gente vaya a la parte baja de la casa, le das de beber y que consuman la res que ya debe estar lista en el entreverado. Quiero quedarme

completamente solo, aislado, para empezar a esperar vivir la experiencia sobrenatural que ningún hombre ha tenido.

Mariantonia, parada cerca de la urna, le indicó a los presentes, levantada la voz, los deseos de don Argimiro de que fueran todos a la casa a festejar, a celebrar el comienzo del camino que recorrería el patrón para lograr su gran deseo.

Salieron todos, menos Fray José del Castillo. Éste se acercó a la urna y le dijo Argimiro con voz acongojada, que si bien había logrado hasta el momento lo que consideraba los actos preparatorios para su experiencia, esta no se llegaría a concretar nunca, pues lo que estaba haciendo en el fondo era una grave herejía. Por otra parte, Argimiro — dijo en tono apacible y con los ojos llorosos — quiero confesarte y espero que lo comprendas como amigo, que estoy muy arrepentido de haber participado en esta comedia. Sé que a lo mejor dejas de lado nuestra amistad, pero quiero decirte que te aprecio. Y es que la amistad no puede entenderse como el hecho de que uno debe hacer lo que le provoca al otro aun cuando no esté de acuerdo. La amistad es un afecto puro, que deja de ser así cuando se pretende imponer a los otros comportamientos, acciones, doctrinas o ideas con las cuales no está de acuerdo. Creo que aún estás a tiempo de corregir tu locura. Párate de esa horrorosa urna y regresa a tus quehaceres como un hombre normal.

Argimiro lo único que hizo fue mirarlo y reírse, queriéndole decir con ello que seguiría adelante.

Crispulo, el vigilante de la Capilla, cerró la puerta una vez que lo hizo el padre Del Castillo. Luego se sentó en una silla colocada a un lado de la puerta, dispuesto a cumplir su

obligación de impedir todo lo que pudiera interrumpir al sueño de su patrón.

Argimiro se quedó por un rato mirando fijamente la copia del cuadro de la Resurrección de Rafael Sanzio y al hacerlo, le pidió a Dios que le permitiera morir esa noche, pero que, a la vez, lo resucitara de inmediato o que al menos lo hiciera al amanecer. Al terminar de formular su petición miró los ojos de cristo y preocupado le pareció que éste lo miraba fijamente, increpándolo. No volvió a mirarlo acosándose de medio lado.

Se quedó dormido y nada pasó. A eso de las doce de la noche, un murmullo al lado derecho de la urna lo despertó. No era posible que Crispulo no hubiera acatado sus órdenes de no dejar entrar a nadie. Pero nadie entró, era que estaba allí gente venida del más allá. Preocupado se sentó y entre la poca luz que había, vio sentados a don Aldo y doña Angélica, a Germán Altuve, al hombre que le asestó la puñalada en el prostíbulo, a Berenice, a Cleotilde, a Cipriano el ordeñador y a Valentina, que con ojos de caverna lo miraban fijamente a la vez que reían en coro cadaavérico. Al rato aparecieron de la nada su padre y su madre que con parsimonia y mostrando congoja ocuparon sillas en la última fila.

Asustado y confuso, sin poder soportar lo que le estaba sucediendo, se bajó de la urna, salió de la capilla y corrió desesperado hasta su casa. Crispulo, ya dormido en su silla, se despertó alarmado, pero cuando quiso hablarle al patrón, este ya estaba a unos cincuenta metros. Argimiro llegó sudoroso a la casa, temblando. Se acostó en su cama sin apagar la luz. No pudo dormir. Al calmarse de un todo, se

reprochó el haber reaccionado como un cobarde ante la aparición de quienes ya muertos no podían hacerle ningún daño, en especial sus padres. A eso de las siete de la mañana se paró con el cuerpo dolorido y de inmediato fue a la capilla. Quería constatar si aún estaban los aparecidos. Antes de entrar le preguntó a Crispulo si alguien en la noche había entrado antes de él salir o después de haberlo hecho. El hombre le aseguró que nadie había entrado, pues cumpliendo con su deber estaba despierto y no lo hubiera permitido. Al ingresar vio las sillas donde la noche anterior estaban sentados sus fantasmagóricos recuerdos. Respiró con cierta tranquilidad al pensar que su presencia no era permanente. Que a lo mejor solo seguirían apareciendo de noche, una vez que él quedara solo en la capilla, sin saber por qué lo harían. Pero se sobrepondría. Después de todo — se dijo tranquilizándose — era hasta mejor tener compañía durante su sueño.

Sobreponiéndose al impacto de la aparición de los muertos, algunos de ellos producto de sus arbitrariedades, decidió la segunda noche volver a acostarse en la urna, convencido de que, si de nuevo aparecían, seguiría en ella sin inmutarse y conciliaría el sueño sin preocupaciones. De todas maneras, pensó de nuevo, nada podían hacerle. Resuelto continuó todas las noches durmiendo en la urna, la mayoría de las veces completamente ebrio, con la constante compañía de sus conocidos del más allá. Poco a poco, a medida que pasaban las noches, se desesperaba confuso. Creyó desde un principio que sus deseos serían satisfechos sin esperar mucho tiempo, pues sus ruegos eran profundos y sinceros, pero al parecer estaba equivocado.

El acariciante arrullo de las cristalinas aguas del arroyo en donde se lavó con fruición la cara, presagiaba un buen viaje a la búsqueda del ansiado valle. Una bandada de patos volaba hacia el norte ordenadamente, como si de un indicativo se tratara. Don Aldo estaba ansioso; su corazón latía aceleradamente. ¿Estaría camino a conseguir el deseado sitio en el cual desarrollar en más grande anhelo de su vida? — se preguntó esperanzado, a la vez que recibía un soplo del viento en su cara, aplacando en algo el calor —. Como lo había indicado Ruperto, en las orillas del arroyo había pequeñas playas, no mayores de cuatro metros de ancho, que facilitaban el desplazamiento, aunque en algunas partes se hacían fangosas. Por otra parte, a intervalos irregulares, la vegetación tupía hasta el borde de las aguas, causa por la cual inevitablemente tenían que meterse al arrollo para continuar. El bosque brindaba una melodía vegetal de exuberancia insuperable, con acordes de quietud, acompañada del decir cantado de miles de aves que sin preocuparse en lo más mínimo por los intrusos, se posaban cerca de ellos, dejando ver a plenitud sus vivos colores. En algunos momentos vieron grandes mapanares que, al darse cuenta de su aproximación, raptaban con rapidez para penetrar en la maraña vegetal. Recordaron que ante tal peligro, estaba inmunes por los ensalmos de Adalberto. Y don Aldo no dudaba de nada, incluyendo los poderes especiales del singular personaje. Se sentía inmerso en otro mundo no siquiera concebido en sueños.

El arroyo seguía un curso serpenteante que se hacía un poco más rápido al avanzar. Apreciaron en un momento da-

do que la velocidad era mucho mayor. Ruperto les explicó que se trataba de una cascada, de una caída de agua de unos cinco metros, que los obligaría a internarse en la selva para poder salir al sitio donde de nuevo se aquietaba el ir del agua. Tuvieron que abrirse paso a punta de machete. La vegetación era muy tupida y los árboles estaban muy próximos los unos a los otros. Al llegar a la caída de la cascada en donde el arroyo recuperaba la velocidad original don Aldo se sentó a descansar sobre una piedra, a la vez que embelesado miraba la armoniosa caída del agua, pensando que Dios había tenido un momento especial de inspiración al crear aquel paradisíaco espacio de belleza sobrenatural. Estaban agotados. Sin pensarlo dos veces, Argimiro se desnudó y de inmediato se tiró al agua. Más de una vez se había bañado en el pozo cristalino que había en la caída de la cascada, en sus recorridos de caza y cuando iba al río Guacamayo a pescar. A don Aldo le provocó meterse al igual que el muchacho en el agua, pero terminó por desistir al sentir que le daba pena que lo vieran desnudo. Don Aldo, si bien por pudor no se desvistió, si se sentó en la orilla, se quitó la camisa y usando las manos como cuenco, se roció agua por su sudorosa cabeza y por el pecho. Dedujo mientras sentía la tibia caricia del agua y veía el goce de Argimiro nadando, que no debía estar muy lejos del valle. Si lograba que sus sueños se hicieran realidad, trataría de abrir un camino cerca de la orilla del arroyo, que permitiera llegar a la cascada con cierta facilidad y construiría una pequeña cabaña para pernoctar de vez en cuando. Esta y otras ideas se iban agolpándose en su cabeza, colmándolo de entusiasmo.

Ruperto desaparecía y aparecía regularmente. En cada caso, cuando regresaba, decía que había visitado a Josefina pues no quería que se sintiera sola en la cabaña, rumiando su desesperada soledad y sin saber en qué momento todo cambiaría.

Caminaron aproximadamente una hora más, cuando de repente apreciaron una llanada que mostraba a lo lejos la desembocadura del arroyo en el río “Guacamayo”. A la derecha, don Aldo, emocionado, sin saber que decir, vio a plenitud parte de un alucinante valle. Se quedó asombrado, aturdido, conmovido. Tuvo ganas de llorar. Aquello era un algo del cielo en la tierra. Haría todo lo posible por adquirirlo en propiedad y sabía que en sus manos tenía las armas necesarias para lograrlo. Sus relaciones con el gobernador y en general con el Gobierno nacional eran muy, pero muy buenas. El Benemérito Presidente, que en alguna oportunidad lo condecoró como ciudadano ejemplar por sus logros en San Carlos, no debería tener problema en adjudicarle aquellos escondidos espacios, si le demostraba el beneficio que su hacienda tendría para la ganadería y en general para la economía de la región. Después de salir del ensimismamiento se preguntó cómo era posible que nadie hubiera descubierto aquella maravilla y dimensionado las óptimas condiciones que tenía para la ganadería a gran escala. Solo vio a lo lejos como indicio de que alguien había estado antes allí, una casa de madera destartada, dedujo que de algún campesino que no había podido desarrollar ni siquiera un pedazo de tierra. Dimensiono, entonces, que lograr una hacienda como la deseada, implicaría la utilización de cantidades apreciables de dinero. Pero eso no lo detendría — se dijo sin dudar — Tenía el dinero suficien-

te para hacerlo. Sus ahorros eran enormes. La austera vida que llevaba nunca lo llevó a enfrentar gastos inútiles. Solo utilizaba el dinero para inversiones que con seguridad producirían ganancias.

El río “Guacamaya” era bastante ancho, podría tener unos quince metros de orilla a orilla. Discurría sin mucha velocidad dada la planicie por la que recorría su cauce. Vio miles de guacamayas en los árboles de sus orillas y comprendió la certeza del nombre que le habían puesto. Se sentaron a descansar en su orilla. Argimiro, de pronto, sacó de su morral un hilo de nailon para pescar con su correspondiente anzuelo. Abrió un hueco en la orilla y sacó algunas lombrices de tierra. Lanzó el anzuelo con su carnada y no había pasado un minuto, cuando algo había tensaba el hilo. Recogió el anzuelo y en este venía un hermoso bagre rallado. Al no tener conque prepararlo, lo devolvió a las aguas. Así hizo varias veces, demostrando la riqueza piscícola del río. Don Aldo calculó que el río y sus posibilidades aumentaban la magnitud de lo que podría lograr.

— Bien Argimiro — comentó don Aldo después de ver que el muchacho había guardado su anzuelo — ya veo el hermoso valle del cual me habías hablado y no estabas en lo más mínimo equivocado. Si bien resulta difícil desde este extremo visualizarlo todo y supongo que es el norte si nos orientamos por la carretera, es ideal para desarrollar una gran cría de ganado con solo la extensión que alcanzo a ver. Pero dime — preguntó cada vez más interesado — ¿hasta dónde llega el valle? ¿Cómo se puede delimitar?

— Mire — respondió Argimiro, tratando de darse a comprender de la mejor manera. El río sigue en línea recta has-

ta la orilla noreste del valle. Allí cruza y bajando lo limita hasta su final en el sureste, pues luego hay selva que llega hasta la carretea que lo delimita por el sur. Luego alcanza la carretera y continúa por debajo de un puente que usted debe conocer y que llaman “Libertador”. Por el oeste lo limita el borde de la selva que llega a la carretera, al igual que por el sur. Es muy grande. Yo no sé precisar cuánto. Pero algún topógrafo puede medirlo con precisión.

Don Aldo se quedó embobado, pasmado, aturdido, al recorrer la una y otra vez la vista por la hermosa extensión de verde que estaba ante sus ojos. Se imaginó a miles de reses pastando en los potreros, las vacas siendo ordeñadas por los campesinos, los paseos a caballo, el beneficio que podría lograr vendiendo suficiente carne en San Carlos, terminando sus días felizmente al lado de Giovanna. Pero de pronto, como un ramalazo, despertándolo de su sueño, se preguntó quién heredaría aquellas propiedades. Sin la menor duda — se dijo decepcionado — su hijo Ángelo, en el cual crecía acentuándose su vocación sacerdotal, nunca se encargaría de administrar su soñada hacienda si en definitiva optaba por ingresar al seminario y culminar sus estudios sacerdotales. Argimiro sería entonces el indicado. Eso era un dilema. Pero ahora debía — pensó con detenimiento — olvidarse de futuras preocupaciones, prefiriendo dejar que la imaginación lo llevara sin restricciones hasta el final de las posibilidades que estaban frente a él.

— Don Aldo — dijo de pronto Ruperto mientras de espaldas a él, miraba fijamente el discurrir de las aguas. Para regresar hay dos posibilidades, volver por donde vinimos o bordear el valle desde donde estamos hasta encontrar el sur

frente a la selva, Cuando esto suceda, basta cruzar más o menos un kilómetro a la derecha y encontrar la parte inicial del camino por el que subimos a la cima. Ese camino es el que termina cerca de la casa de Adalberto.

Pero papá — dijo Argimiro preocupado — hablas como si no fueras a venir con nosotros. Si bien no me puedo orientar adecuadamente por tus indicaciones, tu compañía nos da seguridad.

— Creo que ya lo dije — aseguró Ruperto — No me es permitido estar fuera de la selva, sino en casos excepcionales. Si tratara de ir por el valle no podría hacerlo. Una barrera que no sé de qué está hecha me lo impide. Yo regreso de inmediato a la cabaña, pues Josefina debe estar preocupada. No tardaré más de cinco minutos. Buena suerte hijo y gracias por las cruces. Buena suerte don Aldo y no le diga a nadie que me ha visto porque corre el riesgo de que lo encierren en un manicomio. En el valle — les advirtió — pueden encontrar zonas bastante fangosas por la acumulación de agua. A veces son profundas. Evítenlas y hagan los desvíos necesarios para eludirlas. Dicho esto, Ruperto se esfumó como un suspiro. Argimiro dejó caer unas lágrimas, aunque tenía la seguridad de que no sería el último encuentro.

La travesía fue lenta. La tierra estaba húmeda y como lo había advertido Ruperto, se presentaban a intervalos irregulares zonas muy fangosas que obligaban a bordearlas. Sudorosos llegaron al final del valle. Don Aldo, a pesar de estar por completo agotado, se sentía eufórico. Había transitado por lo que esperaba sería el sitio en el cual cumpliría sus últimos sueños. Al llegar al ángulo sureste, doblaron a

la derecha. Atravesaron por lo menos un kilómetro de selva hasta que se encontraron con la pequeña vereda que llevaba a la carretera.

Entraron en la casa de Adalberto quien como siempre los recibió afablemente a la vez que les preguntaba si el esfuerzo había sido satisfactorio. Les ofreció un fresco de color morado, asegurando que era el mejor reconstituyente que había logrado producir y que incluso con otros ingredientes era un potente afrodisíaco. Bebieron. Era de un sabor dulce y agradable.

— Gracias, Adalberto — dijo don Aldo a medida que consumía el fresco con cierta desconfianza — Nos fue de lo mejor — explicó — he encontrado lo que quería. Es mucho más de lo que nunca pensé. Regreso satisfecho de haber podido ver un maravilloso valle escondido entre la selva. Haré lo imposible para que sea de mi propiedad.

— Por eso no se preocupe, usted tiene las mejores relaciones y el dinero suficiente para lograrlo. Su prestigio como hombre honesto y trabajador facilitara las cosas. Va a ser así. Y yo nunca me equivoco. Es mi profesión. Si me equivoco pierdo. Por cierto que como me recomendó, todos los días he encendido el motor del carro y está como una uva. Lo que si va a requerir es una buena lavada y engrasada pues los vientos se han encargado de cubrirlo de polvo.

Antes de abordar el hermoso Dion Button, don Aldo le dejó a Adalberto una significativa propina. Regresaron felices. En el camino, Argimiro, no dejaba de pensar en sus propias posibilidades respecto de la hacienda.

Dueño y señor de la hacienda. Argimiro se sentía con el derecho de hacer lo que le diera la gana en ella. Una de sus debilidades eran las mujeres. Muerta Valentina, arreció sus ímpetus de padrote y fue preñando mujeres, unas detrás de las otra, hasta alcanzar a tener unos ocho hijos. Los peones, padres de las muchachas, soportaban estoicamente la arbitrariedad, pero en ellos bullía un fuerte odio, a pesar de que sus condiciones de vida mejoraron por los aportes extraordinarios que les daba el patrón, tratando de acallarlos. En cada caso condicionaba a las mujeres diciéndoles que les daría todo para vivir: casa amoblada y con los utensilios necesarios, un aporte mensual suficiente para su mantenimiento y el de sus hijos, pero con la condición de que nunca le dijieran a los muchachos que era su padre. No quería tener complicaciones ni ver a sus hijos reclamando vainas frente a su casa.

Sus fiestas eran proverbiales. Las armaba por cualquier razón: cumpleaños, fiestas patronales, fiestas patrias, bautizos cuando era escogido como padrino, o para agasajar a las autoridades regionales y a nacionales cuando estas últimas visitaban el estado.

En cada una de ellas, como se acostumbraba a decir, “votaba la casa por la ventana”. El whisky, la cerveza y el ron sobraban. Los invitados bebían *ad libitum* lo que terminaba en borracheras mayúsculas e impertinencias de las cuales se reía Argimiro como parte de la diversión. A los peones les colocaba algunas cajas de cerveza en las pesebreras y les permitía matar un cochino para que lo asaran.

Se comía en cada fiesta lo que a él se le ocurría. Si no era posible hacerlo en la hacienda, lo contrataba en los restau-

rantes de San Carlos, que le sacaban una importante tajada a cualquier pedido. Era apasionado de la música llanera. Siempre contrataba unos dos conjuntos de la mejor calidad, sin importarle en algunas oportunidades correr con los gastos para traerlos desde el llano. Paradójicamente era un buen lector y no leía basura. Gustaba de los clásicos, de las biografías de grandes escritores y artistas y apasionadamente se embebía en los miles de conocimientos que adquiría en los libros de geografía. Poseía, además, una agudeza extrema para los negocios y sacaba mentalmente cuentas complejas, lo que lo hacía un buen administrador.

En otras oportunidades invitaba a sus íntimos a disfrutar de un baño en el río, acompañado de buen whisky y de un asado de ternera. A la orilla de este, en un amplio destapado, había construido todo lo necesario para disfrutar con la mayor comodidad: dos cabañas, cancha de bolas criollas, dos gigantescas parrilleras debajo de una amplia churuata y un espacio techado de unos diez metros de largo por ocho de ancho en que se bailaba y comía.

Don Aldo, ya prácticamente imposibilitado por la artritis para caminar, veía lo que pasaba en su “Paraíso” con marcada inquietud. De hecho sentía que nada podía hacer. Si Ángelo no se hubiera decidido por el sacerdocio, quizá las cosas hubieran sido diferentes. A su preocupación se superponía el reconocimiento a Argimiro en cuanto a su sobrada dedicación, pálpito para los negocios y el éxito para enfrentar emprendimientos de todo tipo. Dimensionaba que sin su inteligente participación no hubiera llegado la panadería a lo que era ahora, sitio de reunión de los habitantes de San Carlos y productora de ingentes cantidades

de dinero, con lo cual se pudo lograr el desarrollo de la hacienda, considerada la mejor de la región y una de las más productivas del país. Hasta el Benemérito ya tenía conocimiento exacto de lo que en ella se promovía y se alegraba de su buena decisión en cuanto a haberle dado en propiedad los terrenos. Para doña Giovanna los hechos pasaban desapercibidos. Había sufrido un Severo derrame cerebral y prácticamente estaba siempre tendida en la cama. Menos mal que Argimiro contaba con la excelente y fiel trabajadora que era Mariantonia y la ayuda del hijo de esta, Tomás, que si bien sufría de algún retraso mental, participaba activamente en la limpieza, cuidando los gallos y hasta ordeñando. La mujer hacía milagros para atender la casa, a los dos viejos a su hijo y a Argimiro que era demasiado exigente y cambiaba de un momento a otro las órdenes que impartía. En oportunidades, con toda indolencia le daba puñetazos a la mesa cuando la comida no era de su agrado, a la vez que insultaba a la fiel mujer, siempre dispuesta a soportar lo que el patrón hiciera.

Considerándose de hecho dueño de la hacienda, ni siquiera le pidió el consentimiento a don Aldo para explotar la caoba, montar un aserradero y negociar la madera que dejaba tanto dinero como el ganado. Cuando Argimiro se lo dijo, don Aldo se atrevió a hacerle un reclamo airado, pues siempre tuvo el propósito de conservar incólumes los bosques, evitando la deforestación, máxime cuando la explotación maderera no era necesaria para el desarrollo de la hacienda.

— Pero ya está hecho y no hay vuelta atrás — le dijo Argimiro con tono despectivo — Ya usted ni tiene capacidad para decidir ni para emprender nada nuevo. Déjelo todo en mis manos. Usted debe entenderlo. Si bien agradezco el haberme acogido cuando era un carajito, no puede negar que su prosperidad se debe en gran parte a mis decisiones.

— Lástima que ya estoy imposibilitado, pues si tuviera las fuerzas necesarias las cosas serían distintas — ripostó enfurecido don Aldo. No eres más que un desagradecido y nos llegas hasta faltar el respeto. Por lo menos espero que los árboles a la vega del río no sean tocados. Tú nos estás precipitando a la sepultura. Eres un desconsiderado y no te importamos en lo más mínimo. Pero, a pesar de todo, te pido un favor, pues no quiero ni volver a verte. Llévanos a la ciudad y déjanos morir en nuestra casa. Allí podremos tener la atención que requerimos y tengo la seguridad de que el repostero y los empleados de la panadería nos ayudara en todo lo que le sea posible. El, a diferencia tuya, parece un buen hombre y dispuesto siempre a complacer nos en lo que le pidamos.

Argimiro rio para sus adentros. Complacería a don Aldo llevándolo a él y a doña Giovanna a la casa en el pueblo. Aunque le eran indiferentes a la hora de tomar cualquier decisión en la hacienda, calculaba que era mejor tenerlos lejos y esperar que murieran lo más pronto posible. El debía tener la absoluta propiedad de la panadería, de la casa y de la hacienda. El único obstáculo era Ángel, pero ya buscaría una solución adecuada. Previendo todo, desde hacía un tiempo había encontrado entre los papales de don Aldo, un documento en el que estaba estampada su firma y la de

su mujer. Lo guardó y en un momento dado, utilizando un cuaderno y una pluma fuente, empezó a imitarlas. Lo hizo por lo menos trecientas veces, hasta que comprobó que las hacía idénticas y nadie tendría la agudeza para captar la falsificación. La idea era hacer en el momento oportuno un documento en el cual don Aldo y su señora le traspasaban todas sus propiedades, asentado algunos tipos de beneficios para Ángel, que sabía serían aceptados sin muchos problemas. La humildad y desprendimiento de lo material que adornaba la pureza de este, desbrozaban el camino sin mucha dificultad. Sin embargo, lo asaltaba la duda de si Ángel no se decidiría a reclamar lo que por derecho le pertenecía. Si fuera así, sus ambiciones no podían ser satisfechas a plenitud. Pero — se dijo sonriendo — ya vería como resolver el problema. A él nada lo detenía, aunque tuviera que emplear engaños, artificios y trampas.

La producción de leche era enorme y satisfacía a San Carlos y ciudades vecinas con la carne que necesitaban. Dada su calidad, algunos se encargaban de venderla en la capital. Se hizo costumbre al solicitar en cualquier restaurante importante carne que fuera de la hacienda el “Paraíso”. Así aparecía en el menú de muchos de ellos.

Un día, en que se complacía mirando como los ordeñadores exprimían las enormes ubres de sus vacas, se le acercó un hombre pequeño, de unos 40 años, de contextura fuerte y cara recia, acompañado de su mujer y de una hermosa muchacha, su hija, de unos veinte años. Argimiro se detuvo a detallarla sin prestarle mucha atención al matrimonio.

— Patrón — dijo el hombre con timidez sacando a Argimiro de su ensimismamiento — oí el comentario de que

estaba necesitando ordeñadores y que no había mejor paga en la región que la que usted le da a sus obreros. Yo me hice todo el camino a pie para ofrecerme. Necesito el trabajo para poder comer. Tengo mucha experiencia y se lo puedo demostrar de una vez ordeñando algunas de sus vacas. Argimiro escuchaba a medias sin poder dejar de detallar la hermosa cara y el bien formado cuerpo de la muchacha, cuyas formas sobresalían a pesar de usar una falda desaliñada y muy larga. Una franela de hilo permitía detallar dos senos enhiestos, firmes, libres de sostenes, que ni siquiera se movían cuando la muchacha inquieta, eludiendo la persistente mirada de Argimiro, se movía de un lado a otro. Desde ese momento se dio cuenta de que sería inevitable procurarla, sin importar la manera en lo que lo haría. Él siempre imponía lo que le venía en gana, aunque con las mujeres procuraba en principio el asentimiento voluntario y de no darse este, procedía con violencia. En la mayoría de los casos eran los propios padres de las muchachas los que las empujaban a los brazos del patrón. Con ello lograban mejorar en algo sus vidas, en especial por contar con una casa y alguna asignación mensual por encima del salario. En cada casa Argimiro hizo construir un cuarto para cada amante, al cual llegaba a cualquier hora del día o de la noche, con la anuencia de los padres.

— Bueno amigo — dijo Argimiro saliendo de su ensimismamiento, dejando por un momento de intimidar a la muchacha con su penetrante mirada — en verdad estoy necesitando buenos ordeñadores. Los que tengo ya no dan abasto para ordeñar todas las vacas, lo que a veces les jode la ubre. Pues bien — insinuó — muéstreme su habilidad con esa vaca negra que hoy todavía no ha sido ordeñada.

El hombre, de nombre Apolinar Becerra, entró con seguridad en el ordeño, tomo una banqueta, se sentó y de inmediato empezó con mucha destreza a ordeñar la vaca, logrando en cada caso un sustancial chorro de leche al exprimir los pezones.

Argimiro quedó satisfecho. Calculó que además de un nuevo y buen ordeñador, tendría cerca a la muchacha, que como le dio a conocer su padre, se llamaba María. La madre era de nombre Rosana. Todos eran colombianos, venidos al país desde hacía unos diez y seis años.

Sin embargo, mientras miraba ordeñar al nuevo peón, tuvo un presentimiento indefinible. Algo extraño le recorrió el cuerpo al mirarlo detalladamente mientras sus ágiles manos exprimían los pezones de la ubre. Tuvo la inaudita sensación de que algo indefinible tendría que ver el hombre con su futuro.

— Bueno — le dijo Argimiro al ordeñador con tono impositivo — lo voy a contratar pues veo que en verdad sabe ordeñar. Pero — aclaró acentuando las palabras — tiene que someterse a las condiciones que rigen el trabajo en esta hacienda. Ante todo, el jefe soy yo nadie más, pero en contacto con ustedes estará todo el día Pedro Zapata que es mi capataz. Los ordeños serán como se acostumbra a las cuatro de la madrugada y a las cuatro de la tarde. Después de este segundo ordeño quedan libres para descansar, salvo cuando tienen que colaborar en los trabajos que Zapata les indique: mejorar estantillos, matar maleza en los potreros, colaborar en alguna nueva construcción, llevar los cántaros de leche hasta los camiones, ayudar a lavar las cochineras y otros menesteres que vayan apareciendo. Con lo único que

no se meterán y está cornetamente prohibido hasta tocarlos, es con los diez caballos de paso. Allí tengo a tres baquianos que los atienden como reyes y los entrenan como expertos que son. Esos caballos de paso — dijo mientras reía complacido — son mi gran tesoro. Con ellos he ganado más de un concurso en diferentes ferias del país. Por otra parte, cada familia tiene una pequeña casa cerca del río. A ustedes les daré la primera a mi derecha. La ocupaba un señor de apellido Contreras, pero tuve que despacharlo por colocar trampas sin mi permiso en el boque para cazar conejos, cachicamos y lapas. Cada casa tiene un terreno en el cual pueden hacer, si es que les provoca, un huerto. En la vega del río hay muchas matas de plátano y de cambures. Pueden hacer uso de ellos, pero siempre pidiéndole permiso a Zapata. También deben pedirle permiso para pescar en el río. Como han visto para subir a mi casa, la casa central de la hacienda, hay una escalera. Allí siempre hay dos hombres que me cuidan, lo que quiere decir que ni se les ocurra tratar de subirlas. Cualquier cosa que me quieran decir se lo comunican a Zapata.

— Otra cosa importante quiero anclarle — dijo Argimiro de nuevo con voz autoritaria — a ustedes les pago el salario con monedas de cobre que mandé a hacer para ese fin. Con ellas pueden comprar, como si fuera plata de verdad, en los almacenes que están frente a las casas, pero, cuando necesiten dinero para ir a la ciudad a comprar algo en especial van a la cabaña que está al lado de la casa central y allí don Dionisio Calderón, el administrador, le cambiará la cantidad de monedas de cobre que quieran por las de circulación normal, es decir, las de plata. Igual sucede con los ahorros. Si algún día quieren irse, cambian todo lo que ten-

gan de monedas de cobre y se les dará el equivalente en monedas de curso legal.

Como nunca antes había hecho, Argimiro, sin dejar de detallar a la muchacha, decidió llamar a Zapata y después de presentarle al nuevo ordeñador y su familia, los acompañó hasta la casa asignada. El capataz quedó asombrado de que el patrón se tomara esa molestia, pero de inmediato dedujo, al constatar la belleza de la muchacha, que todo se debía a la misma. Conocía con precisión las correrías del patrón, todas sus mujeres y todos sus hijos. Además, en muchas oportunidades había servido para convencer a algunas muchachas de la ventaja que tendrían de satisfacer al patrón. Le servía de celestino sin limitaciones. Era la gran contradicción del patrón. Mientras se mostraba generoso con todo mundo, era un animal a la hora de tratar a las mujeres si estas se resistían a sus deseos.

Al llegar al frente de la casa, apolinar sonrió con mucha alegría. Era muy bonita y con techo de teja, dos habitaciones una pequeña sala, un sanitario y una cocina. Muy diferente al rancho en que vivía en la hacienda en que antes trabajaba. Presagiaba que todo sería distinto y que podía llevar una visa satisfactoria en unión de su hija y su mujer. Desde que don Aldo empezó a conformar la hacienda, hizo esas casas y las conexiones necesarias de aguas blancas, que venían de los filtros hechos en el efluente del río construido artificialmente. En la parte posterior de cada casa construyó un pozo séptico. Siempre tuvo el criterio de que si los trabajadores vivían cómodos rendirían mejor y no desearían irse ni ser botados de sus trabajos, a la vez que le

servirían con la mayor fidelidad. Eso lo respetó siempre Argimiro, pues también lo apreciaba como ventajoso.

Antes de despedirse, Argimiro se dirigió de nuevo a Apolinar y le pregunto las razones por las cuales había dejado su anterior trabajo.

— Señor — contestó respetuosamente Apolinar — me da hasta pena decirlo. Todo se debió a que uno de los hijos del dueño de la finca, de nombre Reinaldo, acosaba a mi niña día y noche, llegando en algunas oportunidades a meterse borracho al rancho con malas intenciones. Yo tuve que darle, en una oportunidad en que no pude contenerme, una golpiza, una coñaza, como se dice, reventándole la boca y las narices, él respondió sacando su revólver, pero no fue capaz de dispararlo. Cuando el patrón supo del incidente, para mi satisfacción, no se enfadó conmigo sino con su hijo, al que le impuso el castigo de levantar unos cincuenta estantillos que se habían caído en uno de los potreros. Decidí irme, pues no me pareció que podría seguir en esa hacienda teniendo como enemigo nada menos que uno de los hijos del patrón. El hombre, comprensivo, me dio la razón y generosamente además de liquidarme, me regaló una buena cantidad de dinero. Una madrugada, sin que nadie se diera cuenta, salimos de la hacienda sin rumbo fijo. La hacienda está en la tierra llana. Hasta allá llega el río “Guacamayo” que termina por desembocar en el lago. Caminado por su orilla llegamos a la carrera y al salir, a unos doscientos metros vimos una casa. Nos acercamos, tocamos y un hombre amable nos abrió. Después de conversar supe que se llamaba Adalberto y que se dedicaba a la curación de la gente con sus propias medicinas. Fue el

quien me dijo que con seguridad usted me daría trabajo. Después de ofrecernos algo de comer, nos permitió pasar la noche en su casa, acostados en unos cueros. Al pararnos a eso de las seis, nos dio café y después nos acompañó a la entrada de su finca y de allí emprendimos el camino hasta llegar aquí.

Mariantonia, siguiendo las órdenes de Argimiro, preparó todo el equipaje que don Aldo y doña Giovanna llevarían a su casa en la ciudad, la cual permanecía vacía desde que se mudaron para la finca. Ayudados por los hombres que vigilaban la casa, bajaron a la pareja y la acomodaron de la mejor manera en el asiento trasero del Dion Button. En el delantero iba Mariantonia, El carro lo manejaría Zapata. Argimiro iría detrás con su Mercedes, para traer de regreso a su capataz. A Mariantonia la dejarían unos ocho días acompañando a don Aldo y doña Giovanna, hasta que consiguieran un personal de servicio que los atendiera de la mejor manera. Con eso Argimiro aparentaba estar preocupado por el bienestar de la pareja, pero sabía que ninguno de los dos duraría ya mucho tiempo, causa por la cual tenía que conseguir de alguna manera la forma de quedarse con todo en el menor tiempo posible.

Cuando salieron de la hacienda en búsqueda de la carretera, don Aldo no se pudo contener y mirando hacia atrás, hacia la finca, se puso a llorar. Todo su sueño ya convertido en realidad había caído en manos de alguien que lo intrigaba al no entender que era lo que bullía en su mente

enferma para tratarlo de la manera que lo hacía y para desconocer que todo lo que había logrado se lo debía a él ¿No sería que el drama de su padre, vivido en plena infancia permanecía en su subconsciente haciéndolo actuar como lo hacía, obligándolo impulsivamente a en cobrarse el favor o vengarse del mismo? ¿Cómo podía con su actitud negar los beneficios y el cariño recibidos, no retribuir ni siquiera con el respeto todo lo que le fue dado generosamente? Para él lo importante no fue hacer dinero sino gozar de la dicha de producir y con ello mejorar la vida de quienes trabajaban para bajo su tutela y de la gente de la ciudad. Sentirse satisfecho al emplear parte de su riqueza en obras de tipo social: mejorar el hospital, remodelar la catedral, hacer un parque central parecido al de su pueblo en Italia y abrir algunas escuelas rurales. Por desgracia, a medida que fueron declinando sus energías y Argimiro fue monopolizando las decisiones, se difuminaron en la nostalgia tan bellos propósitos. El hombre todo lo quería para él y para nadie más. Quería el dinero para dominar y subyugar, aunque trataba de disimularlo mostrándose calculadamente generoso.

Llegaron a la ciudad. Pasaron por la panadería. Don Aldo se estremeció al verla. Allí había empezado todo y ahora lo logrado si bien crecía materialmente, se derrumbaba desde el punto de vista sentimental. Solo le quedaba la esperanza de que Ángelo pudiera poner en orden las torceduras generadas por la actitud Argimiro. Sin embargo, lo punzaba la duda, pues comprobó en las visitas y conversaciones sostenidas con su hijo en el seminario, que este no se interesaría adecuadamente por el funcionamiento de la panadería y de la hacienda. Había constatado que el muchacho tenía

una verdadera vocación y que el sentido de la humildad crecía con celeridad, lo que podría hacerlo indiferente respecto de lo que por herencia le correspondía.

Como pudieron, Zapata y Mariantonia subieron a los ancianos a su cuarto. Mariantonia, como lo había ordenado Argimiro, permanecería unos días atendiéndolos, a la vez que le indicaba que no le diera los medicamentos con regularidad. Ellos, le dijo sin mostrar ni una pizca de compasión, ya están por morir y cuando fallezcan ya arreglaré la manera de que me quede todo, neutralizando cualquier aspiración de Ángel. Por lo menos decidió que se buscara a una señora que viviera con ellos y los atendiera en sus necesidades. Por alguna extraña razón le comunicaba todo a su sirvienta, convencido de que su boca era una tumba y nunca diría nada de lo que le comentaba.

Al acostarse de nuevo en su cama, la de tantos momentos amorosos y de estimulantes sueños, los ancianos se sintieron solos, abandonados, inexistentes. Era trágico estar del todo imposibilitados, sin poder ponerle coto a los ímpetus de quien durante muchos años fue su pupilo. La pregunta era obligada ¿Qué sería de todo después de su inminente muerte? Solo Dios podía saberlo.

Don Aldo pensó en el momento en que Argimiro se despidió con indiferencia, que invitaría, enviando un mensajero al “Escobal”, a Fray José del Castillo, pensando que siendo tan amigo de Argimiro, le podía dar una explicación coherente sobre el comportamiento de éste. Estaba pensando que a lo mejor sufría de algún trastorno mental que requeriría para su curación la actuación de algún especialista.

— Don Aldo — dijo el portero con tono empalagoso pretendiendo mostrarse lo más amable posible — el señor Gobernador, su excelencia el Dr. César Montalvo — me recomendó que una vez que usted llegará, sin ninguna dilación, lo hiciera entrar a su despacho. Por favor, sígame.

Obedeciendo, don Aldo siguió al portero que de inmediato le abrió una gran puerta permitiéndole ver en todo su esplendor el elegante despacho de la primera autoridad del estado. Entró, un tanto nervioso, y se dirigió al escritorio del mandatario, caminando por una gruesa alfombra de color rojo. El hombre estaba sentado detrás de su escritorio en una silla de amplio respaldar forrada de fieltro de color morado intenso. Sin quererlo, don Aldo detalló el hermoso escritorio de caoba, encamado de decenas de arabescos que le daban un tono señorial.

— Adelante, querido amigo — invitó el gobernador a la vez que se paraba de su silla —, bienvenido a mi despacho que sé que nunca antes había visitado. Le extendió la mano amablemente a la vez que le solicitaba que se sentará en la silla colocada delante del escritorio y se pusiera cómodo.

— Muchas gracias, Excelencia — dijo Don Aldo con cortesía — por la amabilidad de recibirme y disponer para mí de unos minutos, cuando sé que ocupa a dedicación exclusiva su tiempo en resolver los complejos problemas administrativos del estado

— Deje de llamarme Excelencia, don Aldo, — dijo el Gobernador en tono amigable a la vez que sonreía dejando ver unos dientes algo ennegrecidos por efecto del tabaco —

Quiero decirle que el único que merece esa distinción, la de Excelencia, es indiscutiblemente nuestro benemérito Presidente ¡que Dios lo guarde! cuyo excepcional mandato desde la primera magistratura ha venido enrumbando al país por el camino del progreso, para lo cual ha logrado neutralizar todos los intentos que contra su gobierno se han hecho, aupados por enemigos de la patria que no comprenden la magnitud de su grandeza.

Don Aldo, un tanto incómodo por las palabras del Gobernador, sonrió en señal de afirmación. En su fuero interno tenía la firme convicción de que el Gobierno dictatorial, tiránico y conculcador de las libertades personales, era responsable de que muchos ciudadanos eminentes, entre ellos distinguidos intelectuales, estuvieran presos en cárceles inhumanas. También sabía que el Presidente no era más que un capataz de las compañías petroleras norteamericanas quienes en definitiva impartían las órdenes y precedían en la extracción del petróleo a su real saber y entender, pagando al Estado un irrisorio porcentaje por cada barril sacado del país. Por lo tanto, también dimensionaba lo peligroso que sería manifestarse en su contra o hacer comentarios que se consideraran indebidos, pues además de poner en juego su seguridad personal, no podría alcanzar del gobierno lo que estaba deseando con vehemencia.

— ¿Y, don Aldo? — preguntó el Gobernador sacándolo de sus cavilaciones — ¿A qué debo tan grata visita? Algo muy importante ha de ser pues todos en nuestra comunidad saben perfectamente de su ponderación y de que, como debe ser, se dedica con ahínco a su trabajo sin meterse en los problemas políticos. Y eso, don Aldo, lo de la dedi-

cación al trabajo, es una de las cosas que más aprecia el Benemérito. Admira de los que hacen vida en esta tierra, sean o no sean venezolanos por nacimiento. Ese criterio me permitirá apreciar con la mayor propiedad lo que usted desea hablar conmigo. Estamos para servirle siempre y cuando nos sea posible.

— Pues bien — dijo don Aldo ya con mayor soltura a la vez que pensaba con rapidez lo que debía exponer y de la manera más apropiada —. Yo siempre quise con vehemencia, creo que con anterioridad se lo he manifestado en las reuniones sociales en que hemos coincidido, poseer una hacienda para dedicarme por entero a hacerla producir al máximo, no por dinero sino por la satisfacción de hacerlo. Y ese deseo, estimado señor gobernador, me viene desde niño, pues mis padres allá en Regio Calabria, mi región de origen, vivieron y nos criaron en el campo, en una finquita en que criban algún ganado y cultivaban lo necesario para en sustento. Pensando en lograr mi objetivo, visité muchas fincas de la región que están en venta y ninguna me satisfizo. Eran buenas pero privaba en mí más bien el deseo de adquirir un terreno y empezando de cero, levantar esa deseada finca. Y recalco que no me mueve el dinero pues tengo suficiente, sino el deseo de construir, de hacer algo que sea beneficioso a la región y sus habitantes.

— ¿Y entonces? — preguntó el Gobernador después de oír con detenimiento la explicación que le daba su interlocutor — cuál sería mi participación en ese hermoso proyecto. No lo entiendo todavía.

— El caso es, y perdone lo extenso — dijo don Aldo comprendiendo que debía explicitar todo de la mejor manera

—. Sucede que un muchacho venido del monte y que yo acogí en mi panadería, de nombre Argimiro, no es nada menos que el hijo de Ruperto Buenaventura, el que mató a Germán, el hijo del Dr. José Altuve. Al entablar conversaciones y tratar de que me contara lo que le había sucedido a él y a sus padres durante el tiempo en que estuvieron escondidos, me hizo una narración maravillosa. Primero me explicó que una semana antes de llegar a la ciudad, su padre había muerto y un año antes su mamá. Que vivían en una cabaña construida por su padre cerca de un arroyo que cae en el río “Guacamayo”. Pero lo importante para mí es que me aseguró que a cierta distancia de la cabaña, limitado por el norte por el río, existía un valle muy extenso en el cual el acostumbraba a cazar conejos u otros animales. Intrigado, pues de pronto se me vino a la cabeza que tal vez era lo mejor que yo buscaba para mi hacienda, le propuse que fuéramos al sitio si es que el recordaba la forma de hacerlo. Él me dijo que no había ningún problema. Explicó lo que nos resultaba necesario y un día, sin que lo supiera mi mujer, fuimos hasta la casa de Adalberto, el brujo, al que usted ha oído nombrar con seguridad, cerca de la cual queda la entrada indicada por Argimiro. Subimos con cierta dificultad por lo empinado, hasta que llegamos a la cima. Descendimos a la cabaña y luego bajamos al arroyo. Siguiendo por su orilla alcanzamos el río. Desde este vi el valle parcialmente pues su extensión es considerable. Me emocioné como nunca antes. Era lo que estaba buscando. Desde ese momento consideré que era muy estimulante enfrentar la gran tarea de desarrollarlo solventando todas las dificultades, en especial las de acceso; pero eso en vez de amilanarme me incentiva mucho más. Me siento capaz

de lograr algo que en verdad sea orgullo de la región y produzca leche y carne en cantidades que puedan satisfacer las necesidades de nuestra población, expendida a precios razonables.

Don Aldo, precavido ni siquiera por asomo habló sobre el encuentro con los padres muertos de Argimiro, e incluso de recibir su ayuda. Decirlo hubiera hecho que el Gobernador creyera que estaba loco y en consecuencia, incapaz de cualquier emprendimiento.

— Extraordinaria historia — comento el Gobernador un tanto incrédulo—. Pero de ser cierto todo lo que me cuenta, cuál sería mi participación. No lo entiendo, máxime cuando yo no tendría ningún interés en participar en esa aventura. Primero no tengo plata y segundo no soportaría un día fuera de la ciudad, asoleándome en el campo y oliendo la bosta, lejos de mis amistades, del club y del gobierno, que aunque usted no lo crea, le va gustando a uno poco a poco. Es bueno decidir por el bien de los demás y que muchos dependan de nuestra administración.

— Trataré hasta donde sea posible de concretar — dijo don Aldo con cierta ofuscación, pues tuvo en ese momento la impresión de que el Gobernador empezaba a ponerse molesto — Esa tierra de la que le he hablado pertenece obviamente a la Nación y solo podrá ser de mi propiedad si la autoridad, en este caso el excelentísimo señor Presidente, decide donármela o verdeármela; no sé. Y entonces mi solicitud es que usted, de creerlo conveniente, como mi amigo, interponga sus buenos oficios haciéndole conocer al

señor Presidente, claro que con su recomendación, el interés que tengo en desarrollar la finca en ese lugar. Para todos los efectos yo he precisado los linderos por los cuatro puntos cardinales. Creo que una comunicación suya en donde le explique al Presidente mis intenciones y dándole a conocer mi historial como ciudadano trabajador y respetuoso, hará que acceda, en especial por lo que sabemos del aprecio que le tiene al trabajo en el campo, en el cual el forjó su juventud.

— Creo — dijo el Gobernador mirando fijamente a su interlocutor — que por mi parte no hay ninguna dificultad y además lo haré gustosamente. Claro que es necesario entender que el proceso conlleva algunos gastos que necesariamente usted tiene que asumir. Además, quiero confesarle algo que debe quedar entre nosotros. Si detalla el diploma que está en la pared, a mis espaldas, se dará cuenta de que yo obtuve el título de abogado expedido por la Sorbona de París y el recuerdo de los días vividos en esa ciudad son inolvidables. Bueno, sin darle más vueltas al asunto, yo tengo unas ganas locas de volver. En ella se concentra lo mejor del mundo: museos, una intensa vida bohemia y cultural, lo último en el arte y las modas, su impactante literatura, el encuentro de intelectuales de todo el mundo, y que decir de sus mujeres. Las hay para todos los gustos. Espero que usted me comprenda y se ponga en mi lugar. No tengo otra oportunidad para satisfacer ese constante deseo y sé que para usted la cantidad que necesitó no representa mucho, y menos si la compara con lo que valdría comprar la tierra por usted seleccionada. ¡Ah! Y hablando de eso de comprar, le agradezco — dijo afectando disgusto — que nunca más en su vida piense que el Presidente es un vulgar

vendedor. Él no está para venderle nada a nadie, pues puede disponer de todo a sus anchas.

Don Aldo, dándose cuenta de que la perorata del Gobernador, en especial la última parte, no tenían otra finalidad que la de presionarlo para que le costeara el viaje a París, se sintió satisfecho. Estimó a vuelo de pájaro que lo que le daría al Secretario y al gobernador, no era ni una milésima parte del valor de las tierras que aspiraba poseer.

— Creo que estamos claros — enfatizó el Gobernador, mostrándose satisfecho —. Lo que va a hacer de inmediato es ir a la Secretaría y buscar a su Director, el Dr. Francisco Pulido, para que se pongan de acuerdo en cuanto a la redacción de la carta que enviaré al Presidente. Claro que en la misma deben figurar con exactitud los linderos, pues si él aprueba la donación se tendrá que hacer el registro público de la propiedad y esta requiere de esa especificación para evitar cualquier problema en el futuro. Llévelo esta nota al Secretario en donde le explico lo que debe hacer.

Dicho esto, el Gobernador tocó el timbre que estaba en el escritorio, lo que determinó que de inmediato se apareciera una bella muchacha por una puerta lateral, portando una bandeja con dos tazas de café.

Después de consumido el café, se despidieron amablemente. Don Aldo miró de soslayo el título colgado en la pared.

Al salir del despacho se encontró de nuevo con el portero, quien a solicitud suya le indicó que la Secretaría quedaba en la planta baja, en la primera oficina a la izquierda, después de bajar las escaleras.

Ya situado frente a la secretaría, tocó discretamente la puerta. La abrió un hombre pequeño, impecablemente vestido de negro con su respectivo chaleco. Sus ojos se veían muy pequeños al tratar de ver a través sus enormes lentes de aumento.

— Buenos días, señor Secretario — saludó con amabilidad don Aldo, convencido a primera vista de que el pequeño hombre era efectivamente el Secretario. Vengo de parte del señor Gobernador y traigo una nota que le envía, en la cual explica la razón de mi visita.

— Ya su excelencia me llamó por teléfono, señor Dini, para explicarme la situación, de manera que ya estoy perfectamente enterado y a su servicio. Yo soy el abogado Francisco Pulido, hombre de confianza del Gobernador y a quien le da la responsabilidad de la elaboración de todos los documentos relacionados con la administración del estado y, además, le elaboro los informes que envía al Benemérito Presidente regularmente. Soy su Secretario desde que él fue designado para ejercer la gobernación.

Don Aldo, suspicaz como siempre, entendió que toda aquella monserga iba a conducir inevitablemente a solicitar dinero por su trabajo. No le importó. Lo que quería era lograr a como diera lugar la propiedad del valle y no serían las prebendas que tendría que dar, lo que se lo impediría.

— Señor Secretario — destacó don Aldo mostrando cierta agitación — quiero saber antes de todo, que me diga cómo debemos proceder para adelantar los trámites de manera tal que pueda tener un respuesta definitiva lo más pronto posible.

— Lo que vamos a hacer siguiendo las instrucciones del Gobernador es lo siguiente — aclaró el Secretario mostrando seguridad —. Yo tengo que redactar la carta que su excelencia el Dr. Montalvo le enviará al Benemérito, la cual debe ser lo más delicada y convincente posible. Y eso no es fácil — enfatizó —. Para ello es indispensable que usted me dicte los linderos del terreno que pretende adquirir, pues es obvio que donar una propiedad implica su definición. Con ese dato yo me concentraré en la redacción, haciendo el mejor esfuerzo para que todo esté bien encaminado. Claro señor Aldo y eso lo entiende usted perfectamente, yo aspiro alguna buena recompensa ya que lo que gano es una miseria.

— No hay problema, Dr. Pulido, le prometo que será muy bien remunerado, causa por la cual le pido haga de manera tal la carta que no haya ningún error. Por otra parte, usted sabe perfectamente en qué términos se dirige el Gobernador al Benemérito Presidente.

— En eso soy un experto — dijo el Secretario afectando importancia — No debe preocuparse en lo más mínimo. El problema, en definitiva, está en si el Benemérito decide la donación y eso escapa a nosotros. De todas maneras, siguiendo las instrucciones del Gobernador yo redactaré la carta con los límites que usted me ha anotado y mañana, a eso de las dos de la tarde, cuando se abra la oficina, usted viene, la leemos en conjunto y de estar de acuerdo se la daremos de conocer al Dr. Montalvo. Pero no sucederá nada extraño. En tres años que llevo a su servicio, le he escrito miles de cartas, comunicaciones y decretos y nunca ha hecho a ningún escrito la más mínima observación.

Don Aldo, con precisión le anotó al Secretario los límites de la tierra que aspiraba. Tuvo en ese momento el palpito de que todo iba a resultar de la mejor manera.

Al otro día almorzó con cierto apresuramiento. A pesar de que eran las doce del mediodía, quería arreglar todo para estar puntualmente a las dos en la Secretaría. En un sobre manila colocó el dinero que le daría al Gobernador y en otro el que daría al Secretario. Tuvo la precaución de cerrarlos herméticamente, utilizando goma y cruzando en todos los sentidos cinta pegante.

A las dos en punto estaba en la Secretaría. El abogado lo estaba esperando sentado en su escritorio, con la carta colocada en mismo. Antes de iniciar la conversación, don Aldo le entregó el sobre contentivo del dinero. El hombre sonriendo al pulsar el contenido, lo guardo de inmediato en una de las gavetas.

— Pues bien, don Aldo — dijo manifestando satisfacción — ya tengo la carta lista y se la leeré detenidamente. Si tiene alguna observación me la da a conocer y la discutimos. Lo importante es que en ella este todo cubierto de la mejor manera.

El Secretario, con parsimonia tomó la carta y empezó a leerla pausadamente, poniendo énfasis en las partes más importantes.

“EXCELENTISIMO Y BENEMÉRITO SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Con nuestra mayor consideración y respeto.

Desde nuestro estado, en el cual dada su benevolencia nos colocó para ejercer la gobernación, responsabilidad que hemos asumido siguiendo al pie de la letra sus disposiciones, le deseamos de corazón el mayor de los bienestares y una larga vida para que con su capacidad e inteligencia, siga por muchos años orientando la vida del país, sumando a los logros ya alcanzados, muchos más, en bien de la población que reconoce en usted a su verdadero conductor. No en vano ha logrado la admiración de todos los pueblos de América, y de manera muy especial, dada la sociedad comercial favorable a nuestro país, de los Estados Unidos de América.

En esta oportunidad, su Excelencia y espero que me perdone por ello, molesto su atención para rogarle, por favor, estudie la posibilidad de darle en donación a don Aldo Dini, distinguido ciudadano italiano radicado entre nosotros y que con su trabajo y conducta ejemplar, ha sido factor importante en el desarrollo de nuestra región, terreno ubicado a unos veinte kilómetros de San Carlos, completamente virgen y en el cual piensa, y de seguro lo lograra por su vocación para el trabajo y el emprendimiento, una hacienda agropecuaria que según sus cálculos favorecería a la región por lo que produciría de leche y carne. Él tiene los medios económicos para hacerlo en corto tiempo. Es un hombre muy responsable que logró montar la mejor panadería de la región, es su ferviente admirador y contribuye sistemáticamente con las obras públicas que emprendemos en el estado. Por su cuenta ya ha construido dos escuelas en aldeas vecinas y dos medicaturas, causa por las cual estimamos que de usted de creerlo conveniente, le hará oficial-

mente la donación, dándole en propiedad la tierra que aspira y de la cual a continuación indicamos sus límites.

Está situada a unos veinte kilómetros de San Carlos, en la carretera que conduce a la capital, comprendiendo aproximadamente unas 1.200 hectáreas, limitadas así:

Por el norte con el río “Guacamaya” en su curso de oeste a este y a partir de donde inicia ese trayecto, prologando hacia la montaña “La tupida” una línea imaginaria, recta, que se adentra hacia el oeste en el trayecto de un kilómetro.

Por el oeste, desde el punto final de la línea recta antes indicada, una línea también recta, imaginaria, que terminaría en el borde de la carretera.

Por el este, por el río “Guacamaya” cuando deja su curso de oeste a este y empieza a bajar por el este, hasta el borde del puente “Libertador”, situado en la carretera, por debajo del cual pasa rumbo a la tierra llana.

Por el sur el borde de la carretera que va desde el puente hasta donde termina la línea recta que limita el oeste.

El señor Dini está interesado en que esos sean los límites, pues si bien todo lo desarrollaría en un valle situado entre el límite del este y el inicio de la montaña “La Tupida”, se compromete a evitar cualquier tipo de tala en ese bosque, ayudando con ello a su conservación al tenerlo como propiedad y poder actuar legalmente, si fuera el caso.

Resulta importante resaltar, su excelencia, que no hay ningún desarrollo agropecuario cercano a el sector indicado, lo que quiere decir que de concretarse el proyecto del señor

Dini, se estimularía la actividad ganadera y agrícola en la región.

Por otra parte, es necesario indicarle con todo respeto que lo que pretende el mencionado señor Dini tiene las características de un reto que no va a resultar fácil resolverlo, empezando por lo que se requiere para generar una entrada de al menos un kilómetro por pelma selva y después hacer su casa y conseguir buenas vacas y padrotes para iniciar la actividad.

Esa es la situación, admirado Benemérito, Tenemos la convicción de que accederá a nuestra petición, pues como hombre de campo, amante de la cría, entiende el esfuerzo que tendrá que realizar el solicitante para poder lograr algo satisfactorio y que está dispuesto a hacerlo con toda su voluntad.

Como resultará indispensable, si su excelencia accede a la donación, debe incluirse en el título de propiedad a ser registrado las identificaciones del matrimonio: Aldo Dini. Italiano, cédula italiana 8.347.078 y Giovanna Petronila de Dini, cédula italiana 8.500.564. Pasaportes italianos: 987654378 y 987765843.

Reiterándolo nuestro reconocimiento y afecto,

Quedo de vuestra Excelencia

Dr. Eduardo Montalvo

Por vuestra bondad, Gobernador del estado “Cordillera”

Al terminar de leer la comunicación, el Secretario le pidió la opinión a don Aldo y le solicitó que si en algo no estaba

de acuerdo, lo dijera para hacer, si era razonable, las adecuaciones.

Don Aldo le dijo que todo le parecía perfecto. Que le subiera de inmediato la comunicación al Gobernador para que este le hiciera la observación final y de no tener objeciones la enviara.

Al despedirse el Secretario le agradeció la donación y con cierta malicia miró el otro sobre que don Aldo tenía en la mano. Notó que era mucho más abultado, por lo que dedujo que la cantidad de dinero guardada en el mismo era significativa.

Don Aldo subió al piso en donde estaba el despacho del Gobernador, con la intención de entregar el sobre con el dinero que le permitiría volver a Paris e indicarle que ya habían terminado satisfactoriamente la comunicación. Pero cuando iba a tocar la puerta, apareció el portero que le aclaró que el Gobernador le había ordenado que recibiera el sobre que le traía con los documentos, pues en esos momentos estaba muy ocupado para atenderlo.

Don Aldo le entregó el sobre al portero que se introdujo en el despacho cerrando la puerta de inmediato. Un tanto aturdido decidió resignado regresar a la panadería. Intuyó que el Gobernador no quería pasar por el bochornoso momento de recibir directamente el dinero de sus manos. Esperaría ansioso la respuesta del Presidente. Tuvo la sensación de que todo iba a resultar según sus deseos. Desde ese momento empezó a diseñar una y otra vez lo que haría en la hacienda y cómo administrarla con la ayuda de Argimiro.

Don Aldo, la señora Giovanna y Argimiro emprendieron el viaje en el Mercedes Benz de este último. Era un día viernes. En cuatro días, el próximo domingo, tal como lo había decidido el Cardenal, Ángelo y dos muchachos más serían consagrados como sacerdotes, un poco antes que el resto de la cohorte, dado el hecho de que habían sido sobresalientes en sus estudios y se necesitaba ocupar tres parroquias alejadas de la capital que no tenían sacerdote y que empezaban a sentir la influencia perseverante de los evangélicos.

Después de registrarse en el hotel, subir a las habitaciones, ordenar su ropa y darse un buen baño, decidieron ir al seminario de San Marcos, a visitar a Ángelo. En especial la señora Giovanna quería saber cómo se encontraba su hijo y cuáles eran después de ordenado sus expectativas, pues de hecho, de ello tenía la plena convicción, él no se relacionaría para nada con el trabajo de la panadería o con la administración de la hacienda, lo que le preocupaba por percibir cada día más las ambiciones de Argimiro y el aumento enfermizo de su prepotencia.

Un sacerdote de cierta edad los recibió a la vez que les solicitó que lo siguieran hasta una habitación en la cual podrían hablar adecuadamente con su hijo, sin ninguna interrupción. Pasados unos diez minutos. Ángelo se apareció y de inmediato corrió a abrazar a su madre, luego a su padre y por último a Argimiro. Este recibió el abrazo con cierta indiferencia. No era para menos. En el futuro, cuando los italianos murieran, como ya lo había pensado, esperaba ser el único que tendría sus propiedades, lo que implicaba neu-

tralizar de alguna manera los indiscutibles derechos de Ángelo como único heredero. Sin creer en la posibilidad en poder llegar a un acuerdo, tenía la convicción de que éste no tenía en la práctica ningún derecho absoluto, pues todo se había alcanzado con su esfuerzo, mucho más relevante que el del mismo don Aldo. Nunca le satisfizo la promesa de don Aldo en cuanto a que llegado el momento tenía que ponerse de acuerdo con Ángelo para arreglar el reparto, pues a él lo haría figurar en su testamento, bien como propietario o como beneficiario permanente de por lo menos el 40% de las ganancias, siguiera o no trabajando en la hacienda.

— Hijo, te veo muy bien. Tienes un rostro rozagante y se nota satisfecho — dijo la señora Giovanna a la vez que besaba una vez más a su hijo — Estamos contentos de que hayas logrado tu aspiración de ser sacerdote. Esperamos que seas de lo mejor y te entregues con alma, vida y corazón a la evangelización, que según tengo entendido, es lo prioritario; es la tarea fundamental. Si bien al principio nos costó aceptar tu anhelo de entrar al seminario, hoy nos sentimos orgullosos de que puedas ayudar a tus semejantes dándoles a entender el mensaje de Jesús.

— Si madre. No te preocupes — dijo Ángelo con voz pausada y convincente — Tengo una profunda vocación y me he esmerado mucho en mis estudios para poder despejar de mí cualquier duda, aunque — aseguró sonriendo — hasta los más santos han dudado más de una vez. Creo, pues sólo he mantenido conversaciones informales, que el señor Arzobispo me enviará a un pueblo un tanto retirado, ubicado en la montaña, habitado por campesinos dedica-

dos en su mayoría a la siembra de la papa, en el cual hay una pequeña iglesia un tanto desvencijada. Aunque no lo crean — continuó — es lo que he deseado desde que ingresé en el seminario. Una vida aislada del bullicio de las ciudades y en donde pueda con la mayor propiedad estar en contacto con todos los habitantes de la comunidad que se me asigna, del rebaño que tengo que cuidar. En mí existe la certeza de que allí recibiré sabias lecciones de humildad.

De pronto, el padre Ramón Díaz, Rector del seminario, entró en la habitación, saludó amablemente a los padres de Ángelo y a Argimiro, y de inmediato, entusiasmado les dijo:

— Quiero que sepan que quienes en este Seminario participamos en la formación de buenos sacerdotes, estamos llenos de entusiasmo porque Ángelo haya terminado sus estudios como uno de los tres mejores alumnos. Se ha destacado no solo por sus estudios, sino por su activa y fructífera labor en las actividades comunitarias que sigue el Seminario. Por otra parte, en algunas comunidades ha preparado con eficiencia a muchos jóvenes para su primera comunión, demostrando, cualidad que es muy importante en un sacerdote, elevados dotes pedagógicos. Sin la menor duda, Dios bendice a las familias que han dispuesto a sus hijos para que le sirvan a tiempo completo en la hermosa y exclusiva tarea de hacer llegar a los hombres, en especial a los incrédulos, los santos mensajes de la Biblia. Es bueno que les diga que la verdadera vocación sacerdotal se hace presente cuando se ejerce el quehacer relacionado. Tenemos la seguridad de que esta irá aumentando en Ángelo a

medida que se acumule en su espíritu la satisfacción de hacer el bien, de amar al prójimo sin discriminaciones y de renunciar al apego por lo material. Por otra parte, tal como están las cosas en el país, recomendamos que en las homilias se evite criticar abiertamente el sistema, aunque lo deseable sería que se pudiera criticar sin limitaciones sus arbitrariedades, el terror, los crímenes y el despilfarro de quienes ostentan el poder. Ángelo, en conversaciones colectivas, ha demostrado una elevada capacidad interpretativa de lo que sucede, lo que quiere decir que tiene conciencia clara sobre el particular, pero no puede radicalizarse porque pondría en peligro a toda la iglesia.

Lo dicho por el Rector respecto del abandono de lo material, no le pasó desapercibido a Argimiro. Si como había dicho, la vocación de Ángelo sería tal que no apreciaría lo material, el camino para apoderarse de todo se hacía más expedito. Ese dato era digno de ser tomado en cuenta a la hora de fijar las estrategias necesarias para tal fin.

A las ocho de la mañana la Basílica Menor estaba abarrotada de gente. El señor Cardenal presidiría la consagración de los tres nuevos sacerdotes, lo que resultaba un acto de mucha singularidad, que no se daba con frecuencia. A los padres de Ángelo lo que más les llamó la atención fue en momento en que los muchachos se acostaron boca abajo, aceptando voluntariamente los votos que se les imponían y aceptaban voluntariamente.

Como era de esperarse, el encuentro de los tres nuevos sacerdotes con sus familiares alcanzó un clímax que hizo con que muchos fieles, no pudieran contener el llanto. La emoción los embargaba. No era para menos. La consagra-

ción de los nuevos sacerdotes representaba una profunda y ejemplarizante ratificación de la fe.

Con un frugal almuerzo en el comedor del seminario con los familiares de los nuevos sacerdotes, del cuerpo profesoral en pleno y de los seminaristas, se daba por concluido el acto. El Cardenal regresaría de inmediato a la capital.

Don Aldo y su señora permanecieron en la mesa hasta que todos se retiraron. Luego se acercaron al Rector y le dieron una generosa colaboración a ser utilizada en satisfacer necesidades del seminario.

— Rector — preguntó Don Aldo en momentos en que este ¿entregaba a una moja el sobre contentivo de la donación — ¿Ya se ha decidido la parroquia a la cual irá Ángelo?

— No don Aldo — respondió el sacerdote, a la vez que reía amablemente — Esa decisión la tomará definitivamente el Cardenal al cual nosotros le haremos las respectivas propuestas. Solo puedo adelantare que irá a una de las tres parroquias que no tienen sacerdote: Pueblo Alto en el Páramo, Río Chico en la tierra llana o San Genaro en las márgenes del río Turbio. Sin embargo — estimado señor — casi siempre, sin ninguna modificación, el señor Cardenal termina por acoger nuestras recomendaciones. Y hemos pensado, recomendar que Ángelo vaya a Pueblo Alto, quizá la más abandonada de las tres parroquias, de difícil acceso pues el ascenso es difícil. Los parroquianos al saber que enviaríamos un sacerdote, han venido acondicionado la humilde casa parroquial y le han dado unos retoques a la

pequeña y rústica iglesia. Cuando el Cardenal tome la decisión, se la haré saber de inmediato.

Argimiro, aprovechando el momento en que los padres de Ángelo hablaban con el Rector del Seminario, tomó por un brazo a Ángelo y se apartó con él a una distancia adonde supuso que no se oiría su conversación.

Mira — dijo Argimiro afectando plena seguridad — yo creo que es muy importante que, en un momento dado, con tranquilidad y solos, discutamos el destino de la panadería, la casa de habitación de tus padres y lo correspondiente a la hacienda. Desde ya te digo que creo tener algunos derechos pues mi esfuerzo ha sido determinante en los logros de don Aldo. Ellos ya están viejos y objetivamente resulta importante que no se llegue a producir algún sobresalto inconveniente ni aparezcan contradicciones innecesarias.

Argimiro — ripostó Ángelo con manifiesta humildad — si bien yo soy por derecho el heredero universal, no quiere decir que no lleguemos a un acuerdo satisfactorio, pues entiendo que sin tu colaboración, cosa que yo no hice, mi padre no hubiera alcanzado lo que hoy tiene. Quiero que sepas, desde ya, que yo no tengo ambiciones personales y en mi caso estudiaré las posibilidades de un arreglo que me aseguren ingresos para construir obras que se necesiten en las parroquias en las que me toque trabajar. Hablo de escuelas y dispensarios, fundamentalmente. Cuando esté instalado en mi parroquia, puedes visítame y con toda tranquilidad hablaremos con mayor propiedad.

Como los padres de Ángelo se acercaron cesó la conversación y se decidió de inmediato regresar a San Carlos.

Don Ángelo, a la semana de haber regresado, recibió telegrama del Rector del Seminario, en donde le daba a conocer que el Cardenal había aceptado sus recomendaciones y Ángelo sería el párroco de Pueblo Alto.

Apolinar Becerra resultó ser un ordeñador extraordinario y gozaba del afecto de todos. Además de ordeñar con destreza única que causaba admiración en sus compañeros de trabajo, había hecho un huerto ejemplar detrás de la casa, en donde sembró maíz, hortalizas y además de unas matas de lechosa. A petición de sus vecinos y colegas, los ayudó a lograr el suyo, lo que lo convirtió en un ser querido y admirado por todos. Además, tenía la virtud de tocar la guitarra con mucha propiedad y de poseer una bella voz, al igual que su hija María. Algunas noches, en especial las de los viernes y sábados, en las que todos se reunían alrededor de una fogata compartiendo algunas botellas de aguardiente y calor del carbón que asaba la consabida carne, oían a Apolinar y a su hija entonar decenas de canciones. En ocasiones Argimiro compartía aquellas veladas, en especial para embelesarse con la voz y belleza de María.

En algunas ocasiones Argimiro invitaba a Apolinar y a su hija al balneario que había construido con todas las comodidades en las orillas del río “Guacamaya”, para que animaran las escandalosas reuniones que allí se hacían. Algunos de los invitados con varios whiskeys en la cabeza, le solicitaban que los acompañaran para cantar algunas can-

ciones. Aquello le resultaba a Apolinar una bendición, ya que recibía una cantidad considerable por propinas. Todo lo iba reuniendo con sumo cuidado, a la par que regulaba sus gastos con mucha precisión. Esperaba contar con una cantidad suficiente que le permitiera algún día adquirir su propio conuco. Pensaba sobre todo en su hija, cada día más bella, aspirando que tuviera una vida diferente, que le deparara todo aquello de lo que él y mujer habían carecido. Apolinar soñaba con que se casará como era debido por alguien de quien además de estar enamorada, le pudiera dar una mejor vida, mayores comodidades

Argimiro, que todo veía y controlaba en la finca, no le pasaba desapercibida la creciente belleza de muchacha y como siempre, se propuso hacerla suya como diera lugar. La manera de tenerla cerca y lejos de la vigilancia de su padre, fue haciéndole a Apolinar la propuesta de que le permitiera trabajar en su casa, pues necesitaba a alguien que ayudara a la ya cansada Mariantonia, cuidar a don Aldo y a doña Giovana y para cumplir con otros menesteres como limpieza, lavado, planchado y servir los desayunos, almuerzos y cenas. Para hacer efectiva su petición, le ofreció un salario que incluso sobrepasaba lo que le pagaba a Apolinar como ordeñador. Este calculó que el nuevo ingreso sería de importancia para ayudarlo a reunir lo necesario para su conuco, pero con preocupación, malicioso, no dejaba de pensar con temor que el patrón, cuya fama de mujeriego era archiconocida, se fuera a meter con su niña, pues de ser así no le importaría llegar a reacciones extremas.

Una mañana, perlados los potreros como nunca por el sol ardoroso, se presentó María con sus bártulos metidos en

una caja de cartón en la casa de don Argimiro. Este, tratando de mostrar indiferencia, la recibió y le dijo que se pusiera de acuerdo con Mariantonia a la cual debería obedecer en todo. Ella le indicaría donde dormir y que horarios cumplir. Conociendo hasta la saciedad a Argimiro, la mujer supuso que la muchacha sería la próxima víctima del libidinoso incorregible que era Argimiro. Le dio lástima pensarlo, pero ella se debía a su protector, que la trataba como si fuera una más de la familia y se vería en la obligación de servirle una vez más de celestina. Tenía en ello una experiencia acumulada. No en vano lo había ayudado con muchas empleadas y que por eso la familia de cada una de ellas gozaba de alguna prerrogativa. María quedó fascinada con la belleza del interior de la casa, toda de madera, pisos pulidos de parqué y con muchos adornos y pinturas en las mesas y paredes que deberían tener un valor incalculable. Cuando Mariantonia abrió la puerta y le mostro cuál sería su habitación, se quedó sin respiración. Tenía una bella cama de madera, amplia, con un espaldar alto con arabescos tallados, un colchón mullido, un bello tocador, un sanitario individualizado, un escaparate de caoba pura y un espejo en la pared. Todavía asombrada abrió la ventana y pudo ver a lo lejos lo que debía ser las orillas del río “Guacamaya”. Mariantonia le explicó con cual llave abrir la ducha para el agua caliente y cual para la fría. No dijo nada, pero de inmediato recordó que nunca en su vida se había bañado con agua caliente y en un espacio cerrado por una lujosa puerta corrediza de vidrio y con un estante a uno de los lados en donde había jabón, champú y enjuague.

Una vez que Mariantonia la dejó sola, de un salto María se acostó en la cama sintiendo la suavidad del colchón. Des-

pués de pensar en contar a sus padres lo que le estaba sucediendo, tomó la decisión de desnudarse y meterse en la ducha. Como le había enseñado Mariantonia, reguló la temperatura del agua y se sintió transportada a otro mundo al sentir la tibieza en su cuerpo. Utilizando el fino jabón de olor y el champú, se bañó por lo menos durante media hora. Se sentía feliz. Nunca ni siquiera había pensado estar en un sitio así y para ella sola.

Después de salir del baño se puso lo mejor que tenía y se sentó en la cama a esperar, sin siquiera saber que esperaba. De pronto, Mariantonia abrió la puerta y le dijo que la siguiera porque desde ese día ella serviría en la mesa el almuerzo, el desayuno y cena. Fue a la cocina y la mujer le indicó lo que debía hacer. En la mesa estaba don Aldo presidiéndola, a su izquierda doña Giovanna y a su derecha Argimiro. Tomás comía en la cocina con su madre. Cuando colocaba en cada sitio el plato de sopa, doña Giovanna detalló la belleza de la muchacha a la vez que notaba la impúdica forma en que Argimiro la detallaba. Tuvo una rara sensación. Ya todos conocían el descaro y la carencia de sentimientos de Argimiro cuando se disponía a hacer lo que se le ocurría.

Mariantonia — dijo Argimiro a la vez que encendía su infaltable tabaco después de la cena — creo que a María le hace falta algunos vestidos pues los que tiene parece que han sido lavados durante muchos años. Ella es muy hermosa y quiero que cada día vea mejor, para lo cual además de los vestidos necesita zapatos, cosméticos, ropa interior, algunos sarcillos y porque no, un buen reloj

Por eso, Mariantonia, quiero que hables con ella para que mañana sábado, a eso de las nueve de la mañana, vayamos a San Carlos para hacer las compras. De paso yo necesito otra caja de tabacos, pues me estoy fumando el último que me quedaba. Habla con ella e infórmale lo del viaje. Trata de mostrarte indiferente, como si nada extraordinario le estuviera pasando.

La mujer, conocedora de todos los pasos y argucias que Argimiro seguía para conseguir a las mujeres, en especial a las jóvenes pues a las de edad le bastaba darle una buena cantidad de dinero, se sintió contrariada. Como nunca antes le había sucedido, María le resultaba una muchacha agradable, delicada y le había tomado cariño aun cuando sólo tenía días tratándola. Pensó que, si podía hacerlo, evitaría que Argimiro se saliera con las suyas. Además, como nade antes María trataba a su hijo Tomás con deferencia y cariño, sin importarle su situación de retraso. El muchacho la doraba y diariamente, con ingenuidad manifiesta, le traía algunas flores silvestres.

María estaba lavando los platos en la cocina cuando Mariantonia se acercó y le dijo que dejara por un momento el trabajo, pues tenía que comunicarle algo que podría importarle.

— Dígame, doña Mariantonia, de qué se trata — preguntó intrigada María, con cierta preocupación, pues se le vino a la mente que la iban a despedir.

— Es algo que creo te puede interesar, María. El patrón ha considerado que debes estar más presentable en su casa y por eso te llevará mañana, yo te acompañaré, a San Carlos

para comprarte ropa nueva, zapatos y otras cosas que puedas necesitar.

Señora — dijo María con timidez — yo soy obediente del mandato de mi padre y este siempre me ha prohibido que reciba regalos de cualquier naturaleza. En especial cuando se trata de personas ajenas a la familia. Por otra parte, yo estoy conforme con lo que tengo y no necesito nada de lo que se me ofrece, pues mi papá también me ha enseñado que lo que necesito debe provenir de él o adquirirlo con mi trabajo.

Mariantonia se alegró de la respuesta de María. Tenía principios y al parecer su padre la había educado de la mejor manera. Pensó que no sería una presa fácil del patrón, aunque este siempre se las ingeniaba para convencer o terminaba por utilizar la fuerza.

Cuando Mariantonia le contó a Argimiro lo que la muchacha había dicho, no pudo simular su contradicción. Pero la cosa era más placentera entre más dificultades hubiera — se dijo a sí mismo a la vez que reía.

Hagamos una cosa, Mariantonia — insinuó Argimiro después de pensarlo un rato — no va a ser posible que la muchacha acepte si no tiene la autorización de Apolinar. Por lo tanto, anda a su casa y dile que necesito hablar con él. Yo puedo convencerlo de que me permita comprarle a su hija lo que necesita.

Advertidos los guardianes de la casa, escoltas de Argimiro, de que como Apolinar había sido llamado por él, lo recibieran de la mejor manera y lo condujeran hasta la puerta de la casa, después de acompañarlo a subir las escaleras

que era necesario subir para llegar a ella. Y era que don Aldo, precavido había construido la casa con pilotes de madera y no directamente sobre el suelo, lo que facilitaba circular por debajo sin ningún problema. Con eso, así lo manifestó cuando se construía, se evitaría que algún animal, en especial las culebras, entraran a la casa.

— ¿Qué tal, Apolinar? — dijo uno de los escoltas amablemente. El patrón te está esperando. Te acompaño hasta la puerta. Es bueno que sepas que al patrón le satisface la dedicación de tu hija para el trabajo. La más contenta es Mariantonia que como ya la pobre por la edad no puede atender todo lo que se requiere en la casa, ha encontrado en tu hija a la ayudante ideal. Y no se diga cómo ha cambiado Tomás. Ahora se nota alegre y más dispuesto a limpiar a cabalidad la gallera.

Tocaron el timbre. El propio Argimiro abrió la puerta y afectando mucha amabilidad, le solicito a Apolinar que entrara, luego se sentaron en la sala, a la vez que María les servía un café.

Apolinar estaba extrañado de tanta amabilidad. Todos conocían que el patrón era un tipo huraño y que muy pocos de sus empleados habían entrado a su casa alguna vez y menos que se hubieran sentado en los lujosos muebles de la sala. De todas maneras, esperaba a que se le dijera la razón de haber sido llamado, mostrando cierta preocupación al pensar que su hija hubiera hecho algo irregular.

Lo noto preocupado señor Apolinar — manifestó Argimiro después de sentarse — pero no hay de qué. No lo he invitado a mi casa porque haya algún problema. No, de

ninguna manera, con su trabajo y el de su hija estamos más que conformes. Usted es nuestro mejor ordeñador y María ha resultado ser una muchacha muy aplicada en sus oficios, es amable y muy pulcra. Mariantonia está encantada con ella. Y eso es muy significativo pues nunca en su vida había aceptado que alguien trabajara a su lado en las labores domésticas.

— Entonces, ¿de qué se trata, señor? — Interrumpió Apolinar con cierta perturbación.

— Bueno. La cuestión es la siguiente — empezó a explicar Argimiro en un tono fingidamente bonachón. Mariantonia me ha dicho con cierta preocupación, pues su hija le ha caído de lo mejor, que sería bueno poder vestirla de manera tal que esté acorde con las características de esta casa, las personas que en ella viven y sobre todo cuando haya que atender a importantes invitados. Ya ella me contó que al hablar de la cuestión, su hija le contestó que usted le tenía prohibido recibir regalos de alguien que no fuera de su familia y menos sin su consentimiento. Eso me pareció completamente justificado, y nos da a entender que ha formado a su hija adecuadamente, con disciplina y actuando siempre con su consentimiento. Por eso lo he mandado a llamar — dijo tratando de precisar la reacción de Apolinar, que de hecho se notaba incómodo —. Lo que queremos pedirle es su consentimiento para que le permita a María ir conmigo y con Mariantonia a la Ciudad, a San Carlos, para comprarle algo de ropa, unos dos pares de zapatos y algo más de lo que necesite. Y quiero que entienda que todo se debe a lo que le he hablado de la presentación, pues como usted sabe, y entiendo su imposibilidad, no pose nada adecuado.

Es tanto que si usted quiere acompañarnos no es ningún problema. En el carro hay campo para los cuatro.

— Pero patrón y perdone usted — dijo Apolinar ya con más seguridad — esa situación es nueva para mí y me es difícil de aceptar pues he mantenido el hecho de que todo lo que podamos poseer debe provenir de nuestro trabajo, de nuestro esfuerzo y no de regalos.

— Ya le he dicho que admiro su posición — ripostó Argimiro tratando de ser convincente — pero esto es una excepción que nos favorecerá a todos y tenga la seguridad de que aunque reciba lo que pienso comprarle, ella puede dejar el trabajo en la casa cuando lo quiera o cuando usted lo disponga. Es decir, no se trata de establecer un compromiso que pueda sentirse como obligación. Le aseguro que eso le permitirá a María empezar a tener una vida más acorde con su juventud y belleza. Si quiere le muestro su habitación para que vea lo cómoda y elegante que es y ella se siente muy satisfecha de que la tenga para ella sola.

— Bueno, puedo aceptar — contestó Apolinar sin estar completamente convencido de que debía dar el permiso — siempre y cuando yo le pueda pagar lo que usted va a invertir con un porcentaje mensual de mi salario. Así me sentiré más a gusto y no alteraré lo que tengo establecido para mi familia.

— Apolinar, sigo admirando su forma de pensar, pero quiero que considere que lo que le voy a comprar a María es una especie de regalo que le hago a usted como reconocimiento por el desempeño que tiene en su trabajo, por alegrarnos la vida con su guitarra y su canto, y por ser

ejemplo para todos los peones. Por otra parte, Apolinar, cómo puedo aceptar que de lo poco que gana pueda pagarme algo de lo que reúne mensualmente para comprar su deseado conuco. Además, Apolinar, y esto no debería utilizarlo como argumento, yo poseo mucho dinero. Quiero decir que me sobra, causa por la cual lo que gaste en María me resulta insignificante.

— Me ha convencido patrón, pues por su tono pienso que en usted hay buenas y sanas intenciones de mejorar la vida de mi hija ¿Cuándo irían?

— El próximo sábado a eso de las 9 o 10 de la mañana.

— ¿Y mi mujer podría acompañarlos para aprovechar de comprar algunas cosas que ella necesita? — Claro — contestó Argimiro sin mostrar ninguna contradicción — Consideró que era hasta mejor que la madre estuviera de acuerdo y también recibiera algún regalo.

El tiempo pasaba en la hacienda con cierta monotonía pues todas las actividades se repetían invariablemente, día a día. María se hacía con el pasar del tiempo una mujer cada vez más bella y atractiva. Esa belleza trastornaba a Argimiro que, atreviéndose cada vez más, acosaba a la muchacha, pero esta, con firmeza, no le permitía ninguna extralimitación.

Comprendiendo Argimiro que no sería posible lograr a María con cariños, regalos, aumentos del salario, llegó el momento en que pensó, tal como había sucedido con otras mujeres antes, de actuar por la fuerza.

En una noche aciaga en que llovía pertinazmente y la luna se mostraba egoísta en dar su luz, habiendo consumido media botella de ginebra, buscó en la repisa el duplicado de la llave de la puerta del cuarto en el que dormía María. Sin pensarlo dos veces, a eso de la media noche, abrió la puerta. María que estaba dormida se despertó sobresaltada al ver la figura de Argimiro que se acercaba a su cama, respirando agitadamente. Quiso gritar, pero Argimiro se lo impidió tapándole la boca con una de sus manos. A pesar de la oposición que pretendía María, Argimiro logró levantarle el vestido y romperle la pantaleta. Luego, despiadadamente, la penetró con furia insólita. Saciado la soltó y libre ya María de la mano que tapaba su boca, gritó desesperadamente a la vez que la sangre escurría entre sus piernas. Mariantonia se despertó sobresaltada, presintiendo lo que había pasado. Don Aldo y doña Giovana despertaron de su cansado sueño y también supusieron al oír los gritos de la muchacha, que una vez más el monstruo que los tenía sometidos, había actuado.

María como si se tratara de una loca, salió corriendo de la residencia y se dirigió a toda velocidad a la casa de sus padres. Estos, al oír que la puerta era tocada con inasistencia, salieron de inmediato para sufrir el impacto de ver a su hija prácticamente desvestida, con sangre en las piernas, despeinada y llorando a gritos. Apolinar se dio cuenta de inmediato de lo que había pasado, Después de tratar de calmar a su hija y de besarla repetidamente, buscó su machete y a la carrera se dirigió a la casa de Argimiro. Al llegar a la base de la escalera de la entrada, a todo pulmón gritó:

— Argimiro, hijo de puta. ¡Maldito coño de madre, baje para que resolvamos como hombres la ofensa que nos ha hecho! ¡Baje, desgraciado, para cobrarle el haber abusado de una niña inocente, portándose como un comemierda salvaje! ¡Baje marrano degenerado! ¡Venga para que nos enfrentemos como hombres!

Al oír los gritos de Apolinar, los dos guardaespaldas de Argimiro que dormían en una pequeña cabaña anexa se despertaron y al oír los gritos de Apolinar y las amenazas que profería, dada su formación en artes de defensa personal lograron quitarle el machete, a pesar de que uno de ellos recibió un leve corte en una de sus piernas. Al sentirse impotente, el buen hombre empezó a llorar profusamente a la vez que se arrodillaba pidiéndole al cielo que le permitiera vengarse. Mariantonia que lo había visto todo desde la ventana, por primera vez calificó a su patrón de animal. Algunas lágrimas, como nunca, enjugaron sus mejillas. Sin quererlo sintió arrepentimiento por todas las vagabunderías que le había facilitado Argimiro. Pero se reconvino de inmediato. Seguiría unida a él hasta la muerte; no tenía otro camino.

Argimiro, al oír los gritos se asomó la puerta. Miró a Apolinar y para terminar de enfurecerlo se rió irónicamente a carcajadas. El pobre hombre, antes asido con fuerza por los guardaespaldas, logro gritar: ¡Coño de madre, le juro que de una manera u otra me las pagara! Entendiendo que no podía hacer nada, con la cabeza gacha regreso a su casa, después de decirles a los dos hombres que por favor lo soltaran. Al llegar le ordenó tartamudeando de la rabia a su mujer y a su hija, que ya se había bañado y vestido con un

traje limpio, que preparan las maletas para irse. Las mujeres acataron la orden sin decir nada y una vez listo el equipaje, salieron para encaminarse a la salida de la hacienda. Argimiro, sin ningún remordimiento, desde el vano de la puerta de la casa, vio a los tres caminar pausadamente, humillados, oprimidos.

Al llegar a los límites de la hacienda y pisar la carretera, Apolinar se volteó, miró lo que alcanzaba a ver de la hacienda y como si se tratara de un loco, grito a todo pulmón: ¡Juro por lo más sagrado que algún día volveré a cobrar lo que ese maldito nos ha hecho!

Adalberto, el brujo, al oír tan fuertes gritos, dejó de hacer el brebaje que preparaba, se asomó a la puerta y conmovido, conociendo muy bien a Argimiro, dedujo que este le había hecho a la familia de Apolinar alguna barrabasada. Los siguió con la vista un rato, hasta que desaparecieron por una de las curvas de la carretera. Regresó preocupado a terminar de hacer su preparación curativa.

— Te mande a llamar, Adalberto — dijo Argimiro a la vez que manifestaba cierta ansiedad. Tienes que ayudarme. Como sabes me propuse morir y resucitar y hasta el momento no logro dejar de vivir a pesar de que todas las noches, a eso de las diez, y a veces con media botella de brandy entre pecho y espalda, me acuesto esperando una muerte natural. Y debe ser así, pues me sería muy fácil suicidarme, pero tengo la convicción que de morir de esa manera no me permitirá resucitar. Para colmo don Aldo, doña Giovanna y otros fantasmas, se ríen de mí noche a noche.

che y no puedo hacerles nada. Y es que les hice de todo cuando vivían. Quiero, entonces, que me prepares un brebaje para dormir que sea muy fuerte, de manera tal que teniendo un sueño muy profundo me acerque a la muerte y luego a la resurrección a la que tengo derecho por haber sido tan exitoso y vigoroso.

— Amigo Argimiro — dijo Adalberto eludiendo la mirada de su interlocutor — yo no tengo problema en prepararte lo que me pides, pero, y perdona el atrevimiento, yo no creo que pueda existir algún mortal que pueda resucitar porque así lo haya decidido por muchos éxitos obtenidos en vida. Solo Cristo resucitó y resucitaron los que el regresó de la muerte, por tener el poder absoluto para hacerlo.

— No te llamé para que me des consejos pendejos e irrespetuosos, Adalberto— ripostó Argimiro en tono grosero — lo hago para algo determinado y solo espero, sin que a ti te importe nada, que me prepares el brebaje. Y recuerda que siempre he pagado tus servicios de la mejor manera. Así que no te atrevas de nuevo ni siquiera a insinuarme que no puedo lograr lo que desde hace tiempo vengo deseando. Si el brebaje no surte efecto, atente a las consecuencias. Ya sabes que tengo poder en la policía y nada me costaría acusarte de trcalero y de tener pacto con el diablo para que te encierren por muchos años.

Adalberto, sintiéndose regañado, cosa que sucedía siempre que hablaba con el prepotente del Argimiro, salió de la hacienda y de inmediato se dispuso a preparar un somnífero muy potente. Uno que incluso había surtido efecto para dormir profundamente a personas con dolores como los del cáncer terminal, con lo que se aliviaban de su tortura.

Como un ramalazo le pasó por la mente la idea de preparar en vez del somnífero solicitado, un veneno que acabara con el despreciable hombre, pero de inmediato se reconvinó, pues a pesar de que sus artes muchos las consideraban diabólicas, inspiradas por lucifer, él se consideraba un buen creyente, amaba a Jesús y tenía el convencimiento de que sus conocimientos provenían de él.

La preparación de Adalberto tuvo el efecto deseado. La primera vez que Argimiro la tomó antes de acostarse en su urna, durmió profundamente. Solo logró despertarse a las diez de la mañana del día siguiente. Pero seguía vivo. Su creencia de que podría morir mientras hacía efecto el menjurje, se desvaneció al ver la luz del día entrando hiriente por la puerta de la capilla y a Mariantonia a su lado con el acostumbrado pocillo de café fuerte que tomaba al nomás despertarse.

Siguió tomando noche a noche el somnífero, con la esperanza de morir dormido y despertar con vida de inmediato. No sucedía nada, siempre era lo mismo: dormir y tener el mismo angustioso sueño: se veía desnudo, siendo azotado sin compasión en la plaza de San Carlos por don Aldo, doña Guiovanna, Germán, Cleotilde, Rosalba y otros muchos a los que había hecho daño. Después de la azotaina, sangrando profusamente por la espalda, lo amarraban en una cruz de madera encendida, la cual colocaban verticalmente metiéndola en un hoyo y riéndose gozaban al oír sus gritos de desesperación. Todo el pueblo, incluyendo al padre Fray José del Castillo, miraba el espectáculo y aplaudían a rabiar. Después de morir calcinado, se bajaba de la cruz y corría hasta el río al cual se tiraba para aliviar las

quemaduras. El río lo arrastraba hasta una catarata por la cual caía volatilizándose. La pesadilla se repetía sin pausa. Nunca pasó de la muerte en la cruz a la resurrección, lo que resultaba muy distinto a lo que la biblia contaba de Jesús.

No pudiendo satisfacer su absurda quimera, empezó a beber mucho más de la cuenta. Cada día se hacía más hurafío y el maltrato a los peones, antes inexistente, empezó a hacerse cotidiano, lo que determinó que muchos abandonaran la hacienda sin siquiera despedirse. Esta empezó a deteriorarse paulatinamente, día a día. La obra de los esposos italianos se esfumaba de la manera más absurda y despreciable. Ya no era un paraíso. Para colmo, su incondicional sirvienta, Mariantonia, ya envejecida era incapaz de atenderlo como había acostumbrado durante muchos años.

Ángelo, con su bondad, la caridad, sus elocuentes homilias, su ayuda a los necesitados, la educación que daba los campesinos sobre sus derechos ciudadanos, sus programas de alfabetización y un comportamiento intachable, se había ganado el cariño de todos, excepto de la familia Godoy que se decía comunista y veían que su ya menguada influencia en algunos jóvenes se desvanecía al prevalecer la catequesis del joven sacerdote. Para colmo, con lo solicitado a su padre, había construido una bella escuela a la que dio por llamar “Don Aldo”, en la cual se daba desayuno y almuerzo con las remesas que le pedía a su progenitor. En convite con todos los padres construyó una cancha de fútbol, anexa a la escuela, en donde fungía de entrenador. En el seminario se había destacado en la práctica de ese deporte.

Lejos estaba el joven y exitoso sacerdote de imaginarse que Argimiro, quien había sido el compañero de su infancia y primera juventud, lo tenía entre ceja y ceja al considerar que representaba un estorbo para poder quedarse con todo legalmente. Calculaba Argimiro que Ángelo, siendo el heredero legítimo, en cualquier momento podría decidir, a pesar de su sacerdocio, ponerse al frente de la panadería y de la hacienda, relegándolo a un segundo lugar y sin poder ser el que decidiera a sus anchas, tal como estaba acostumbrado desde que a la pareja italiana le fue imposible por el peso de los años, seguir participando aparentemente en la administración.

Su torcida mente le daba vueltas y vueltas tratando de encontrar una solución. Pero no la hallaba. No dejaba de pensar que eliminarlo era lo más seguro, pero revestía mucho peligro pues sin duda todas las sospechas de un asesinato iban a caer sobre él aunque procediera con un muy bien estudiado plan. Por tratarse de un sacerdote, la Iglesia reclamaría con vehemencia que el crimen fuera aclarado y, como lo sabía, siempre la policía podía atar cabos para llegar al autor intelectual de cualquier asesinato.

Con anterioridad, aproximadamente tres años antes, pensando en el futuro, sustrajo un documento del escritorio de don Aldo en el cual aparecía su firma y la de la señora Giovanna. Lo hizo para elaborar un escrito en el cual se estableciera por parte de la pareja de italianos, un testamento que le conviniera y así, al producirse la muerte de los viejos, obtener una buena tajada. A ello se podía sumar la neutralización de Ángelo en cuanto a reclamar todo lo que

le pertenecía. Para lograr un documento que el registro pudiera considerar legal al constatar la autenticidad de las firmas, optó por imitarlas. Para ello, todos los días, por lo menos las repetía unas treinta veces. Al cabo de cuatro meses, tuvo la convicción de que las firmas eran iguales, que nadie podía detectar falsificación alguna.

El documento, redactado por un abogado incondicional de Argimiro, conocido en San Carlos por sus artimañas para ganar pleitos de cualquier naturaleza a como diera lugar y que había estado preso en alguna oportunidad por sobornos al personal del registro público, establecía que en caso de muerte de don Aldo y doña Giovanna, la panadería, el apartamento ubicado en el edificio “el Roble” y la Hacienda “El Paraíso”, pasarían a ser propiedad, a partes iguales, de su hijo Ángelo y de Argimiro Buenaventura, y que si de mutuo acuerdo seguían administrando dichas propiedades, las ganancias netas se repartirían en un 65% para Argimiro por ser quien las trabajaba directamente y un 35% para Ángelo, al cual Argimiro debía depositarle mensualmente en el banco, la correspondiente cantidad, en un todo de acuerdo con los registros contables. Y que, en caso de venta de alguna de las propiedades señaladas, el monto de la venta se repartiría a partes iguales.

El documento fue asentado legalmente en el registro cuando Argimiro se dio cuenta de que don Aldo y doña Giovanna estaban próximos a fallecer. Ellos nunca supieron de su existencia y el testamento que habían mandado a elaborar por su cuenta, en donde solo le dejaban a Argimiro una cuarta parte de las propiedades, este se encargó de despa-

recerlo, habiéndole hecho creer a Aldo y Giovanna que lo había registrado legalmente.

El falso documento, para que nadie sospechara, así lo recomendó el abogado, debía, tal como se hizo, establecer un reparto equilibrado en caso de la venta y nunca a favor de Argimiro, lo que no extrañaría a nadie pues si bien este se había convertido con el pasar del tiempo en un déspota y relegaba en lo que podía a don Aldo, Ángelo y él habían sido criados como hermanos.

Cuando Ángelo conoció el documento no tuvo ninguna objeción. Considero que se trataba efectivamente de las firmas de sus padres y además, estimó que tenían todo el derecho para repartir lo que recibiera de la manera en que lo creyeran conveniente. Mantener la mitad de las propiedades y recibir un cuantioso 35% de las ganancias le pareció justo pues el que trabajaba y quien las lograba con su trabajo era Argimiro. Además, no tenía nada de ambicioso ni le importaba el dinero. Era tal su conformidad que usaba el dinero en casi su totalidad para hacer obras de caridad a las familias de sus feligreses, construir capillas en aldeas y mejorar las escuelas.

Argimiro se mortificaba los sesos tratando de encontrar una forma de apoderarse de todo. Si bien fue aceptado legalmente el documento con las firmas falsificadas, en su interior no estaba satisfecho. Era tanta su obsesión que llegó a tener la certeza de que Ángelo no tenía derecho a nada pues ni siquiera había levantado un dedo para producir algo o para mejorar alguna de las propiedades. Todo lo había hecho originalmente él y don Aldo y al este envejecer él y solo él había enfrentado el trabajo requerido para man-

tener y mejorar la panadería y la hacienda. El departamen-
to le importaba poco. Cuando pudiera lo vendería.

El abogado, que trataba de todas las maneras posibles de
ayudar a su acaudalado cliente y al cual tenía amarrado por
conocer lo del documento, conversando un día sobre la
situación, le recomendó a Argimiro que una buena estrate-
gia sería la de mandar a un espía al pueblito donde el cura
ejercía su magisterio, tratando de observar todos sus pasos
y determinar si en algún momento se presentaba algo que
permitiera neutralizarlo. Le propuso contratar a un com-
pinche suyo de nombre Ricardo, al cual se le podían dar
unos reales para que montara una bodega en el pueblito,
alegando que ya no quería seguir en el bullicio de la ciudad.
Se le solicitaría que en un principio se relacionara con to-
dos los pueblerinos, darse a conocer y hacer algunos favo-
res, de manera tal que llegaran a tener confianza en él y en
alguna conversación dijeran algo malo del comportamiento
del cura. Claro, se le explicó, él debía estar con ojo avizor,
pues dada la adoración que le tenían a Ángelo, era bastante
improbable saber de alguna anormalidad por boca de los
parroquianos.

Ricardo llegó un domingo al pueblo, asistió a la misa y sa-
ludó cortésmente a los feligreses. Incluso habló con Ángelo
y le explicó que como estaba cansado de vivir en el bullicio
de la ciudad y había sabido de la vida apacible que se lleva-
ba en su parroquia, había decidido montar un negocio, po-
siblemente una pequeña bodega de misceláneas que al pa-
recer hacía falta en el pueblo. Ángelo, siempre pensando
en el bienestar de los demás, acogió la idea con entusias-
mo, pues en vedad algo así le faltaba al pueblo, en especial

para tener a la mano los instrumentos, fertilizantes e insecticidas utilizados en la agricultura que los campesinos tenían que adquirir en la capital del estado, haciendo un largo viaje. Fue tanto que lo acompañó hasta la casa de uno de los paperos más prósperos de la región. Este tenía un anexo a su casa con bastante espacio. Luego de una larga conversación, el hombre, al que llamaban “el papero mayor” decidió alquilárselo al forastero, al entender la importancia del negocio que se proponía establecer en el pueblo.

Ricardo se quedó en la pequeña e incómoda pensión de la Señora Justina Barajas, durante seis días. En el curso de los mismos conoció a todos los pobladores, estableció amistades e incluso fue invitado a un bautizo y a una boda.

Al cabo de un mes llegó de nuevo al pueblo trayendo en tres camiones todo lo necesario para montar el negocio y una variada mercancía. Alquiló una casa desocupada frente a la plaza. Tal como lo había pensado, quedó establecido con la confianza de todo el pueblo. Una vez acomodado el local, a petición de Ricardo, fue bendecido por Ángel. Ni corto ni perezoso, este invitó a un sustancioso brindis. Más de uno de los campesinos salió trastabillando de la tienda.

El soplón ya tenía seis meses de haberse instalado y en ese tiempo no pudo captar nada irregular en el comportamiento del sacerdote. Su quehacer era intachable, tanto que la gente llegó a considerar que estaba revestido de cierta santidad. Pero si apreció que en sus homilías, de manera muy disimulada, criticaba al gobierno que tiranizaba al país y que por lo menos una vez al mes, a eso de la media noche, cuando todos dormían, recibía en la casa parroquial la visita de unos tres o cuatro muchachos bastante jóvenes, posi-

blemente estudiantes universitarios, que llegaban en un jeep. Estos se iban sin que nadie lo notara a eso de las tres de la mañana.

Pensando que algo raro sucedía y que a lo mejor se trataba de un dato que pudiera interesarle a Argimiro, en cada oportunidad en que los muchachos entraban en la casa parroquial, se subía en una silla que le permitía ver la sala en donde se reunían y oír lo que en voz baja conversaban. Constató que se trataba de individuos que estaban clandestinamente confabulando contra el Presidente Benemérito y que recibían de Ángelo en cada oportunidad, un sobre en el cual, era fácil deducirlo, había dinero.

Con la justificación de que iría a San Carlos a negociar alguna mercancía para vender en su tienda, procuró encontrarse lo más rápidamente con Argimiro. Lo encontró en momentos en que conversaba con el abogado en un velador de la panadería, mientras consumían un café. Argimiro, al percatarse de la presencia de Ricardo, dedujo que alguna noticia importante debería traer pues con rapidez se acercó sonriendo, afectando cierta satisfacción.

— ¿Qué has averiguado, Ricardo — inquirió autoritariamente Argimiro sin siquiera saludarlo — espero que tengas alguna buena noticia, pues ya te he dado buena plata y sin duda estarás ganado dinero con el negocito que te monté.

Ricardo contó pormenorizadamente lo que había observado y oído. El abogado, expresando complacencia, consideró que lo que contaba Ricardo podía ser el punto débil por el cual se podría neutralizar a Ángelo. Algo tan secreto debería tener un interés especial, un fondo posiblemente sub-

versivo que se debía precisar. Después de la conversación, Ricardo se retiró asegurando que aguzaría la vigilancia, para determinar si se podría incriminar como subversivo al sacerdote. De ser así podría implicar un rápido encarcelamiento, pues en ello el régimen era inflexible. Estando en la cárcel — pensó de inmediato Argimiro — cualquier cosa podría pasarle sin que hubiera la menor sospecha del autor intelectual.

Una mañana en que el sol perlaba los potreros y hacía brillar el pelo de los bellos caballos, Maríantonia que había estado en San Carlos, comprando los remedios que por prescripción médica tomaba todos los días doña Giovanna, le dio la noticia a Argimiro de que el marido de Valentina Perdomo Rincón, la única mujer de la que se había enamorado su patrón, había sufrido un aparatoso accidente de tránsito en la carreteada y había fallecido de inmediato.

Sin poder evitarlo, Argimiro recordó que, si bien a la muchacha le había sido siempre indiferente, en especial por el comportamiento escandaloso que llevaba en San Carlos cuando joven, su recuerdo le producía cierta agradable sensación. A su mente vino como un ramalazo la idea de tratar de conquistarla, pues si bien seguía con sus tropelías, las cometería en adelante de manera tal que nadie se enteraba. También calculó que su estabilidad, el dinero que poseía y la posibilidad de ofrecerle una vida de lujo, haría que lo aceptara en matrimonio. Esperaría un poco para intentarlo. Estimó que como era tan reciente la muerte de su esposo, ni siquiera hablaría con ella. Pero siempre había sabido esperar. Era unade sus tantas cualidades como hombre de éxito.

Pasados unos ocho meses de la viudez, decidido fue a San Carlos a hablar con Valentina. Si la conversación lograba tener un tono amable, le pediría que se casara con él.

Con cierta agitación prendió su carro y animado emprendió el camino a la capital del estado. Al pasar por una floristería compró un hermoso ramo de flores y de la panadería tomó una caja de chocolates importados de Bélgica.

Nervioso tocó el timbre de la casa de Valentina. Fue ella misma quien abrió la puerta. Al verlo puso una cara de asombro que por momentos desanimó a Argimiro.

— ¿Qué haces tú en mi casa, Argimiro — preguntó elevando el tono de su voz — ¿Y esas flores? ¿Qué te traes entre manos?

— Como nunca antes Argimiro se mostró nervioso. Superponiéndose le dijo con amabilidad nunca antes manifestada en circunstancia alguna, que había sabido de la muerte de su esposo y que por tal venía a darle el pésame y a entregarle un ramo de flores y una caja de chocolates como muestra del cariño que todavía sentía por ella a pesar de los años pasados desde la última vez que se vieron, cuando eran todavía unos muchachos.

— Mira, Argimiro — espetó Valentina en tono concluyente — si bien te agradezco la amabilidad de haber venido a darme el pésame, no voy a recibirte de ninguna manera las flores y los chocolates ¡Es mejor que te vayas por donde viniste!

— Pero Valentina — dijo atropelladamente Argimiro — valora el hecho de que todavía estoy enamorado de ti y que por lo tanto estoy dispuesto a casarme de inmediato si quieres. Yo no soy el muchacho loco de antes. Soy ahora un empresario exitoso formado por don Aldo. Además, aunque esto es impropio decirlo, te puedo dar una vida de comodidades, pues para eso me he partido el lomo trabajando desde la madrugada hasta la noche, día a día.

Valentina, estupefacta y sorprendida, se quedó mirándolo de manera tan inquisitiva que parecía tratar de leer adecuadamente lo que el hombre estaba pensando y el grado de sinceridad de lo que decía.

Se quedaron en silencio hasta el momento en que don Leonardo Padrón lo rompió gritando desde el jardín de la casa: ¿Valentina, hija, quién nos visita?

Valentina no contestó por lo cual don Leonardo, intrigado, dejó de seguir arreglando el jardín y se llegó hasta la puerta, reconociendo que se trataba de Argimiro Buenaventura, quien desde siempre le había caído como una pedrada, causa por la cual con el gesto de sus labios y ojos, manifestó la inconformidad que le producía su presencia en su casa de hombre tan desacreditado. Sin embargo, al detallar a Argimiro le dio la impresión, no sabía explicarlo, de que era otro hombre y que hasta su pose de prepotencia no se hacía perceptible.

— Señor Argimiro — dijo don Leonardo acentuando la voz sin siquiera darle los buenos días — me resulta muy extraño que nos visite ¿Qué se trae entre manos, pues tengo la seguridad de que se debe tratar de algo importante

cuando usted sabe muy bien que nunca nos ha agradado y que no es bien recibido en nuestra casa?

— Don Leonardo — ripostó Argimiro conteniendo su desagrado y afectando amabilidad — vine a darle el pésame a Valentina por la muerte de su esposo pues lo creí un deber y, no puedo mentirle, porque el deseo de verla me resultaba imperioso. Sé a ciencia cierta que nunca le caí bien y que miraba con mucho recelo que yo tratara a Valentina cuando muchacho, pero mi vida ha cambiado sustancialmente. Ya soy un hombre responsable y próspero. No debo decirlo, pero por la confianza de don Aldo, ustedes saben cómo trasforme la panadería en un próspero y moderno negocio y que la finca, ojalá pudieran verla, la hemos administrado de manera tal que creemos que no hay una mejor en todo el estado. Aunque pueda resultar intempestivo, don Leonardo, con todo respeto, ya se lo dije a Valentina, estoy dispuesto a casarme con ella. Les confieso que es la única mujer de la que en verdad me he enamorado, aunque ustedes lo saben, y deben olvidarlo, que por mis muchachadas me enrede en algunos amoríos, sin que representaran nada importante.

Valentina no podía creer que en Argimiro se hubiera producido la transformación de la que hablaba. Sin embargo, le vino a la mente que cuando eran muchachos no lo rechazaba del todo, pues aun cuando le resultaba antipático por su prepotencia, admiraba sus varoniles facciones y su porte esbelto, sobresaliendo por sobre todos los compañeros de su generación. Se reconvino de estar pensando de tal manera. De inmediato estimó, como si alguien se lo estuviera diciendo a viva voz, la soledad en la que vivía des-

de que enviudó, dedicada solo a atender a sus padres, a coser, leer, recibir de vez en cuando a sus amigas, amén de notar con preocupación que su belleza se iba marchitando en el mar del aburrimiento y de la abulia. Sin quererlo, como si un algo extraño la impulsara a ello, deseó que Argimiro fuera sincero y que, si bien le seguía resultando antipático, había demostrado su capacidad emprendedora y convertirse en el soltero más exitoso de San Carlos. Pragmáticamente caviló, borrando de un plumazo el pasado, que no se le daría otra oportunidad parecida, pues después de su viudez no le había interesado ninguno de los hombres que se desenvolvían en su círculo más íntimo, a pesar de que muchos la pretendieron pues su belleza era única: alta, de cabellos rubios, ojos profundamente azules, dentadura perfecta y un cuerpo bien formado que obligaba a los hombres a detallarla escrutadores cuando pasaba a su lado.

Don Leonardo, apreciado objetivamente la situación y dejando de lado sus aprensiones, pesó que el matrimonio, sin que a la hora de la verdad lo aceptara, podría evitar el deterioro progresivo de la hermosura de Valentina, sacarla de su profundo ensimismamiento y que, de alguna manera, dado el dinero que poseía Argimiro, podrían resolverse algunos problemas insalvables sin el apoyo de un algo extraordinario. Se reconvino por pensar así, pero a veces lo utilitario se superpone a otras consideraciones, por muy puras que estas sean.

Todo pasó por la mente de Valentina y de don Leonardo como un ramalazo y después de asimilarlo, este mandó a pasar a Argimiro a la sala sin disimular inquietud. Valentina recibió las flores y la caja de chocolates. Esta, diligente, se

fue a la cocina y preparó café. De inmediato lo ofreció a su padre y a Argimiro tal como era costumbre invariable en todos los hogares de la región. Argimiro se sintió complacido. Comprendía que aquel gesto le demostraba que su deseo podría concretarse si actuaba con la prudencia debida y dejaba por primera vez de ser impositivo para portarse con amabilidad. Calculó que, si bien el primer paso había resultado exitoso, no podía resbalar en el futuro inmediato con comportamientos que determinaran un nuevo y definitivo distanciamiento. Actuando en consecuencia, sin poder disimular su satisfacción y convencido de que el casamiento se concretaría, le pidió don Leonardo, nunca le había pedido nada a nadie, que le permitiera visitar a Valentina, lo que haría los días en que pudiera desprenderse un poco de su trabajo en la finca y los fines de semana. El silencio de don Leonardo lo tomó como un asentimiento.

La conversación derivó por parte de Argimiro en hacer una descripción detallada de la hacienda “El Paraíso”. Insinuó que le gustaría que Valentina, acompañada de sus padres, pudieran visitarla algún día para que la conocieran. Doña Nancy que preparaba el almuerzo, después de que Argimiro se despidió y le fueron contados los pormenores de la conversación, al percibir que en Valentina se había despertado algún interés por el pretendiente, aceptó todo sin emitir ningún juicio valorativo, a pesar de que el hombre no terminaba de agradarle, pues recordaba todo lo que se decía de él. Privó en ella, aun no considerándolo lo adecuado, pensar en la posibilidad de que su hija saliera de su encerramiento y que, además, le pudiera dar la satisfacción de unos nietos.

Argimiro entusiasmado se dirigió a la panadería y después de tomar un café, regresó a la hacienda. Cuando le contó a Mariantonia, mientras saboreaba unos brandis, que había entablado una relación prometedora con Valentina, la mujer, conocedora de hasta la última célula cerebral de su patrón, tuvo la seguridad de que pasada la euforia original, en poco tiempo la viuda se vería enredada en un mundo de contradicciones y decepciones, que terminaría por hacerla infeliz. No dijo nada. Ella se había acostumbrado a no opinar. Hacerlo era despertar una reacción de furia en su patrón, acostumbrado mandar, sin importarle para nada la opinión de los demás.

Las visitas de Argimiro se hicieron constantes. En cada oportunidad no faltaba el ramo de flores y algún presente para doña Nancy. Lo que estaba sucediendo se corrió como pólvora por todo el pueblo. Muchos, entre los que se contaban los amigos de Argimiro que lo conocían como anillo al dedo, estaban admirados de lo que se decía en cuanto a la delicadeza con que trataba a Valentina y a su familia.

Valentina, convirtió la antipatía en un aprecio que, si bien no llegaba al grado de un verdadero amor, le hacía presumir que llevaría una vida satisfactoria y llena de comodidades. A veces, y se recriminaba de pensarlo, solía tener dudas respecto de la radical conversión en el comportamiento de Argimiro. Pero para su tranquilidad no se supo mientras se desarrollaban los acontecimientos y el acercamiento se hacía cada día más sólido, que tuviera coqueteos con otras mujeres. Las que poseía en la hacienda, su pequeño harén, bien sabían los que allí vivían, so pena de perderlo todo,

que no podían hablar sobre su amancebamiento. Dejó a su pesar de beber y de entrarle de lleno a las cartas y a los gallos.

Al cabo de unos seis meses, ya convencida Valentina y sus padres de las buenas intenciones de Argimiro, de la transformación que se había operado en este y que todos concebían como un milagro, se fijó la fecha de la boda.

El matrimonio fue una fiesta colectiva. Ángelo vino de su parroquia para officiar la boda. Sabiendo que el club era insuficiente para la celebración pues la invitación era abierta a todos, sin ningún tipo de distinción, colocaron en la plaza que estaba frente al centro social, unos cuarenta toldos.

Los únicos que no sentían aquello como una fiesta propia, eran don Aldo y doña Giovanna. Tenían la convicción, y así se lo comentaban mutuamente, de que el nuevo comportamiento de Argimiro sería transitorio. Que pasado un tiempo, la pobre Valentina empezaría a sufrir el carácter autoritario y los extravíos de su marido. Pero, se decían, al menos tendrían su compañía en la hacienda, en donde se sentían como encarcelados e impotentes a pesar de estar en su propiedad. Nunca supieron como desprenderse de Argimiro, máxime cuando resultaba innegable que en todo lo logrado el esfuerzo de éste había sido determinante. No dejaban de pensar que pasaría cuando les llegara la hora de morir. Solo quedaría la posibilidad de que Ángelo actuara acertadamente y pusiera al hombre en su lugar, dada su condición de heredero.

Terminada la fiesta a eso de las cuatro de la madrugada, la pareja se dirigió a la hacienda. Argimiro prefería pasar su primera noche de bodas en su propio dormitorio. Marian-tonia había preparado todo. A los trabajadores se les comunicó de la boda el día anterior y por orden de Argimiro se les repartió ron y se les permitió que asaran una ternera. Las mujeres con las que Argimiro pasaba algunos ratos de placer temieron que el patrón se dedicara exclusivamente a su esposa y las abandonara para siempre a ellas, dejándolas en el desamparo. Mariantonia las consolaba asegurándoles que aunque no las visitara no dejaría de darles lo que siempre habían recibido. Ella sabía que, si bien era un sinvergüenza irreparable, tenía un elevado sentido de la generosidad y su desprendimiento del dinero era proverbial.

Pasaron un mes en Europa. Don Aldo en ese lapso gozó de nuevo la sensación de que todo era suyo, que dirigía la hacienda y que se disponía de acuerdo con lo que ordenaba.

Argimiro empezó al cabo de dos semanas de luna de miel a sentir la falta de la vida en la hacienda y el ejercicio de su poder. Si bien le insinuó a Valentina que regresaran antes de lo previsto, esta insistió en permanecer en Europa, pues todo le resultaba extraordinario. Argimiro se extrañó que por primera vez se rindiera ante las exigencias de una mujer, pero comprendió que al fin de cuentas era su esposa, aunque ya la ilusión que había tenido desde muchacho de convivir con ella empezaba a diluirse en los brazos de su inestabilidad emocional.

Aquella noche de lluvia torrencial y repetidos relámpagos, habiendo bebido como un cosaco, creyó al acostarse en la urna que se iba a dar por fin su muerte e inmediata resurrección. Antes de hacerlo, miró con desprecio a los muertos que se reían como siempre de sus pretensiones. Con seguridad envidiaban la posibilidad que se había forjado como producto de su prepotencia, en especial al recordar que todos ellos habían estado sujetos a sus caprichos y desafueros. Pero una vez más, no se dio lo que deseaba. Al nomás acostarse y mirar como siempre hacía la copia del cuadro de Rafael, este empezó a darle vueltas en la cabeza y para completar, la urna parecía girar en el aire, lo que le provocó un profuso vómito que impregnó la capilla de un pestilente hedor. Era tal que a su pesar tuvo que levantarse y regresar a la casa. En la mañana encargaría a Mariantonia que quitara el forro del cajón y le pusiera uno nuevo. Al salir de la capilla, sin reparar en la lluvia, por primera vez pensó que lo suyo era un desvarío, un dislate, una aberración que al morir lo empujaría no a la deseada resurrección sino a la última paila del infierno.

— Hola Argimiro ¿me puedo sentar a acompañarte? ¿Me brindas un whisky?

— No faltara más, Florencio, amigo mío. Además, me alegra tu compañía pues siempre tu conversación es importante. No eres como la mayoría de los que asisten al club: habladores de pendejadas.

— Desde que te vi al entrar al bar, me pareció que tenías algún tipo de enfado, pues la expresión de tu cara me dice que has pasado por algo que te ha molestado.

— Eres buen observador. Efectivamente. Acabo de sufrir una especie de humillación. Claro, algo sin importancia. Imagínate que el carajito ese, Carlos, el hijo del profesor Contreras, me ha ganado tres partidas seguidas de bolas criollas, dándome una verdadera paliza. Y eso que todos me consideran buen jugador. Me ganó tres partidas. La primera doce a dos, la segunda doce a cuatro y en la última me dio un zapatero, es decir, me dejó en cero. Perdí alguna plata, pero eso ya sabes que no me importa y además el carajito no tenía mucho para apostar. Lo malo es que no es la primera vez que me da esas palizas y tengo el presentimiento de que nunca le ganaré, y eso es frustrante para un ganador como yo.

— Pero no debes preocuparte por eso —dijo Florencio a la vez que reía — Se trata de un simple juego y todo quiere decir que el muchacho tiene habilidades especiales para el mismo. Pero es algo nimio si se compara con el triunfo contundente que has tenido con tu vida, la riqueza que has obtenido y el respeto que te tienen. Míralo comparativamente. Es mucho peor cuando pierdes alguna pelea en la gallera pues la arrechera tiene que ser mayor. El juego no representa nada para tus éxitos, ganes o pierdas en pendejadas como las bolas criollas y las cartas. Lo importante es que tienes para apostar y para pagar lo que pierdes, como si de un pellizco se tratara. Eso es un distintivo de superioridad.

— Tú siempre le buscas la vuelta explicativa a cuanto vaina acontece — dijo Argimiro afectando cierto tono de admiración — y eso resulta conveniente. He leído, y aunque muchos no lo crean lo hago con insistencia, que la filosofía se reduce a reflexionar sobre todas las proposiciones. Tú estás dibujado en ese concepto.

Argimiro interrumpió lo que estaba diciendo cuando vio con sorpresa entrar al bar a Ricardo, un tanto agitado. Se le notaba por lo nervioso que parecía tener algo importante que decirle. El hombre se acercó y le solicitó que le permitiera un momento ya que tenía algo que comunicarle. Florencio al oír a Ricardo, tomó su vaso y con indiferencia le dio su asiento, a la vez que se dirigía a un velador ocupado por otros amigos.

— ¿De qué se trata — inquirió Argimiro levantando la voz — hasta ahora no has logrado nada importante que me pueda servir para mis propósitos a pesar de que has recibido bastante dinero.

— Bueno, Patrón — dijo Ricardo con cierto dejo de satisfacción — lo que pasa es lo siguiente: los muchachos de los que le hablé la última vez han seguido visitando de noche, una vez a la semana, al cura Ángelo. Conversan hasta altas horas de la noche. Ya le conté que a pesar de que puedo verlos reunidos por la alta ventana de la casa cural, no logro escuchar nada con precisión. Pero hay algo importante. En las homilias que da en la misa, Ángelo expresa abiertamente sus críticas al Gobierno, calificándolo de tiranía. Deduzco que entonces la visita de los muchachos está relacionada con esa actitud, es decir, para conspirar, causa por la cual le tomé el número a la placa del jeep en que viajan.

AA760LL, con lo cual pueden ser localizados en la ciudad y con ello investigar apropiadamente la relación que tienen con el cura. Con seguridad se trata de muchachos exaltados, estimulados en sus actividades opositoras por Ángel. Creo que se está dando la posibilidad que querías para neutralizar a Ángel.

— Eso parece un dato importante, aunque pudiste comprobarlo mucho antes — dijo en tono de reclamo Argimiro —. Y cuáles son las cosas graves que dice desde el púlpito.

Emocionado por haber despertado el interés de Argimiro, Ricardo le dio a conocer que trataba al Benemérito de Tirano, que torturaba y tenía presos con grillos en los pies a muchos hombres, que había vendido el país a los gringos de los cuales era un simple capataz, que se había apropiado de numerosas tierras y que disponía a sus anchas lo que le venía en gana. Y hay algo que creo tiene mucha significación — aseguró Ricardo, dándose aires de inteligente — con tono despectivo le dice a los feligreses que además de los compinches nacionales, absurdamente gente del extranjero lo apoyaba y, así, de la manera más arbitraria la Universidad de Hamburgo, de Alemania, relajándose como institución, le confirió el Doctorado Honoris Causa y lo peor era la posición de la mismísima Iglesia, ya que el Papa, desvirtuando principios del cristianismo, le confirió una orden llamada Piana y el título hereditario de Conde Romano.

— Coño, Ricardo, con eso último — aseguró eufórico Argimiro, a la vez que le daba a su compinche un manojo de billetes — podemos lograr que el curita sea encarcelado y de seguro, como no resistiría la cárcel y los grillos, a lo me-

por muere antes de lo pensado y me queda todo a mí, sin limitaciones ni problemas legales de ninguna especie. No hables con nadie de lo que me has dicho. Yo hablaré con el jefe de la policía para vigilar a los muchachos y preparar lo que sea necesario para que se demuestre la relación, aunque con testigos que cuenten lo que dice en las misas es más que suficiente, pero como es querido en su parroquia, como he sabido, ese camino será difícil, salvo que la plata le haga soltar la lengua a algunos campesinos.

— Sargento Casanova — dijo el jefe de la policía con tono autoritario — quiero que cumpla una importante misión y que se dedique en forma exclusiva a ella. Deseo que le siga los pasos, noche y día a cuatro muchachos que se pasan juntos y que todos conocen: Rubén Parra, el hijo farmacéutico; Carlos Saavedra, el hijo de la viuda doña Cornelia; Dionisio Alarcón, el hijo del profesor Custodio; y Ramiro Pérez, el hijo del carnicero y dueño del jeep placas AA760LL. La idea es la siguiente — explicó el jefe afectando un tono autoritario— tenemos indicios de que los muchachos están muy volantonos y vienen creando grupitos en contra del Benemérito. Incluso parece que en los liceos han repartido algunos volantes subversivos con el atrevimiento hasta de insultar la excelencia del Presidente y montado algunos mítines llamando al desacato. Y eso, usted lo sabe, no podemos permitirlo pues si lo dejamos correr, los que vamos a salir jodidos somos nosotros y hasta es posible que después de perder el puesto paremos en la cárcel pues nos van a considerar unos inservibles. Además, y esto es muy importante, se trata de una exigencia de una

importante persona, con mucha plata, o mejor de una orden secreta, muy secreta, de alguien que es reconocido defensor en el estado del gobierno del Benemérito. Además, así me lo manifestó, va a estar encima de nosotros pidiendo resultados. Si no logramos nada nos puede malponer con el gobierno y entonces nos va a pasar lo que ya dije. Por otra parte, si llegamos a descubrir algo concreto, con seguridad nos dará una cuantiosa propina, causa por la cual debemos poner todo nuestro empeño en satisfacerlo.

Después, cuando el jefe de la policía se reunió con Argimiro para conocer los adelantos de la investigación que seguía el sargento Casanova, no le fue difícil relacionar la actividad subversiva de los muchachos con los discursos de Ángelo en las homilías. No le cupo la menor duda de que los muchachos iban a visitarlo para concretar algo relacionado con su posición rebelde.

De mutuo acuerdo, el jefe de la policía, Argimiro y el sargento decidieron esperar que los muchachos hicieran un nuevo viaje a donde Ángelo, para seguirlos con unos cuatro policías, irrumpir en la casa cural y así conocer lo que se traían entre manos. Argimiro sopesó con fruición que si Ángelo estaba comprometido como se podía deducir, nadie lo salvaría de ir a la cárcel, pues el régimen no lo perdonaría por el hecho de ser cura. La cosa era determinante: ¡todos los enemigos y conspiradores al calabozo!

El Sargento, pensando más en lo de la propina que en su deber como policía, puso todo su empeño en vigilar a los muchachos. No había nada extraño, se pasaban juntos, estaban en el mismo equipo de fútbol y estudiaban cuarto año de bachillerato. Lo que sí pudo corroborar fue la in-

formación de Ricardo en cuanto a que, con cierta frecuencia, cada ocho días salían tarde de la noche de San Carlos e iban al pueblo del cual era párroco Ángelo.

Un día que decidió seguirlos a cierta distancia con un piquete de policías, se percató de que llegaban al pueblo y paraban su vehículo frente a la casa cural. Eran aproximadamente las dos de la madrugada y ya empezaba a caer una lluvia pertinaz. Uno de los policías con la culata del fusil golpeó con fuerza la puerta de la casa parroquial. Argimiro en camioneta prestada de doble transmisión, se había quedado rezagado, fuera del pueblo, esperando conocer después los resultados. Como había viajado en una camioneta prestada, no sería reconocido con facilidad. Esperaría que la patrulla y el jeep de los muchachos pasaran hacia el pueblo y después los seguiría.

El efecto de los culatazos sobre la puerta fue inmediato. Ángelo, que conversaba animadamente con los muchachos, se sobresaltó. No le fue difícil deducir que habían sido descubiertos. Preocupado abrió la puerta. La policía entró intempestivamente. El sargento ordenó con rabia a los asustados muchachos que permanecieran sentados. Al cura le indicó que lo acompañara a una revisión exhaustiva del lugar. En un cuarto anexo el policía encontró sobre una amplia mesa un multígrafo y ciento de hojas volantes cuyo contenido incitaba a oponerse al régimen del Benemérito. Sonrió satisfecho. Había encontrado pruebas irrefutables para que se jodieran y así, recibir la importante cantidad que en recompensa les daría don Argimiro. Su puesto se había salvado y, por el contrario, hasta recibiría un aumento.

Nadie dijo nada cuándo al sargento Casanova les preguntó acerca de si habían otros implicados en los actos subversivos. Los muchachos y el cura callaron, dando a entender que no dirían nada. Comprendiendo que no lograría ningún otro tipo de información, se sentó en una silla cerca de la mesa donde estaba el multígrafo. Levantó un acta en la cual pomenorizaba lo del allanamiento y lo encontrado en la casa cural. Consideró que era suficiente para encanar a los muchachos y al cura. Por eso obligó a este y a los muchachos, bajo amenaza de tortura, a firmar el acta, en donde además indicaban que todo lo especificado en ella era verdad. Lo hicieron con mano temblorosa. Prácticamente, así lo entendieron, lo que habían firmado representaba una confesión que sabían sería argumento de peso para enjuiciarlos.

Si bien los muchachos estaban manifiestamente preocupados y no sabían que decir, al sargento no le quedó otra alternativa que admirar la entereza del cura, ya que no mostraba ningún tipo de preocupación y tenía el atrevimiento de mirarlo despectivamente.

Como el padre estaba en pijama, el sargento le dijo que se vistiera pues él y los estudiantes irían presos a San Carlos. Una vez en la cárcel de la policía, esperarían las órdenes superiores que provendrían de la capital del país al conocerse la situación y que definirían lo que les esperaba.

El Sargento hizo entrar en su camioneta al cura y a dos muchachos, Los otros dos en el jeep de Ramiro, que manejaría uno de los policías.

El camino se hizo interminable para todos. El lodo obligaba a ir despacio y prácticamente frenando en cada curva, hasta que llegaron a la carretera nacional que llevaba a la capital del Estado. Argimiro los seguía a una distancia prudencial. El Sargento quería llegar lo antes posible para evitar que a plena luz del día los pobladores se dieran cuenta de lo que estaba pasando, pues con seguridad algún tipo de reacción se iba a producir y no era para menos. No sucedía todos los días que arrestara a un cura y a cuatro imberbes muchachos, ampliamente conocidos en la ciudad, para ser llevados a un futuro incierto,

El Sacristán, que vivía a unas dos cuerdas de la iglesia, como lo hacía con religiosa regularidad, llegó a esta a las 5.30 de la mañana, se encaminó al campanario y tocó el repique que invitaba a la misa de las 6. Después de abrir las puertas de la pequeña iglesia, como sucedía todos los días, se abarrotó de paisanos para oír la misa, pero el tiempo pasaba y el padre Ángelo no aparecía para oficiarla. Ante tan inusual tardanza el sacristán y los files, en masa, se dirigieron a la casa cural. Como la puerta estaba abierta y además rota, entraron de inmediato y se encontraron con la sorpresa de que en ningún lugar estaba el sacerdote, lo que descartaba que hubiera muerto de repente o que estuviera enfermo. El Sacristán que, si bien no estaba plenamente enterado de las actividades subversivas del padre Ángelo, sospechaba algo por lo oído con preocupación en las homilías. Al ver que el multígrafo no estaba en la mesa, supuso lo que había pasado. Para corroborarlo leyó con estupefacción uno de los

panfletos. Luego tuvo la ocurrencia de mirar en la calle enlodada y notó que había huellas de dos vehículos, por lo que llegó la conclusión de que el padre había sido a lo mejor llevado por la policía. Al darse cuenta de lo sucedido, convocó de nuevo a los fieles a la iglesia, les dio a conocer lo que sospechaba y propuso que se rezarán tres rosarios para pedir por el bienestar del buen sacerdote y porque no le sucediera nada grave. La gente rezo, como nunca lo había hecho, con la mayor devoción. Algunos lloraban sin poder contenerse.

La detención de Ángelo y los cuatro estudiantes fue de inmediato conocida por los consternados habitantes de San Carlos. Los compañeros de estudio de los muchachos, prepararon una manifestación desde el liceo hasta la prefectura, en donde, en un pequeño calabozo, sucio y de mal olor, estaba detenidos los cinco inculcados. Un cordón de la policía colocada frente a la prefectura, impidió que la manifestación se acercara a las puertas de la casa donde funcionaba.

Cuando los padres de Ángelo supieron de la detención de su hijo, sufrieron un impacto emocional tremendo que incluso hizo que doña Giovanna se desmayara y don Aldo entrara en un estado inquietante de confusión, pues no podía creer lo que estaba sucediéndole a su hijo. Le costaba mucho creer que Ángelo estuviera conspirando contra el régimen, pues su muchacho siempre había sido un hombre apacible, tranquilo, que desde niño eludía los problemas que resultaban de relaciones impropias y de situaciones no deseables.

Don Aldo le pidió a Argimiro, después de conversar con éste y pedirle su opinión, que lo acompañara a la prefectura con la seguridad que lo dejarían hablar con su hijo. Argimiro, hipócritamente, fingiendo sentir un dolor intenso por lo que sucedía a quien consideraba su hermano, le prometió a su protector que movería todos los resortes para que Ángelo fuera liberado lo más pronto posible y se evitara el inminente traslado a la capital del país, en donde sería encanado en la conocida cárcel para presos políticos, que con grillos en los pies y recibiendo sistemáticas torturas, la hacía la más temible del país, expresión fehaciente de la arbitrariedad y despotismo del régimen, que como tal no tenía ni siquiera el más mínimo respeto por la vida, en especial por la de aquellos que ante su brutalidad, el salvajismo y el despotismo optaban por la disidencia.

El prefecto le manifestó a Argimiro que al otro día le permitiría a don Ado y a los padres de los muchachos, a las 3 de la tarde, una vez que terminara su informe, hablar con los detenidos por espacio de 30 minutos.

Don Aldo, con el corazón destrozado lloraba desconsoladamente al igual que doña Giovanna. Uno trataba de calmar al otro, pero ninguno podía dejar de demostrar su dolor clamado al cielo que no le pasara nada a su hijo. Conociendo lo que sucedía en el país con los presos de conciencia, dimensionaban cual podría ser el amargo futuro de Ángelo en una prisión destinada a los que se oponían al régimen.

Ambos se acostaron tarde de la noche. No podían conciliar el sueño. Don Aldo se paraba a cada momento y caminaba por el pasillo como si de un loco se tratara. Esperaba an-

sioso que amaneciera y que el día transcurriera aceleradamente hasta que fueran las tres de la tarde para ir a la Prefectura. No desayunaron. No almorzaron. Un poco antes de las tres el desesperado padre se dirigió a la prefectura, pero al acercarse a esta, vio con horror que en ese momento subían a su hijo y a los cuatro muchachos a una patrulla enrejada de la policía. Corrió hacia ella, pero no logró ver a Ángel. El vehículo arrancó a toda velocidad. Se quedó paralizado. Entró a la prefectura y sin pedir permiso entró a la oficina del prefecto.

— ¿Qué ha pasado con mi hijo y los muchachos, señor Prefecto — inquirió don Aldo con nerviosismo — ¡Usted me prometió que me dejaría hablar con él a las 3 de la tarde!

— Así pensé hacerlo, don Aldo, pero de repente, una patrulla enviada desde la capital, con un chofer y un sargento del ejército, llegó hace poco y me dijeron que por órdenes superiores debían llevarse de inmediato a su hijo y a los muchachos. Y como comprenderá yo no pude oponerme y en consecuencia ni siquiera me atreví a solicitarles que retardaran un poco su regreso a la capital para que usted pudiera hablar con Ángel. Si hubiera dicho algo, solicitado algo, con seguridad mañana estaba fuera de mi cargo. Al rato llegaron los padres de muchachos y el prefecto les dio la misma explicación. Quiero decirles — manifestó con sinceridad — que en verdad lo siento, pues como usted lo sabe, el gobierno es implacable con los que considera sus enemigos. Roguemos porque no lo encuentran culpables de nada, a pesar de que objetivamente, y eso es lo grave, hay pruebas de su participación activa en la subversión. A lo

mejor, a nivel del alto Gobierno, con algunos contactos, en especial los que tiene Argimiro, es posible que no encarcelen a su hijo o al menos lo hagan por corto tiempo, en lo que también puede influir su condición de sacerdote.

En ese momento entró Argimiro simulando preocupación. Le preguntó al Prefecto que era lo que había pasado. Este le explicó lo acontecido. Argimiro, acentuando su fingimiento, abrazó a don Aldo y le prometió que movería todas sus relaciones en los altos niveles del Gobierno para tratar de que no encarcelaran a Ángelo. Por dentro sentía la satisfacción de haber dado el paso fundamental y decisivo para quitar del medio a Ángelo y así evitar que este reclamara lo que le correspondía de la herencia. Tenía la seguridad de que el frágil muchacho no aguantaría estar encerrado, con grillos en las piernas, comiendo mal y recibiendo torturas que perseguían la obtención de denuncias sobre otros conspiradores.

Sin poder contener las lágrimas, don Aldo salió de la prefectura sin despedirse. Argimiro lo acompañó hasta el apartamento y se mostró hipócritamente compungido al saludar a doña Giovanna. Satisfecho se despidió y se dirigió al club a celebrar con sus amigos a los cuales les contaría lo de las detenciones, mostrando en apariencia una profunda preocupación. Sus amigos lo abrazaron compartiendo la supuesta inquietud de Argimiro.

Fue un viaje tortuoso de San Carlos a la capital en la destaralada patrulla. Ni siquiera les dieron agua en el camino. De vez en cuando les permitían bajar un momento del vehículo para que orinaran, con la advertencia de que cualquier movimiento raro, en especial si se perciba como in-

tentos de escapar, sería aplacado a plan de machete y si fuera necesario les meterían un tiro.

A Ángelo y los muchachos se les cayó el alma cuando llegaron al destartado y sucio edificio de la cárcel, lo que les hizo suponer que su permanecía en ella además de humillante sería desde el punto de vista anímico y físico, insoportable

Fueron empujados dentro de una celda de unos diez metros de largo por cinco de ancho, en donde cinco hombres, o los restos que quedaba de ellos, estaban tirados en el suelo, famélicos, harapientos y malolientes. Se quedaron mirando a Ángelo y a los muchachos con ojos de preocupación. Ya sabían lo que se vivía en una porqueriza a la que llamaban celda carcelaria. Al rato, una vez que saludaron a los cinco hombres, se sentaron en el suelo a esperar. Vieron que en una esquina había un pote en donde orinaban y defecaban, generándose un olor insoportable. Después supieron que los carceleros los turnaban para que salieran de la celda y botaran en un vertedero de uno de los solares de la cárcel, el repúgnate contenido. Algunos de ellos hasta deseaban que le tocara el turno para liberarse por un rato de los torturantes grillos que herían sin misericordia la parte baja de la pierna en la cual estaban las argollas produciendo una herida que generaba dolores insoportables cuando se movían para cambiar de posición. Transcurrida una hora, dos carceleros con cara de pocos amigos llegaron con cinco pares de grilletes y se los fueron colocando mientras se burlaban groseramente, aclarándole que de allí nunca saldrían por haberse atrevido a oponerse al gobierno del benemérito. Pero que sin embargo, si la familia les enviaba

alguna platica y ellos eran generosos con las propinas, le procurarían algunas veces comida decente, cigarrillos y chocolates.

Apreciaron que les sería difícil caminar con los pesados hierros atados a sus tobillos por una sólida argolla. Después aprendieron de sus compañeros de infortunio que agachándose un poco podían hacer descansar su peso pasando las cadenas por los hombros. Ver los tobillos hinchados de los cinco hombres, les permitió deducir lo que serían sus días en aquel antro en que la miseria humana, incapaz de aceptar la disidencia, era capaz de hacer.

Después de intercambiar algunas palabras al retirarse los carceleros, supieron que los hombres eran: Dr. José Chacón, médico; Aníbal García, abogado; Leoncio Gómez, trabajador petrolero; Carlos Bustamante, periodista; y Jorge Almada, dirigente estudiantil.

Leoncio Gómez, uno de los que más torturas recibía por haber propiciado un paro en las petroleras, estaba tuberculoso y murió un mes después de la llegada a la celda de Ángelo y los cuatro muchachos. El sacerdote le dio la asistencia espiritual requerida a pesar de que en las conversaciones le había manifestado que era ateo. Esa era una de las exigencias de los verdaderos dueños del petróleo, las compañías petroleras norteamericanas, que exigían al benemérito un orden estricto que les permitiera extraerlo el llamado oro negro y llevárselo sin ninguna traba, pagándole al país miserables cantidades. A propósito, no sacaron en cadáver de inmediato. Lo dejaron por lo menos dos días tirado en el suelo, según dijeron para que les sirviera de ejemplo a los demás. En la mañana del tercer día, los carceleros se

aparecieron con un cajón por demás burdo y tosco, construido con tablas calvadas de cualquier manera a que metieran el cadáver en el cajón, lo sacaran de la celda y lo llevarán hasta un viejo camión estacionado a unos diez metros de la puerta de la celda que lo conduciría a algún sitio escogido para el entierro de los rebeldes. Como no les quitaron los grillos, la tortura de caminar un largo trecho con ellos, representó una tortura insufrible. Ya los tobillos se habían inflamado ostensiblemente, llegando a sangrar aunque sin mucha profusión.

Ángelo optó por dar una charla e intercambiar ideas con sus compañeros de celda todas las mañanas. Su prédica y el intercambio de razonamientos sobre la fe, la política y el destino que le esperaba, les permitían por momentos olvidarse de su desesperante situación. El sacerdote se mostraba esperanzado e insistía en que todos deberían tener confianza en Dios, pues de alguna manera el régimen tendría que caer un día u otro.

Con Aníbal García, el abogado, ateo confeso, se generaban interesantes conversaciones que como tales producían momentos de distracción. Las discusiones hacían olvidar por momentos lo que estaban viviendo en tan asquerosa ergástula.

Pasados unos dos meses, don Aldo no sabía nada de su hijo a pesar de que recurrió, local y nacionalmente, a cuantos le pareció que podría darle noticias. Convencido de que el único que podría hacer algo era Argimiro, todos los días le preguntaba si había logrado alguna cosa. Este siempre le contestaba con evasivas. Le aseguraba que iba alcanzando algunos progresos directamente a punta de sobornos, en

algunos pesados del gobierno. Que cuando llegara el momento irían a la capital para que viera a Ángelo y que por otra parte, trataría de lograr su plena libertad. Insistía en que él, uno de los más connotados defensores del régimen en el estado y que incluso había sido condecorado por el presidente por sus méritos, podría lograr hablar con él directamente, explicándole la situación, es decir, que se trataba de un sacerdote joven sin experiencia que había y dejado arrastrar por la emoción y no por la razón y cuatro mocosos que ni siquiera sabían lo que están haciendo.

Cuando Argimiro viajaba a la capital, las esperanzas de don Aldo y su Señora se renovaban. No sabían que en ellos lo que hacía era sobornar a los carceleros, empezando por el teniente que dirigía la penitenciaría, para que arreciaran las torturas al cura, disminuyeran su comida y lo obligarán a caminar engrillado. Quería que Ángelo muriera lentamente, sin precipitación, para que no hubiera ninguna sospecha.

Desesperados por lo que le sucedía a su hijo y al no tener ninguna noticia, don Aldo y su esposa se fueron deteriorando física y mentalmente. Cada mes viajaban a la capital tratando de conseguir alguna hendija por la cual lograr la liberación. Nada era posible, los cabecillas del gobierno, los que podían intervenir, se mostraban inflexibles. En cada caso sostenían que los que se alzaran contra el régimen debían permanecer en la cárcel como lo había ordenado el benemérito y sus órdenes se acataban sin chistar. Argimiro, por supuesto, animaba al dolido matrimonio con mentiras, asegurándoles en algunas oportunidades que seguía ha-

ciendo contactos y sobornos que podrían dar resultados positivos. Era tanto que regularmente viajaba a la capital alegando que lo hacía para tratar de lograr la liberación de Ángel, cuando en verdad lo hacía para divertirse en los más elegantes prostíbulos, comer en los mejores restaurantes e ir a la playa con algunos amigos y mujeres a montar grandes orgías.

Mariantonia estaba expectante. Sabía que a más tardar en una hora Argimiro y Valentina llegarían a la casa después de su luna de miel. Estaba orgullosa de la decoración que había ideado para el cuarto donde dormiría la pareja. Mandó a hacer cortinas nuevas; cambió la puerta de la entrada por una de caoba tallada con motivos florales al igual que la del baño; compró juegos de edredones de primera calidad; mandó a hacer una peinadora también de caoba, copia de una que aparecía en una revista francesa que consiguió en la librería de San Carlos; revistió las paredes del cuarto de baño con porcelana negra jaspeada de difusas y finas venas blancas; la cama, de una amplitud superior a lo estandarizado, fue elaborada en una fábrica de muebles en la capital, lo cual, a la vez, la obligó a mandar a construir colchón del mismo tamaño pues comercialmente no los había; las paredes laterales las revistió con espejos un tanto opacos, pero que con propiedad multiplicaban los espacios; el techo lo cubrió con papel decorativo en el cual se mostraba tenuemente una bella campiña; para del centro del techo mandó a instalar una lámpara de unos ochenta centímetros de diámetro y con numerosas lágrimas cuyo número aumentaba de arriba abajo dando una iluminación

atractiva; el piso lo cubrió con cerámica italiana de un amarillo claro que al pulirse reflejaban como si de un espejo se tratara.

Se sentía orgullosa. Tenía la firme convicción de que Argimiro aprobaría sus decisiones decorativas. En algunas oportunidades, sintiéndose cómoda como nunca, dormía en la habitación, sin que don Ángelo y doña Giovanna se dieran cuenta. Cada vez que lo hacía se sentía transportada a otro mundo y olvidándose de su condición de simple y fiel servidora de un patrón exigente y en oportunidades de trato grosero y prepotente. Pero estaba acostumbrada y si en alguna oportunidad se había sentido tan molesta que pensaba en irse, se preguntaba a dónde hacerlo y si podría obtener una vida mejor. Al acostarse, entando cómoda en tan amplio lecho, no hacía otra cosa que pensar en la concreción del matrimonio y como ella, cuando muchacha de unos 15 años, allá en su aladea, fue amada por Agustín, quien en unos matorrales que había detrás de la casa de este, la hizo suya, transportándola a un mundo nimbado de placer. Al mes se dio cuenta de que en ella se había operado el milagro de la preñez y pensaba en la alegría que representaría tener un hijo. Pero todo salió mal, su padre hombre de mal carácter, la obligó a abortar y una vez restablecida la obligó a irse de la casa. Vagó de empleo en empleo en casas de familia, hasta que ya mayorcita conoció a Argimiro cuando trabajaba en la panadería y le sirvió de tal manera que el hombre la hizo su inseparable compañía, sirviéndole en lo que el creyera conveniente, incluso como celestina en muchas oportunidades. Desde un principio se dio cuenta de que su vida estaba asegurada pues le era indispensable a Argimiro en mucho de lo que necesitaba.

El mercedes se estacionó frente a la escalera de la entrada. El chofer con presteza se bajó y le abrió las puertas traseras para que Valentina y Argimiro se apearan. Marianatonia sonreía satisfecha. Nerviosa esperaba en la puerta de la casa. Algunos obreros llenos de curiosidad y con el deseo de ver a su ama, tímidamente, a distancia prudencial, observaban la entrada de la pareja a la casa.

Si bien Valentina tenía todas las comodidades y se sentía satisfecha de vivir en una hacienda que le ofrecía aire puro, la belleza de un paisaje singular, el canto de los pájaros, los paseos a caballo hasta el río, los baños en éste para mitigar el calor y la atención solícita de Marianatonia, Argimiro empezó a tratarla con indiferencia al poco tiempo de vivir en su nueva casa. Incluso había decidido dormir en otro cuarto y solo entraba de noche al cuarto de Valentina cuando quería poseerla. Invariablemente lo hacía estando y estando borracho. Ese deseo, antes vehemente, empezó moría a pasos presurosos. También, ya bastante atormentada Valentina por tan desagradable relación, empezó a notar que muchas noches sin explicación de ninguna naturaleza, sin que mediara algún viaje justificatorio, no se quedaba en la hacienda y llegaba a la casa a la hora del desayuno. Cuando le preguntaba dónde había estado, además de no contestar la miraba con desdén y no le dirigía la palabra. Los presagios de sus padres, en especial de su madre, se hacían patentes. No había cambiado en nada y su interés por ella se esfumaba como el viento. Preocupada sentía que su decepción por Argimiro crecía día a día y

pensó en muchas oportunidades regresar con sus padres. Tratando de cerciorarse de lo que pasaba, en una oportunidad conversando con Ernesto, peón que se encargaba de mantener limpios los alrededores de la casa y de que la grama se cortara al nomás empezar a crecer, le preguntó, a la vez que le ofrecía una buena cantidad de dinero, qué si él sabía que hacía el patrón por las noches cuando no estaba en casa. El hombre lleno de nerviosismo se negó a dar alguna información pues dimensionaba lo que le pasaría si el patrón llegaba a enterarse de dar a conocer a Valentina sobre las andanzas de su esposo. Pero Valentina insistió a la vez que aumentaba la cantidad de dinero que le ofrecía. Ernesto, calculando que con lo que le daba la patrona podía de inmediato irse de la hacienda, terminó por contarle que en la mayoría de las casitas que ella conocía, dispuestas para los obreros, el patrón tenía varias amantes y se turnaba las visitas. El impacto que le causó lo contado por el peón, la impactó con violencia, haciéndole entender que su matrimonio estaba perdido. Que las promesas de Argimiro sobre su amor solo fueron fugacidades hechas a la luz de una enfermiza y pasajera obsesión y quizá todo se resumía en haber alcanzado la satisfacción de haberla podido someter como no pudo cuando era un muchacho.

Desde ese momento Valentina cambió radicalmente. La muchacha alegre empezó a vivir sin interés y ya nada le llamaba la atención, a pesar de que Mariantonia, que había deducido sin dificultad que ya la patrona sabía de las andanzas de Argimiro, trataba de que hiciera lo que a la llegada a la hacienda la divertía y le procuraba su felicidad : sus paseos a caballo, sus baños en el río, su siembra de flores, su preparación de platos especiales, su cría de gansos y

el compartir los viernes por la noche con los obreros los cantos alrededor de una fogata. También dejó de ir al pueblo a visitar a sus padres todos los miércoles, pues pensaba que irremediamente se iban a dar cuenta de su desdicha y no quería que fuera así, máxime cuando después del matrimonio se sentían felices por la vida alcanzada por ella, sin siquiera sospechar lo que estaba pasando. La nueva realidad los sumiría en la desesperanza.

Preocupada, Valentina se dio cuenta cuando ya cumplía mes y medio de casada, que la menstruación no llegaba en los días esperados. Dejó pasar una semana por si se trataba de un retardo sin importancia, pero no; no venía. Comprendió que estaba embarazada. Un día, en el almuerzo, temiendo cuál sería la reacción de Argimiro, le dijo que esperaba un niño, que estaba en estado. Contrario a lo esperado, Argimiro manifestó su alegría. Le ordenó de inmediato a Mariantonia que abriera una botella de vino para celebrar. Inopinadamente se acercó a Valentina y la besó con cierta ternura, a la vez que le dijo que al otro día irían a San Carlos para que se hiciera la consulta médica especializada. Con alegría Valentina y Mariantonia pensaron que un hijo podría ser el milagro que hiciera cambiar al inestable y orgulloso a Argimiro.

Argimiro cambió radicalmente su trato para con Valentina. Volvió a dormir todas las noches en su compañía. Empezó a comprar todo lo que le recomendaron sería necesario para cuando el hijo naciera. A diario le traía a su esposa un ramo de flores. Todo parecía de maravilla. Al parecer, el futuro hijo estabilizaría el matrimonio y la disipada vida de Argimiro. Los padres de Valentina parecieron rejuvenecer

al ver lo que estaba pasando. Pensaban en la felicidad que les producía poder tener un nieto. Pero la desgracia estaba en puerta. Ya con seis meses de embarazo, una noche en que la lluvia caía torrencialmente, Valentina empezó a sangrar con profusión. Preocupado, Argimiro llamó a los peones que cuidaba la casa y entre todos la llevaron al auto. Emprendió a toda carrera viaje a San Carlos, acompañado de Mariantonia. Llegó a la clínica y de inmediato la llevaron a cuidados intensivos. Argimiro, desesperado, esperaba el informe del médico tratante. Cuando el galeno salió y vino hacia él, comprendió por la cara que tenía que algo grave había sucedido.

—Argimiro — dijo el médico con voz entrecortada y evitando mirar a los ojos del ansioso hombre— Nada se pudo hacer. La hemorragia era indetenible. Murieron ella y el niño.

Desesperado, Argimiro en un arranque de inconsciencia, agarró al médico por la bata y propinándole un brutal puño en la cara, lo tiró al suelo. Los vigilantes de la clínica acudieron al oír que algo pasaba y lograron inmovilizar después de un violento forcejeo a Argimiro, que parecía estar loco. Una enfermera, atendiendo el pedido de otro médico que se acercó a ver qué pasaba, desapareció y al minuto volvió con una inyección ya dispuesta para ser aplicarla. Se la colocó en el brazo penetrando la tela de la camisa. Era un sedante, Argimiro se fue desplomando poco a poco hasta que se quedó dormido. Lo llevaron a una habitación. Mariantonia se sentó en el borde de la cama esperando que despertara. Lo hizo después de por lo menos una hora y media.

Al despertar miró a Marianatonia con dificultad y le pidió, ya serenado, que hiciera todos los trámites para el entierro. Se debe hacer de inmediato — ordenó con voz muy tenue — Vaya donde los padres de Valentina y cuénteles lo sucedido. Pídales que no vengan a la clínica, que lo mejor sería que esperaran a que estuviera el cadáver en la funeraria pues sería menos traumático el verla en la urna que como estaba en la morgue del hospital.

El entierro se llevó a cabo al otro día del fallecimiento, en horas de la mañana. Todo San Carlos asistió. Argimiro, todavía sin recuperarse, después del entierro, se fue a un bar y cogió una tremenda borrachera, de tal magnitud tal que tuvo que ser internado en una clínica. Al otro día tomó su carro y en compañía de Mariantonia regresó a la hacienda. Duró encerrado en la casa por unos quince días tomado desesperadamente y sin probar bocado. Mariantonia lo fue apaciguando poco a poco, hasta que entró en razón y regresó a su quehacer diario.

Don Aldo, sentado en la poltrona colocada al lado derecho de la cama, miraba a través de la ventana sin precisar nada de lo que sus cansados ojos lograban captar. De vez en cuando miraba a su mujer tendida para siempre en la cama, y las lágrimas se le escurrían generosas por las arrugadas mejillas. No eludía que entraran en la boca y hasta le complacía saborear su amargura, hasta que acumuladas se veía obligado a escupir. No dejaba de pensar en Ángelo. A pesar de las numerosas diligencias que había hecho en la capital, ni siquiera lograba tener noticias que le dieran a conocer el estado en que se encontraba su querido hijo.

Recordaba a los muchos que lo habían estafado cobrándole cantidades enormes de dinero, cuando le aseguraban que podían con esos recursos lograr algún tipo de chantaje a los policías que había en la cárcel. Se hizo vívido el recuerdo de aquel general que participo en la estafa. Confiado, se trataba de un general y estos eran los que mandaban en el país, le pago una cantidad exorbitante cuando le aseguro que resolvería la liberación de un día para otro. No volvió a ver al bandido uniformado. En ese momento le vino a la mente como un ramalazo insufrible la certeza de que Argimiro los había engañado y que en sus viajes a la capital nunca procuró la liberación de Ángelo. Empezó, a tener la convicción de que el maldito, pues ahora lo consideraba así, tenía algo que ver con la detención. Ahora, aunque tarde, se lamentaba de haberle dado tanto poder a Argimiro, que sin escrúpulos de ninguna naturaleza, buscaba quedarse con todo lo que había construido durante tantos años, a pesar de que siempre fue tratado como un hijo y prácticamente administraba todo, con su confiado consentimiento, a su manera.

Doña Giovanna no se levantaba de su cama. Una enfermera se ocupaba de atenderla de manera integral. Constantemente lloraba y preguntaba que si ya Ángelo había regresado y estaba atendiendo la parroquia. La enfermera, tratando de consolarla, le daba esperanzas diciéndole que se seguían haciendo las diligencias necesarias para su liberación. En determinados momentos, lo que le rompía el corazón a don Aldo, gritaba y gritaba llamando a su hijo, pidiéndole que volviera pues no quería morir sin poder besarlo de nuevo.

Los amigos de la ejemplar pareja de italianos, comentaban día a día sobre la desgracia que había caído sobre ella, como si se estuviera castigando lo que nunca mereció el menor castigo. Recordaban la generosidad, la honestidad, la dedicación al trabajo, su participación decidida y el financiamiento de programas sociales. Murmuraban en voz baja, que el Argimiro había resultado un desagradecido que ni siquiera los visitaba con regularidad y hasta se jactaba cuando estaba borracho con sus amigos, asegurando que no faltaba mucho para sentirse a plenitud dueño absoluto de la hacienda y los inmuebles de don Aldo. Comentaba que sería así pues tenía la seguridad de que Ángelo no soportaría por mucho tiempo en un calabozo en el cual además de dormir mal, en el suelo, como animales y sin una cobija apropiada, eran torturados de vez en cuando ya que los esbirros seguían convencidos de que debía conocer muchos nombres de los que pretendían el derrocamiento del benemérito. Para completar lo que les daban como comida era incomible, aunque hacían de tripas corazón y con desagrado ingerían las porquerías que le daban, vomitándola en muchas oportunidades.

— Argimiro — dijo uno de los contactos que tenía en la capital y que le servía de celestino — vine especialmente para darte una noticia que será de tu mayor interés.

— Te oigo — solicito Argimiro intrigado por la agitación que mostraba su subordinado.

— Pues bien amigo, resulta que ayer supe, e fuentes fidedignas, que el curita había muerto por haber contraído una infección desconocida que no soportó su debilitado organismo. Según me informó el administrador de la cárcel, amigo de tragos, al nomas constatar la muerte el policía de guardia, fue sacado el cadáver del calabozo y enterrado de inmediato en uno de los acostumbrados hoyos hechos por otros presos, envuelto en una vieja sábana.

— ¡Coño! — exclamó Argimiro confundido momentáneamente— Yo no esperaba — dijo sin inmutarse en lo más mínimo — que sucediera tan rápido, que por los menos sería después de al menos un año, pero sea como sea, se ha solucionado en forma determinante uno de mis mayores problemas, ha desaparecido uno de mis mayor estorbos. No sintió ningún dolor, ni siquiera similar al que sentía cuando perdía una pelea en la gallera.

A pesar de ser un tipo sin escrúpulos, alcohólico y dado a las drogas al robo y a la estafa, el confidente sintió que Argimiro era una piltrafa peor que él; sin sentimientos. No pudo entender como recibía la noticia con la mayor indiferencia, como si no hubiera habido ninguna relación con el cura y con sus padres. Como si no se hubiera criado con Ángelo y compartido con él la misma casa, la buena vida que le proporcionó el generoso matrimonio y los juegos juveniles. Creyó que en adelante le resultaría conveniente mantenerse alejado a pesar de que le suministraba mucho de lo que necesitaba para satisfacer su adicción al alcohol y las drogas. Buscaría otras fuentes.

El miércoles, un día después de conocer la muerte de Ángel, Argimiro consideró que a pesar de lo desagradable que le resultaría, tenía la obligación de avisarles a don Aldo y a doña Giovanna del desgraciado acontecimiento. Se levantó temprano, en momentos en que el sol empezaba a caminar por las calles y los techos de las casas de la ciudad. Inseguro y tratando de tardar lo máximo imposible su arribo al apartamento donde estaban viviendo el matrimonio, caminó lentamente hasta que inevitablemente llegó al edificio. Haciendo de tripas corazón subió hasta el apartamento que tanto conocía, Pulsó el timbre y la enfermera encargada de atender a la pareja le abrió. Dándole la espalda con indiferencia y quizá como un reclamo, se adentró hasta la cocina dejando la puerta abierta. Argimiro dudando una vez más, obvió la incomodidad que sentía y se dirigió al cuarto del matrimonio. Indeciso abrió la puerta del mismo. A pesar de su habitual indiferencia lo impactó ver las condiciones de doña Giovanna que gemía llamando a Ángel recostada sobre dos altas almohadas y la cara famélica, antes rosada y rozagante de don Aldo. Como un ramalazo recordó que en definitiva los dos seres le habían sido sus padres y le habían dado desde muchacho toda su protección.

Don Aldo, con ojos exoftálmicos se quedó mirándolo con desprecio. Doña Giovanna al darse cuenta de la presencia de Argimiro, dejó de gemir y se sentó en la cama como pocas veces lo hacía en los últimos meses, para mirar a Argimiro de arriba abajo, dejando ver en su cara que rechazaba la visita.

Balbuzeando, con voz muy débil pero inteligible, don Aldo separó del sillón con agilidad inusitada y dirigiéndose a Argimiro le dijo: qué quieres ahora de nosotros. No te queremos ni siquiera verte, Eres un ser despreciable. Un animal. Un desagradecido que algún día pagará las fechorías cometidas. Es mejor que te largues pues tu presencia no es bienvenida y nos crea la mayor de las molestias.

— Sé que no soy bienvenido — dijo Argimiro con voz entrecortada y como si de pronto el mundo se le hubiera venido encima — pero tengo el deber de avisarles algo muy desagradable.

— ¿Algo le pasó a Ángelo? Pregunto doña Giovanna urgida de una respuesta y deduciendo que nada bueno traía Argimiro entre sus manos.

— Dinos rápido lo que tienes que explicarnos y desaparece lo más rápido posible de nuestra vista, pues eres lo más indeseable.

Sintiéndose apabullado, Argimiro consideró que, si bien no quería decirlo con brusquedad, no le quedaba otra cosa que decirles sin tapujos que su hijo había muerto en la cárcel.

— Vine — dijo inseguro — a participarles que Ángelo murió. Que no soportó la cárcel y a manifestarles mis condolencias.

Al oír la noticia, doña Giovanna se desmayó de inmediato y don Aldo empezó a llorar a la vez que retiraba la mirada de la indigna cara de Argimiro. Este, ante lo embarazoso de la situación, optó precipitadamente por salir del cuarto y con

pasos ligeros llegó a la salida del apartamento. Aliviado respiró profundamente, bajó las escaleras aceleradamente hasta llegar a la ansiada calle, recuperándose emocionalmente. Se reprochó el haber tenido tanta debilidad al enfrentar a los padres de Ángel. Para terminar de aplacarse y dejar de lado lo que había vivido en unos diez minutos, a pesar de solo ser las diez de la mañana, se dirigió al club, pidió una botella de whisky y empezó a vaciarla ansiosamente.

Sin decírselo el uno al otro, don Aldo y doña Giovanna sabían que el dolor los mataría muy pronto, pues resultaba insoportable el fallecimiento de su hijo, más que amado por ser el único. Don Aldo recordó sin quererlo, que durante muchos años quiso a Argimiro como al propio Ángel y por eso el desprecio era inconmensurable.

Seguro de la aproximación del fin, don Aldo hizo llamar a su abogado para dictarle un testamento en el cual dejaría su hacienda a la Alcaldía, el apartamento a la enfermera que los cuidaba y la casa al obispo para que la convirtiera en un ancianato.

El abogado se presentó unas dos horas después de que la enfermera le comunicara el deseo de don Aldo de verlo.

Ya en el cuarto, con el corazón contraído al ver el estado en que estaban quienes además de ser sus clientes eran amigos de la mayor intimidad.

— Don Aldo — dijo conmovido el Dr. Pereira — estoy a sus órdenes para lo que desee de mí. Recuerde que siempre he cumplido con todos los requisitos legales que ha requerido, sin haberle fallado en ninguna oportunidad.

— Yo lo sé querido amigo — dijo don Aldo con voz cariñosa — pues siempre te he sentido como un verdadero y fiel amigo — Lo que quiero es dictarte un testamento para que mi hacienda pase a la Alcaldía, mi casa al obispado para un ancianato y mi apartamento a mi enfermera, la señora Rosa Rivas.

— En dos días tengo todo preparado, don Aldo. Se lo traeré para la firma de usted y de doña Giovanna y después hare los trámites necesarios para el registro legal.

Por coincidencia, el Dr. Pereira al salir del edificio se dirigió al club para almorzar. Al entrar, vio en el bar a Argimiro ya prácticamente con una borrachera acentuada.

Conocedor de lo que Argimiro había trabajado para que don Aldo lograra tanta riqueza, se dirigió a él y después de aceptarle un whiskey, le contó lo concerniente a lo que acerca del testamento había considerado don Aldo.

Argimiro se espabilo al oír lo que el abogado le contaba. Después de guardar silencio durante al menos un minuto, con dejo burlón le dijo al abogado que eso era imposible pues ya hacía tiempo don Aldo había registrado un testamento y que podía comprobarlo en los archivos del registro principal del estado.

Después de almorzar el abogado esperó que fueran las dos de la tarde y con diligencia se dirigió al Registro Principal. Conocido como era en las oficinas, le facilitaron después de la búsqueda correspondiente, un testamento que se suponía auténtico, firmado por don Aldo y doña Giovanna. Con preocupación lo leyó detenidamente unas tres veces constatando que las firmas eran legítimas pues en muchos

documentos las había visto. Preocupado, decidió esperar hasta el otro día en horas de la tarde para hablar con don Aldo, y sin contarle lo relacionado con el documento, le llevaría un nuevo documento para que lo firmara, indicando que este anulaba cualquier testamento anterior, relacionado con la repartición de sus bienes.

Satisfecho de su plan, fue de inmediato a su bufete y con la mayor precisión redactó el nuevo documento, pero cuando salía para ir a su casa, su secretaria Gertrudis Omaña, con lágrimas en los ojos y voz insegura, le dio a conocer que el señor y la señora habían muerto en la madrugada, y por coincidencia, como si de algún designio superior lo estableciera así, el fallecimiento fue a la misma hora: las 5 de la madrugada.

Al oír la noticia, el abogado se quedó paralizado, sin posibilidades de razonar adecuadamente. Pasado el torrente emocional, se lamentó de que no hubiera sido posible que la voluntad de don Aldo hubiera sido reconsiderada, pues muchas cosas, en especial relacionadas con Argimiro, habían sucedido desde la fecha del documento ya registrado y la realidad presente. Se sintió un poco culpable pues si hubiera hecho el trámite el mismo día de la visita, todo se hubiera arreglado. Concluyó, decepcionado, que como no existían otros herederos, Argimiro se quedaría con la totalidad de los bienes, lo que sin duda magnificaría sus arbitrariedades y prepotencia.

Nunca en la iglesia se había reunido tanta gente. La apreciación por el matrimonio italiano era generalizada. El obispo residió la misa de exequias y en su homilía exaltó con elocuencia la vida ejemplar del matrimonio, su com-

penetración con la sociedad y la generosidad con la que había contribuido a lograr obras de carácter social. Propuso que la pequeña redoma situada en la parte norte de la ciudad, donde empezaba la carretera como tal, llevara el nombre de Aldo Dini y estuviera centrada por una escultura de su cuerpo, hecha de bronce. Al oír la propuesta, Argimiro, tratando como siempre de utilizar cualquier resquicio para congraciarse con los demás y con ello actuar sin recibir muchas críticas por sus desmanes, se paró y con voz enérgica le indicó al señor obispo que él personalmente se encargaría de contratar un arquitecto para rediseñar la redoma y de un escultor para la elaboración de la estatua. Como resultó natural, el obispo agradeció el gesto y la agente aplaudió.

Turnándose, los mejores amigos del matrimonio cargaron en sus hombros los ataúdes, a pesar de que el cementerio quedaba en las afueras, hasta llegar al mausoleo que don Aldo había mandado a construir para su descanso y el de los suyos. En procesión, detrás de los ataúdes, cientos de personas con coronas o ramos de flores llegaron al sitio del entierro. Un agradable olor copó el espacio cuando las flores fueron colocadas sobre los ataúdes, cubriéndolos totalmente. El cronista de la ciudad, Don Porfirio Hernández, anotó lo de la muerte y el entierro describiendo todo con la mayor precisión. Don Aldo había dispuesto que no se le velara, sino que inmediatamente después de su muerte fuera llevado a la iglesia y de allí al cementerio. Con la muerte de dos seres ejemplares, la gente sintió que se cerraba un capítulo de la vida de la ciudad que nunca sería olvidado.

Argimiro, en un momento de constricción y arrepentimiento que no supo de dónde provenía, esperó a que todos se retiraran del cementerio. Quedó solo frente a la tumba y haciendo un esfuerzo, fue capaz por primera vez en su vida de pedir perdón.

Del cementerio se fue al club. Tenía la garganta seca y necesitaba un whisky que le ayudara a pasar el momento, Muchos se le acercaron a darle el pésame. No era para menos. En general se le consideraba como un verdadero hijo de don Aldo y doña Giovanna. Saturado por los comentarios que de buena fe le hacían acerca de los fallecidos y de lo que para el representaron, decidido se despidió, se montó en su auto y se dirigió a la finca.

Una vez en su casa, se sentó en la terraza, en la parte norte que permitía divisar a lo lejos la vegetación que bordeaba el río. Llamó con un grito a Mariantonia quien, al verlo entrar, conociéndolo, decidió irse a su cuarto. Le ordenó que le trajera de inmediato una botella de brandy y un vaso. La mujer, sabiendo lo que estaba bullendo en la mente de su amo, sacó del estante la botella, tomó el vaso de plata que Argimiro utilizaba para tomar agua en sus comidas y con presteza fue a entregarle lo solicitado. Después de haber ingerido unos cuatro tragos, empezaron a pasarle por la mente, como si de una película se tratara, lo que había vivido junto a sus protectores y lo maldito que había sido con su comportamiento. Como un ramalazo se vio con don Aldo subiendo por primera vez a la choza de su padre y recordó la viva emoción que embargó al italiano cuando gritando como un niño dijo que en el valle era el espacio que siempre había soñado para hacer su finca, la más bella

de la región. Recordó a su padre cuando sirviéndoles de guía los llevó hasta la orilla de la gran explanada, cubierta de un verde intenso en el cual pastaban algunos venados de color rojizo. Ahora se daba cuenta de que había también, como parte de su agitada y desvariada vida, olvidado visitar la choza de su padre y hablar con él y con su madre. Se prometió que iría de nuevo, construiría un mausoleo donde reposaban, pues con seguridad las cruces, que era lo único que los acompañaban deberían estar completamente desvencijadas. Se prometió que de igual madre restauraría la choza convirtiéndola en un albergue al cual pudiera visitar con regularidad. No dejó de pensar en el duro reclamo que sus padres le harían por tanto abandono, por haberlos olvidado sin apiadarse de su soledad...Ya ebrio empezó con desmesura a llamar a gritos a Valentina y a decirle que le trajera su hijo, pues lo necesitaba para llenar con él su vida vacía de verdaderos afectos. Mariantonia oía con preocupación. Ella cuando joven pudo haberle dado ese hijo, pero nunca se fijó en ella más allá de verla como una fiel sirvienta. Más no se quejaba. Mal que bien le había dado una vida segura sin que le faltara absolutamente nada.

Al aumentar la embriaguez se aseguró a si mismo que la muerte de don Aldo y de doña Giovanna era un buen presagio. Le estaba diciendo que esa era la noche esperada para su muerte y su resurrección. Lo presentía como nunca antes, con una fuerza indetenible. Entonces, tambaleándose por la borrachera le pidió a Mariantonia que le pusiera una bata blanca y que lo acompañara hasta la capilla, ya que si no lo sostenía al caminar con seguridad se caería y nunca llegaría.

Incapaz Marianatonia de subirlo sola a la urna, sacó una almohada de ésta y lo acostó suavemente en el suelo. Salió y a los dos primeros obreros que encontró les solicitó que la acompañaran a subir al patrón a la urna. Sin ser vistos por Mariantonia y los obreros que colocaron al patrón en la urna, ya el cortejo de los muertos ocupaba sus sillas y sonreían con risas del más allá. Ahora engrosaba el número don Aldo y doña Giovanna que, sentados en la primera fila, dimensionaban como nunca pudieron hacerlo en vida, la malignidad, la perversidad, la maldad y villanía del que había recibido todo de ellos. Al igual que quienes los acompañaban, sonrieron con tono de burla. La pretensión de la resurrección era el castigo que tendría mientras viviera, aunque sabían que no desistiría de tan absurda pretensión porque su soberbia era proverbial y quería ser un hombre único, el que por esfuerzo de su voluntad moriría por un momento y volvería para contar a todos lo que había más allá.

El olor desagradable del vómito impregnó todo el espacio de la capilla, Era tan fuerte que hasta el cortejo, a pesar de la imposibilidad de sufrir algún olor terrenal, desaparecieron en la nada desagradados al máximo por el sucio espectáculo. La urna se hizo un pozo de inmundicia que obligó a Mariantonia a volver a llamar a los obreros para sacarlo de la urna, llevarlo a la casa, desvestirlo y para que lo sostuvieran debajo de la regadera. No dejó de mirar con deseos el cuerpo del patrón y su miembro que flácido se escurría, pero lo imaginaba erecto entrando en sus entrañas. Se reconvinó. Sabiendo lo que pasaría al otro día si la urna estaba sucia y con olor nauseabundo, después de hacer que lo acostarán a en su cama, corrió a la capilla, sacó el fieltro

que la revestía y lo metió en una bolsa de plástico para quemarlo de inmediato, la lavo y desodoró con un potente desinfectante. Con un paño empapado del mismo desinfectante, recorrió todo el interior de la urna y su parte externa, hasta comprobar que el olor había desaparecido. Tomó el fieltro morado que había traído y con el revistió de nuevo la urna. Como el episodio se repetía, tenía un buen stop de ellos, para no pasar apuros.

Fray José del Castillo había regresado de su tierra, de Sevilla, a la cual había ido para visitar a sus familiares, rememorar todo lo vivido en la ciudad, en especial la vida en el seminario y el inolvidable día en que el cardenal lo hizo sacerdote. Fue a dos corridas de toros y se acercó a campamentos gitanos a oír cantar el corazón de España. Sin poder evitarlo, paso por la parte posterior de la casa de Rosalba. El árbol ya no estaba.

Pudo hacer el viaje porque Argimiro corrió con los gastos, incluyendo dinero en efectivo para que solventara todo lo necesario. Quiso volver a ver la causa que obligó a su orden a mandarlo a América, pero no la encontró en su casa. Allí vivía otra familia. Indagó y le dijeron que se había casado, tenía tres hijos y residía en Extremadura. Esa noche bebió más vino del acostumbrado. Rosalba nunca había desaparecido de su mente ni dejado de estimularle muchos sueños llenos de los momentos que había pasado con ella a escondidas en una casucha ubicada en el solar de la casa de los padres de la muchacha. Tuvo siempre la ventaja de que la pared que daba a la calle era muy baja y podía pasar por encima de ella con mucha facilidad, ayudado por una grue-

sa mata casi adosada al muro. Para bajar al solar donde estaba la casucha, Rosalba le colocaba en el sitio exacto una vieja escalera de madera. Previo a cada aventura la muchacha le dejaba un papelito debajo de la pila de agua bendita, indicándole la noche y la hora en que podían encontrarse. Por desgracia, el sacristán que venía dándose cuenta de que salía de la casa parroquial muchas veces en altas horas de la noche, decidió vigilarlo, siguiéndolo en varias oportunidades. Se dio cuenta de todos los pormenores. Para congraciarse con el superior de la parroquia, le comentó lo que Fray José hacía. Quiso por sí mismo constatar lo que el sacristán sospechaba y vigilando por la ventana de su cuarto, esperó. No tuvo que hacerlo muchas veces. A los dos días de la confidencia del sacristán, lo vio salir con un abrigo que cubría casi en su totalidad la sotana y un sombrero negro encajado hasta las cejas. Esperó. Y como conocía donde quedaba la casa de Rosalba, al rato salió y se dirigió a la parte posterior de la misma, por donde el sacristán le había dicho que subía aprovechando la facilidad que le prestaba mata de tallo grueso casi pegada a la pared. Esperó con paciencia detrás del árbol. A eso de las 2 de la madrugada, el infractor bajaba de la pared por la vía acostumbrada y cuál no sería su sorpresa cuando vio que, del lado opuesto del árbol, salía con cara de pocos amigos el superior de la parroquia. Se quedó helado. No supo cómo reaccionar ni que decir. El superior, después de mirarlo fijamente, demostrando estar enfurecido, se acercó y le dio una gran bofetada. Solo le dijo después de caminar un rato, que ese mismo día iría ante el obispo que dirigía la orden en Sevilla, para que tomara cartas en el asunto, pues todo se tenía que resolver estrictamente, evitando, eso sí, que la

cuestión trascendiera a la comunidad, pues tal situación representaría un escándalo mayor. Era indispensable que los padres de Rosalba no conocieran lo que hacía su hija; podrían hasta atentar contra el sacerdote. Al sacristán le exigió con voz que no dejaba dudas sobre su molestia, que no debía decir nada. De empezar a regar el cuento, le aseguró con firmeza que lo botaría de la casa parroquial, de su cargo y hasta haría que lo metieran preso inventando alguna acusación por robo.

Humillado, Fray Luis asistió al llamado del obispo. Decidió permanecer callado durante la entrevista, pues no tenía argumentos para dar alguna explicación pues no tenía ninguna. Todo era obvio. Todo ya estaba dicho. El Obispo, un venerable anciano, más que con rabia lo miró con lástima, pues como se lo dijo, resultaba doloroso que un sacerdote faltara a sus votos de castidad y más con una muchacha de una familia ampliamente conocida por su religiosidad y por la honestidad con que manejaban su fábrica de embutidos.

Fray Luis — dijo el obispo pausadamente a la vez que lo miraba a los ojos con detenimiento — he consultado con la jerarquía de la orden y se me ha dicho que debo sacarte de España. Que irás a Venezuela y allá, en Caracas, se te indicará el sitio exacto donde ejercer tu sacerdocio. Esperamos que no vuelvas a cometer el mismo error. Yo no soy un ogro y hasta comprendo que a veces, por falta de voluntad y hasta de convicción, caemos en tentaciones desde todo punto de vista inconvenientes. Ninguno de nosotros, aun los más fieles y devotos, están exentos de que de pronto, sin quererlo, como un ramalazo, se piense en las mujeres,

pero desechar tales pensamientos de manera radical, es el camino para alcanzar la paz interior que en definitiva es uno de los objetivos que como pastores de la iglesia debemos proponernos.

En la agencia de viajes están tus pasajes Sevilla-Madrid y Madrid- Caracas. En la tesorería de nuestra orden te suministrarán los recursos necesarios para el viaje, tu permanencia en Caracas y por algún tiempo en el sitio al que seas enviado en Venezuela.

Cabizbajo se despidió del obispo a la vez que le daba las gracias por su comprensión. No le agradaba salir de su hermosa ciudad, pero órdenes eran órdenes y solo podría desobedecer si solicitaba permiso para colgar los hábitos, cosa que nunca pasó por su mente. Se preguntaba cómo podría vivir sin los fandangos y las bulerías que se cantaban en cualquier casa de familia, teatro o en la calle misma. ¿Y las corridas de toros? ¿Podría vivir sin satisfacer una afición que lo embriagaba? A pesar de su debilidad, seguía profundamente creyendo en el valor de su condición de sacerdote y lo que por tal podía hacer por la comunidad y sus fieles.

A la hora señalada para el vuelo a Madrid, las 7.30 de la mañana, lo hizo levantarse temprano para estar en el aeropuerto por lo menos una hora antes de abordar el avión. Tenía la seguridad de que una nostalgia profunda lo acompañaría por el resto de su vida. Nunca había salido de Sevilla y para colmo, como jamás viajó en avión, sentía, sin poder evitarlo, cierto temor.

Llegó a Madrid a las 9 am. El vuelo para Caracas, nombre que le parecía muy extraño, saldría a las once. Comió algo e impaciente espero la hora de marchar a lo desconocido, a otra cultura, a otros ambientes, aunque lo consolaba el haber leído algo acerca de la alegría e informalidad de los venezolanos, amén de que históricamente habían recibido con los brazos abiertos a emigrantes de todos los países del mundo, en especial españoles e italianos, dadas las posibilidades de estabilizarse con sus propios negocios o industrias. Sabía de algunos paisanos que se habían radicado en ese país adecuadamente e incluso algunos habían conseguido una prosperidad que ni de casualidad se imaginaron. En el aeropuerto, sin pensarlo, empezó a tararear “El emigrante”, bella canción compuesta por Juanito Valderrama y que siempre formaba parte de su repertorio en las muy variadas presentaciones.

Seis horas duró el vuelo a Caracas. La experiencia del vuelo Sevilla-Madrid, le permitió soslayar el temor que tuvo antes de abordar el avión que hizo el recorrido. Al llegar a Caracas, lo estaba esperando un cura joven de apellido Colmenares, a quien le habían asignado la tarea de acompañarlo, llevarlo al sitio donde pasaría la noche y después, a eso de las 10 de la mañana, conducirlo al aeropuerto para que luego tomara el avión rumbo a la capital del estado en el cual tenía asiento el pueblo de “San Benito”. Lo alojaron en una pequeña posada en el centro de Caracas. Allí cenó y luego de hacerlo se encerró en su cuarto a meditar sobre su futuro. A eso de las 8 am. el cura Colmenares lo buscó y luego de instalados en el auto, bajaron hasta el aeropuerto

de Maiquetía, de donde saldría el vuelo para Mérida, capital del estado, Al llegar a la capital del estado sería llevado por otro sacerdote que lo esperaba en el aeropuerto local, hasta el pueblo de “San Benito”, enclavado entre bellas montañas y con un clima envidiables. Llegaron directamente a la pequeña pero agradable casa parroquial en donde el padre Esteban, párroco del lugar, ya tenía preparadas las maletas para viajar a un nuevo destino. Una vez instalado, se apareció el sacristán, un hombre de unos 40 años apodado el campanero, que desde hacía 20 se ocupaba de mantener en buenas condiciones la iglesia. El hombre le mostró pormenorizadamente los ambientes de la casa cural y de la iglesia. Luego le entregó un manojito de llaves, indicándole a que puerta correspondía cada una de ellas.

Procurando agilizar sus relaciones, después de darse una ducha se fue a la prefectura, se presentó y supuso desde ese momento que todo iría bien pues la acogida fue afectuosa. El perfecto dio con él un recorrido por la calle central del pueblo, presentándolo a quienes encontraban. Luego fueron a la escuela y agradablemente los recibió su director, el Maestro José Correa, quien de inmediato le presentó a su secretaria y a las maestras que en ella daban clases.

Ante tan buena acogida consideró que en la mañana, en la misa de 6 debería hablar como nunca antes lo había hecho, pues si así lo fuera con seguridad la feligresía le sería desde ese momento incondicional. Y así fue. Tuvo emocionado la convicción de que nunca había sido tan caluroso y emotivo en sus sermones. Para ello seleccionó uno de los pasajes más bellos de la biblia y en el cual Jesús dictaba un có-

digo de comportamiento humano: “El Sermón de la Montaña”.

Todo marchaba perfectamente, en plena paz espiritual, hasta que conoció a Jacinta, muchacha bonita y coqueta, que frecuentaba la casa parroquial para ayudar sin pago alguno a su limpieza y además, se encargaba de indicarle a la cocinera que comida hacer y cómo arreglar la cama y la ropa del nuevo párroco.

Como resultaba inevitable, se estableció una estrecha relación que terminó con un enamoramiento mutuo. Todos los días rogaba a Dios que no le permitiera dar un paso más, pues recordaba lo sucedido con Rosalba. Pero llegó lo inevitable. Una tarde neblinosa, cuando descansaba en su cama, la muchacha, totalmente desinhibida, se sentó en el borde del colchón y luego, sin ningún preámbulo, lo besó en la boca apasionadamente. Él, obnubilado respondió con el mismo ardor y luego pasó lo que tenía que pasar.

Siempre esperaban para sus encuentros amorosos, que la cocinera abandonará la casa, pero está ya había entrado en sospecha y para comprobarlo, se despidió como todas las tardes, pero luego entró sigilosamente por la puerta trasera y colocando el oído en la puerta del cuarto del párroco, no tuvo duda de que estaban haciéndose el amor. La mujer empezó a echar el cuento a sus amigas y luego, como sucede en todo pueblo pequeño, todos sabían o al menos presumían la veracidad de tan repudiables relaciones. El Prefecto, preocupado, fue hasta la capital y le pidió al señor obispo que sacara al cura de “San Benito”, pues además del exabrupto que cometía y las posibilidades de que la gente empezara a perder la fe, podría un día amanecer

apuñalado por el padre de la muchacha que se lo tenía jurado.

El obispo, preocupado, de inmediato viajó con el prefecto hasta “San Benito”. Llegó agitado a la casa parroquial y le pidió a Fray Luis que preparara sus maletas pues debía abandonar la parroquia de inmediato, Le dijo en tono despectivo que su permanencia un día más en ella significaría crear desconfianza hacia la iglesia católica por la culpa de su despropósito, de su actitud arbitraria y anticristiana. Sin quererlo, Fray Luis recordó su antigua debilidad por Rosalba y que las consecuencias que resultaron de esa relación, se repetían amargamente.

Viajó con el obispo sin decirse nada. Al llegar a la residencia de éste, de inmediato se apareció un jeep. El chofer montó su equipaje en el vehículo y de inmediato emprendieron viaje hacia un lugar desconocido. Pasado un rato le preguntó al inmutable chofer que a dónde se dirigían y este lacónicamente le dijo en seco que a la parroquia de “El Escobal”. Convencido de que no podría entablar alguna conversación con el chofer, permaneció en silencio hasta que llegó a su destino. Era un pequeño pueblo de campesinos. Se trataba prácticamente de una zona rural dispersa, Todas las familias se dedicaban de una manera u otra a la siembra de la papa, el apio y la zanahoria, aunque ya algunos españoles e italianos habían comprado parcelas, dispuestos a sembrar alcachofas, brócolis y espárragos. El conductor paró el jeep frente a la diminuta casa parroquial. Bajó el equipaje sin decir nada y sin despedirse se fue cuesta abajo.

A los pocos días de estar en su nueva parroquia, se celebró el día del patrono de la ciudad: San Onofre. En la retreta que se dio en la plaza, conoció a Argimiro Buenaventura. Desde ese momento compaginaron y celebraron el encuentro tomándose unos whiskies en la casa parroquial. Whisky 18 años del que Argimiro trajo de la ciudad en tres cajas, pues había sido nombrado padrino permanente del día del patrono. No era para menos, había repartido entre los campesinos tierras de su propiedad, reconstruido la iglesia y la plaza, amén de que como venía con regularidad pues había comprado una casa en la que trajo a vivir una hermosa jovencita que vivía en la capital, de manera que sus relaciones pasaran desapercibidas para los amigos de la ciudad y a don Aldo y doña Giovanna.

Argimiro llegó a establecer una sólida amistad con Fray Luis, dada la circunstancia de que siendo muy buen jugador de ajedrez, encontraba pocos contendientes en la ciudad que pudieran darle batalla. Y era que en sus ratos de ocio se dedicaba al estudio del juego y a memorizar formas estratégicas para enfrentar a sus oponentes. En Cambio, el sacerdote era un muy buen jugador y le ganaba muchas partidas. En oportunidades el juego se prolongaba de manera tal que lo dejaban para terminarlo otro día. Por otra parte, Fray Luis era buena copa y tenía preferencia por el coñac que proveía siempre Argimiro, lo que representaba para este el compañero ideal. Y porque también era buen conversador, pues su preparación era de primera. Le gustaba sobre todo discutir de teología, ya que Argimiro ponía siempre sobre la mesa de la conversación muchas dudas que bullían en su cerebro. Temas especiales eran la inquisición, los templarios y las cruzadas.

— Don Argimiro — gritó Mariantonia emocionada desde la puerta de la casa — ¡ha llegado Fray Luis! ¡Se está bajando del taxi!

Argimiro, que se tomaba un café en el comedor, no terminó de hacerlo y precipitadamente se dirigió a la puerta. Se encontraron en la escalera de la entrada y se dieron un fuerte abrazo. A pesar de muchas diferencias, eran buenos amigos, en especial porque Argimiro pasaba con los mejores ratos de ocio, conversando y jugando ajedrez, siempre con el aderezo del coñac o del whisky.

Mariantonia, con cierta timidez, también le dio un efusivo saludo al cura. Sabía lo que representaba para su patrón y todo lo que para él era importante, lo estimaba como propio. No importaba lo que fuera con tal de complacerlo, a pesar de que Argimiro si bien la consideraba indispensable, nunca le dio muestras apreciables de cariño o estimación. Pero le daba el dinero suficiente para que comprara lo que a ella se le antojaba. Nunca abusó de esa prerrogativa.

Entraron y se sentaron en la sala uno frente al otro. Al hacerlo Argimiro le ordenó a Mariantonia que trajera una botella especial de whisky 20 años, hielo y agua. La mujer lo trajo de inmediato y solícita sirvió el licor.

Eran aproximadamente las cinco de la tarde. Una lluvia pertinaz caía sobre la finca como sucedía constantemente. La neblina empezó a cubrir los espacios bajando sin prisa de los cerros vecinos.

¿Cuándo regresaste? —preguntó Argimiro a la vez que reía — No sabes cuanta falta me has hecho. Y lo digo con mu-

cha sinceridad. Tú sabes que la gente me respeta por miedo o por el poder del dinero, pero no me tienen cariño. Pero sé a ciencia cierta que, entre tú y yo, a pesar de nuestros encontronazos verbales por muchos temas sobre los que intercambiamos ideas, no estimamos con sinceridad. Mi otra gran amiga y creo que esa en verdad me quiere como nadie, a su manera, es Mariantonia. Por cierto, que he decidido y así lo haré en unos días, depositarle en su cuenta una significativa cantidad de plata, de manera que pueda enfrentar su vejez con tranquilidad.

Mariantonia que escuchaba desde el pasillo, sonrió como nunca antes lo había hecho. No la alegró tanto lo del dinero, sino que el patrón se hubiera expresado llamándola su amiga, aunque lo que siempre deseó era que, aunque fuera por efecto de una borrachera, entrara a su cuarto y la poseyera. El suyo era un amor que solo podía expresarlo por la sumisión.

— Pues Argimiro — contestó Fray Luis denotando sinceridad — yo también te siento como un amigo, aunque tus procederés contradigan los dictados de la iglesia y hasta te atrevas a desafiarlos. En cuanto a mi viaje ¿Qué te digo? Sentí de nuevo la vibración de mi tierra, sus cantos, sus corridas de toros, su alegría y la disposición que siempre tuvieron mis paisanos de ser atentos y de entrar en confianza sin muchos preámbulos. Allá, en la bella catedral de Sevilla, patrimonio de la humanidad si no lo sabías, recé muchas veces pidiéndole a Dios que cambiaras tu manera de ser y variaras tu comportamiento soberbio. Por cierto — continuó Fray Luis mientras sorbía un trago de Wihky — al entrar a la finca me di cuenta de que está en franco dete-

rioro. La entrada llena de huecos, los porteros se ven marchitos y a esta casa como que tienen tiempo sin darle una manito de pintura. Es decir, me da la impresión de que perdió su frescura y ya no trasmite esa sensación de prodigiosa.

— Tienes razón — contestó Argimiro a la vez que echaba más hielo en su vaso — Ya no me emociona tanto. Y creo que, aunque me recrimino a mí mismo, todo obedece a que tengo lo suficiente para vivir como quiera. Por otra parte, y sé que esto te molesta, he concentrado la mayoría de mis esfuerzos en lo que ya sabes de la resurrección. Te cuento, antes de que alguien más te lo diga, que todas las noches, invariablemente, me acuesto en la urna esperando el momento en que ese milagro sucederá y aspiro ser el único que pueda contar que hay en el más allá.

— Pero Argimiro — dijo manifiestamente molesto el sacerdote — cómo es posible que mantengas la terquedad de conseguir algo que del todo resulta imposible. Tú no vas a poder trastocar las leyes decididas por Dios para los seres vivos. De la muerte nadie regresa. Lo hizo Jesús, para demostrarle al mundo, y muy especialmente, a sus apóstoles, su condición de hijo del padre. No puedes ser la excepción en cuanto a desconocer tu propia interioridad, esa que nos dice lo que debemos hacer, lo que dejamos de ser y lo que se puede alcanzar. Es decir, tener una conciencia capaz de dimensionar lo que pueden obtener de la vida. Es el conocimiento de las posibilidades alcanzables, aunque algunas desde todo punto de vista resultan utópicas, inalcanzables, no dejando por ello de ser estimulantes.

— Ya estás otra vez filosofando, Fray Luis — dijo Argimiro a la vez que reía — Yo entiendo perfectamente lo que me dices, pero todo se reduce a que se me conceda el milagro y nada más. Y lo pido con la mayor devoción, aunque entiendo que mi vida no ha sido un santo camino para esperararlo, pero como todo se perdona si hay la constrictión adecuada, tengo la seguridad de que me será concedido.

— Pero — contestó Fray Luis con ironía — la constrictión tuya parece ahogarse irremediabilmente en el licor. Me dicen que antes de acostarte en la urna agarras unas monas de padre y señor nuestro y que incluso ya acostado en ella sigues bebiendo hasta quedarte dormido.

Paya cambiar el tema, un tanto ya animado por los escoce-ses, Argimiro, mirándole como si estuviera pidiéndole comprensión a Fray Luis, le contó que venía notando, día a día, que la copia del cuadro de Rafael pintado en el techo se iba decolorando poco a poco, lo que sin duda representaba un indicio, pues tenía la seguridad de que cuando el cuadro ya no se pudiera percibir en sus detalles, se produciría el milagro esperado.

— Coño — dijo en tono de regaño Fray Luis, a la vez que arrugaba la cara — estás llegando a un grado de insania mental que me parece alarmante. El cuadro está desapareciendo simple y llanamente porque el pintor usó pintura de segunda, que como tal no persiste por mucho tiempo. Esa vaina tuya ya raya en la locura y perdona que te lo diga, pero como amigo me preocupa enormemente. Yo te recomiendo que dejes de beber como un caballo, que man-

des a quemar esa maldita urna, cierras la capilla y vuelvas a ser el hombre exitoso con su trabajo. De paso, para mostrar respeto a Dios y para que dejes de pensar groseramente que se prestará para que se cumpla tu absurda quimera, ve por la parroquia y te confesaré y así puedas de inmediato comulgar. Sé, o por lo menos lo pienso así, que volverá a plenitud la cordura.

— Fray Luis — ripostó Argimiro con dureza — no te mando para el carajo porque eres mi amigo y por comprender que por tu papel de sacerdote, tienes la obligación de decirme lo que dijiste, pero no hay nada de locura. Estoy completamente de acuerdo. Es verdad que he descuidado un poco la finca, pero eso es debido a mi afición, que tú no dejas de tenerla, de empinar el codo todos los días. Sé a ciencia cierta que ya me puedo considerar casi un alcohólico, pero que haya pasado a la demencia, es solo una vaga apreciación tuya.

Ya que terminamos la botella — continuó Argimiro — te invitó a la capilla que luce muy bonita pues recientemente la pinté. ¡Ah! Se me olvidaba contarte para que me ayudes a interpretarlo, que cuando ya quedo solo en el cuarto, invariablemente en las sillas que están a la derecha aparecen don Aldo, doña Giovanna, Ángelo, Valentina y otros muertos que tuvieron relación con mi vida y mi actuar y que para colmo, conversan entre ellos y se ríen a mandíbula batiente hasta que yo termino por quedarme dormido. Ya estoy acostumbrado a ver esos rostros pálidos, demacrados, a los que no me atrevo a mirar directamente a los ojos, pues algo me dice que no lo haga.

— Eso son simples imaginaciones tuyas — afirmó Fray Luis tratando de ser convincente — No hay nada allí. To-

dos esos muertos solo están en tu mente y por la carga de culpa que llevas encima, crees estar viéndolos. Eso no se puede explicar de otra manera. Los fantasmas no existen y nadie se aparece después de muerto para reírse de ti.

— Me perdonas, pero estas muy equivocado en tu apreciación — dijo Argimiro sonriendo con sorna — don Aldo y yo recibimos la ayuda de mis padres muertos para encontrar el valle. Mi padre nos sirvió de guía. Y no estoy loco, lástima que ya no esté para contarlo. La primera vez sintió mucho temor, pero después de algunos encuentros allá donde vivían en lo alto de la montaña, don Aldo conversaba con ellos. Claro que nunca lo contó a nadie, pues como tú lo haces conmigo, lo hubieran tildado de loco. Y lo que más asombro le causaba era el hecho de que de pronto decía que tenía que ir a una parte determinada, desaparecía y al rato regresaba contándonos lo que había hecho. Te puedes reír el tiempo que quieras, pero don Aldo vivo y mis padres muertos se hicieron amigos e intercambiaban apreciaciones sobre el hecho de que habían encontrado un paraíso. Y don Aldo le daba constantemente las gracias por haberlo ayudado a encontrar lo que siempre había deseado. Por supuesto que tú no lo crees, pero te juro que así fue y cada vez que subo a la montaña, a la vieja cabaña que mi padre hizo después de huir de San Carlos, él y mi madre me están esperando sentados en los dos troncos ubicados frente a la puerta. De todas maneras, sin es que tienes la valentía de comprobarlo por ti mismo, podemos un día subir y veremos qué pasa. Por cierto que tengo dispuesto ir pronto pues estimo que ya las cruces que hay en sus tumbas deben estar muy envejecidas. Y para completar ese panorama que a tu mente con seguridad le resultará imposi-

ble aceptar, después de que hablo con ellos, vuelven a sus tumbas, a la vez que me dicen que los visite más a menudo, ya que se sienten muy solos y tremendamente aburridos.

— Bueno — Dijo Fray Luis en tono de despedida — es mejor que me vaya pues ya son las siete de la noche. Llama al capataz y dile que me lleva al “Escobal”.

— No, mi querido amigo — dijo Argimiro casi como una orden — es mejor que te quedes durmiendo aquí y en la mañana a eso de las siete te llevamos a tu parroquia. Mariantonia te prepara una cena y después te indicará el cuarto en el que vas a dormir. Yo ya me tengo que ir para la capilla. Voy a ponerme antes mi pijama morada, color que he escogido para pasar las noches en la urna. Si quieres me acompañas a la capilla hasta que me quede dormido. Será grata tu compañía.

— Gracias Argimiro, pero prefiero no ir de nuevo, ya lo hice erróneamente el día de la inauguración, por lo cual prefiero irme a dormir después de cenar.

— Esta bien, como quieras.

A rato Argimiro volvió cubierto por una pijama de morado intenso y despidiéndole salió de la casa rumbo a la Capilla, acompañado de Mariantonia. Fray Luis, los siguió hasta la puerta y permaneció en el vano de la misma, siguiendo con la vista a la pareja, hasta que se perdió en la neblina.

Fray Luis, después de saborear la exquisita cena que le había preparado Mariantonia y dejado servida en la mesa, decidió acostarse, pero no podía conciliar el sueño, pensando en la locura de Argimiro. A eso de la una de la ma-

drugada, sin entender por qué, decidió asomarse a la capilla. Se vistió y con inseguridad manifiesta se acercó a ella. El portero estaba profundamente dormido sentado en su silla. Nervioso se asomó y al mirar a la izquierda de la urna, con asombro, vio a los muertos de que había hablado Argimiro, que reían sin parar. Reconoció a don Aldo a doña Giovanna, a la comadrona Cleotilde, al joven Germán Atuve, a María la que murió al practicarse un aborto. Otros le eran desconocidos. Asustado, tratando de no creer lo que veía, a toda carrera regresó a la casa. No pudo dormir. Esperaría despierto para regresar en la mañana. La experiencia que había tendido le provocó una confusión mental insoportable. Todo era inaudito.

A eso de las siete de la mañana, Fray Luis escuchó la corneta del carro de Argimiro. Agotado por no haber podido dormir y sin quitarse de la mente lo que había visto en la capilla, con inseguridad caminó hasta la puerta. El carro lo manejaba el capataz, quien solícito le abrió la puerta del Mercedes. El hombre notó con preocupación que el sacerdote no caminaba apropiadamente. Le pareció ver a una especie de sonámbulo incapaz de mantener el equilibrio adecuado. Por fin llegó al carro y lo abordó. Con asombro oía una u otra vez que el sacerdote después de emprender el viaje repetía una y otra vez, cacofónicamente, como si estuviera enajenado: ¡Es imposible, no puede ser! ¡Es imposible! ¡Tiene que ser cosas del demonio! ¡Fue solo una imagen en mi mente! ¡Es imposible, Insólito!

Al pasar por el lado de la capilla, buscando la carretera de salida, Fray Luis dejó de repetir sus quejas y sintiendo

sintiendo cierto alivio se santiguó. El capataz respiró aliviado. Lo anterior le decía que el sacerdote estaba perdiendo la chaveta, pues no había otra explicación. Más adelante, al salir a la carretera nacional, frente a la casa del brujo, le pidió se detuviera. Nunca creyó en la capacidad curativa el charlatán ni en sus poderes predictivos, pero algo lo impulsaba a conversar con él. Se apeó y decidido tocó la puerta. Con asombro el curandero le dijo en tono amable que lo estaba esperando, que los espíritus le habían dicho que lo visitaría, que recurriría a él a pesar de que repetidamente desde el púlpito y en cualquier conversación, trataba de persuadir a la gente de que no lo visitara, de que todo era una superchería que utilizaba para negociar con los problemas físicos y mentales de quienes procuraban sus oficios, por efecto de la ignorancia.

— Adelante — invito el Adalberto amablemente y sin dar muestras de asombro — Estoy para servirle. Puede contar con mi absoluta discreción. Procedo igual que usted con los que confiesa, nunca doy a conocer lo que los pacientes me cuentan de sus molestias y lo que las producen, en especial si son mentales, casi todas relacionadas con problemas de amoríos imposibles, matrimonios inestables y, a veces, de inestabilidad mental. Solo doy a conocer el tratamiento al paciente o a quien el haya escogido para suministrarlo. Aunque usted no lo crea, el obispo, Monseñor Rulfo Parra, que sufre de gota, se ha curado con mis medicamentos; le ha ido de los mejor. Antes, me confesó, había visto a muchos médicos y no habían podido aliviar sus punzantes dolores. Estuvo aquí y no me recriminó absolutamente nada. Hay oportunidades en que me hace llegar algún regalo de la hacienda; Fray Luis dejó de repetir sus quejas y

ciones de pasajes de la biblia, botellitas de ron y muchos chocolates. Leo los libros con mucho interés.

— ¿Y cómo fue que Monseñor Rulfo corrió el riesgo de venir consultarlo cuando muchos consideran que incluso usted tiene pacto con el diablo? — Preguntó Fray Luis recuperando la claridad en la voz.

— Pues bien. Sucedió lo siguiente, Doña Lucrecia, la coordinadora de la cofradía de la santísima virgen sufría de una dolorosa culebrilla, herpes zoster, le dicen los médicos, y por recomendación de una sobrina a la que había yo tratado de una incontinenencia urinaria, le sugirió que me viera, pues con seguridad yo podría librarla de tan incapacitante dolencia. Y ella vino, aunque con desconfianza por aquello de mi ridículo pacto con satanás. Elaboré la preparación adecuada y yo mismo le hice la primera aplicación. La culebrilla la tenía en la espalda y en el brazo izquierdo. Después me informaron que el problema había desaparecido en dos días. Por eso, me contó Monseñor, sobreponiéndose ella a temor de que reaccionara con una cruda recriminación, le recomendó a Monseñor que me viera para que se curara de la gota y olvidara lo del pacto con el diablo. El Obispo recibió su consejo sin decir nada. Más bien le agradeció la recomendación y le dijo que a lo mejor mi fama de curador no era una fantasía; que mi capacidad del curandero pudiera que ser cierta y que no perdía nada consultándome, siempre y cuando nadie lo supiera, en especial el Cardenal. Me explicó que la señora se le insinuó con tal firmeza que me visitara, que decidió venir. Y para bien de todos y de mi prestigio, la gota no volvió con los bebedizos que le preparé y embotellé. Ahora la señora me envía

siempre regalos, en especial gallinas y el señor obispo, como se lo dije antes, me hace llegar cajas de chocolates y algunas botellas de ron.

— Interesante historia — aseguró Fray Luis mostrando preocupación y con mucho nerviosismo — Yo solo quiero de usted que me cuente sus experiencias con el más allá, pues me han dicho, aunque no creo nada, que usted se comunica con los muertos. Y quiero saber algo ya que Argimiro me aseguró que don Aldo ¿Lo recuerda? Había compartido con sus padres muertos y de manera constante en cada una de las oportunidades en que subieron a la montaña, donde su padre había construido su cabaña. Y para colmo, vi anoche, aunque creo que fue solo una turbación mental mía, a algunos muertos conocidos en la capilla que construyó Argimiro para morir y esperar su resurrección. Y todos reían. ¿Qué cree usted que me está pasando? ¿Me estoy volviendo loco?

— Gracias por confiar en mí y hacerme consulta tan delicada, a pesar de que durante mucho tiempo usted ha tratado de evitar que las personas me visiten buscando algún alivio, Creo — continuó mirando con fijeza al sacerdote — que no se ha tratado de algún trastorno mental. Usted ha visto algo real. Yo supe de las relaciones de don Aldo con los padres de Argimiro desde un principio y siempre las di por ciertas. Si no hubiera sido así, don Aldo no hubiera tenido las facilidades de primera para llegar al valle donde hizo su finca, ni para orientarse debidamente; él lo acompañó muchas veces.

— Pero — replicó Fray Luis — eso resulta imposible y me cuesta creerlo a pesar de la experiencia de anoche. Y usted,

dicen que se comunica con gente del más allá, y los hace hablar con sus familiares ¿Eso le es posible?

— Difícil de creer ¿Verdad? Pero es así. No en todos los casos que me lo propongo lo logro, pero si han sido muchas las oportunidades, aunque quiero recalcar que ninguno transmite las características o lo que sucede en el más allá, sino que simplemente intercambian en pocos segundos saludos con sus allegados. No sé de dónde me viene ese poder invocatorio, pero como buen cristiano creo que todo lo decide el Señor. Nunca he podido explicarme a mí mismo, que puedo tener de especial para lograrlo.

— Fray Luis — continuó Abelardo como si se tratara de un padre que da consejos a un hijo — olvídense de lo que ha visto, pues si se obsesiona y en consecuencia se pone a pensar en tal fenómeno a cada momento, puede terminar mal su cordura. Puede trastornarse. Le voy a dar un preparado para que pueda dormir adecuadamente. Siga con su apostolado sin pensar en otra cosa que cumplir con su deber y todo irá bien. Es todo lo que puedo decirle y hacer por su bien. Todo depende de usted mismo y de nadie más.

Al terminar de hablar el brujo, Fray Luis sintió cierto alivio y por unos momentos sus preocupaciones desaparecieron. Pensó que tenía razón al decirle que todo lo que sucede es decidido por el todopoderoso y que por tal había que admitirlo así, por muy absurdo que nos parezca. No era acaso él — recordó con prontitud — dada su condición de sacerdote un intermediario de Dios en la tierra. ¿No era posible que también le hubiera dado ese don a personas

especiales que nunca pasaron por un seminario y el yerbatero era una de ellas?

Se despidieron. Adalberto le dio una botella del preparado que le había ofrecido y luego lo acompañó hasta la puerta del carro. Ya recorridos unos kilómetros, Fray Luis no pudo evitar que la escena regresara a su mente y volviera, para preocupación del chofer a repetir sin detenerse ¡No es posible! ¡No puede ser así! ¡Nada de lo visto es real! ¡Es solo algo imaginativo!

El chofer, preocupado, aceleró para llegar lo más pronto posible al “Escobal”, pues empezó a convencerse que el cura estaba mal de la cabeza.

Apolinar Becerra, el padre de la muchacha que Argimiro violó con alevosía, estimulado por el aguardiente y su sed de poseer todo lo que le provocaba, luego de salir humillado de la finca “El Paraíso”, se dirigió al llano donde con seguridad, dada su experiencia como ordeñador, encontraría trabajo sin muchas dificultades. Efectivamente, en el pueblo donde llegó, le dijeron que don Dionisio Zerpa estaba buscando ordeñadores con urgencia, pues la mayoría de ellos colombianos, estaban regresando a su país en donde ya les resultaba mejor el trabajo por efecto de la valorización de su moneda y del aumento de los salarios para los trabajadores del campo.

Al otro día, al nomás pararse de la cama del cuarto que había alquilado en una humilde posada, despertó a su mujer y a su hija María, y siguiendo las indicaciones de los dueños del establecimiento, se dirigió a la finca del señor

Dionisio, que según le habían dicho, tenía el nombre de “Alejandra”. Después supo que Alejandra era su hija y que graduada de médico se fue a Francia a completar sus estudios y allí se había casado lo que dificultaba su regreso. Cuando llegó a la entrada le dio la impresión de que aquel era el sitio ideal para vivir. La entrada, asfaltada, estaba bordeada por más de un kilómetro de hermosas matas de mango. En el fondo se distinguía la casa central de la finca, una quinta colonial rodeada de jardines.

Don Dionisio que en ese momento salía de la casa, vio aproximarse al hombre con su mujer y su hija. Supuso que estaría buscando trabajo pues no había otra explicación.

— Buenos días — dijo don Dionisio amablemente —
¿Qué se les ofrece?

— Buenos días contestaron al unísono Apolinar, su mujer y su hija. Yo vine a su finca señor — dijo con cierta timidez — porque en el pueblo me dijeron que usted estaba urgido de ordeñadores y yo quisiera ese empleo. Tengo bastante experiencia y soy un trabajador responsable, aunque sé que se le puede dificultar emplearme si tengo que vivir aquí junto a mi familia.

— No amigo — dijo sonriendo el hacendado — desde que mi mujer murió hace unos dos años, vivo solo con una criada, el capataz, Reinaldo, y los ordeñadores y el que ustedes vivan todos aquí me servirá de mucho. La niña puede ayudar al trabajo dentro de la casa y su señora en el lavado y planchado de la ropa. Todo eso lo hace Parmenia, mi criada, quien a pesar de ser una buen trabajadora y me ha servido por más de quince años, la noto cansada y eso me

preocupa porque es como de la familia. Claro que cada uno de ustedes recibirá un sueldo por separado, de manera tal que el trabajo se haga de la mejor manera. El único impedimento Amigo Apolinar, es que usted no sea un buen ordeñador porque el trabajo es grande y ordeñar a muchas vacas, unas ochenta, requiere agilidad y conocimiento pleno del ordeño. Por lo de vivir no hay problema, detrás y comunicada con la cocina, hay una pequeña cabaña en la cual pueden vivir con comodidad. Ahora se la muestro. Para salir de dudas — dijo enfáticamente don Dionisio — mañana lo paro a las cuatro de la madrugada para el primer ordeño y veremos si su trabajo me agrada o no. Ojalá y sea verdad lo de su experiencia pues tenía seis ordeñadores y dos regresaron a Colombia, lo que nos ha metido en apuros.

Llenos de alegría pues presentían una vida satisfactoria en la finca, limpiaron muy bien la cabaña que estaba equipada con buenas camas, una cocina de gas, una salita con dos sofás y un baño con todo lo necesario. Se acostaron a dormir. Apolinar, cuyo cuerpo y mente le decían por fuerza de la costumbre cuando se aproximaban las cuatro de la madrugada que era hora de pararse, lo hizo a eso de las tres y media. Don Dionisio se sorprendió al verlo dispuesto en la puerta de la cabaña. Generalmente tenía que despertar a los ordeñadores que tenía a su disposición. El hacendado vio aquella actitud como algo muy positivo. De seguro sería un trabajador de primera.

Al llegar al ordeño donde estaban ya las vacas juntas desde la tarde del día anterior, don Dionisio le presentó

a los otros ordeñadores. De inmediato, mostrando soltura, tomó una de las banquetas y se dispuso a ordeñar. Era tal la rapidez y pulcritud en el trato de los pezones de las vacas que los otros hombres quedaron admirados. Don Dionisio sonrió satisfecho. Era lo que necesitaba.

La vida en la finca era tranquila y el trabajo eficiente. Dado el buen comportamiento de Apolinar y de su familia, dispuesta incluso a afrontar responsabilidades que no eran de su rutina, don Dionisio se fue haciendo buen amigo del grupo y nunca lo trató con aires de patrón. A María, que mantenía la casa siempre impecable y ayudaba con entusiasmo a Parmenia en la cocina, en el lavado y planchado de la ropa, empezó a quererla como una hija. No había viaje a la ciudad sin que regresara con un regalo para la niña, que se acostumbró a pedirle la bendición, lo que complacía al solitario hombre, rico en lo material pero carente de afectos familiares y con su única hija en Europa, que a lo mejor nunca volvería a ver, pues se había casado con un profesor de la universidad, demasiado ocupado y reacio a salir de Francia.

El capataz, celoso de las atenciones que su patrón le dispensaba a Apolinar y su familia, cosa que nunca había hecho con la suya, optó por renunciar. Sin pensarlo dos veces, don Donisio le ofreció a Apolinar el cargo, con lo cual este lograba un ascenso importante y una remuneración que duplicaba la anterior, aunque nunca les faltó nada, dada la generosidad que para con ellos tenía el patrón.

La finca iba progresando a pasos agigantados, en especial porque los obreros de la misma, en número de doce, recibían el mejor trato de su nuevo capataz, quien además de

solicitar en todos los casos el favor, estaba pendiente de sus problemas, en especial los de salud. Muchas veces llevó algunos al hospital del pueblo y permaneció con ellos hasta la recuperación. María, y eso la divertía una enormidad, debajo de un gigantesco mango, colocó unas sillas y con un pizarrón clavado en el tronco, enseñaba a leer y escribir a los hijos de los trabajadores. Además, los sábados preparaba una fiesta infantil en que se partía alguna piñata, se preparaba una comida especial y generalmente dulce de lechosa, pues el fruto abundaba. Dionisio miraba todo con entusiasmo. Convencido de que la carga administrativa de la hacienda ya le resultaba agotadora, optó por ir instruyendo en su manejo a Apolinar hasta que este captó todo con facilidad. Una vez más, en algo que nunca pensó alcanzar, estaba siendo exitoso.

Pero si bien como familia vivían con la mayor amplitud y nada les faltaba, la señora, sin poder olvidar recuerdos que la atormentaban, lloraba casi todos los días. Argimiro, al tratar de consolarla, lo que lograba era que aumentara el llanto. La mujer no se olvidada por nada de la violación de su hija y de la humillación sufrida por la brutalidad del maldito del Argimiro. María, por el contrario, dada la rica vida juvenil que estaba teniendo, parecía haber olvidado el incidente, aunque a veces cuando llegaba a oír a su madre llorar, sabía porque lo hacía y se avivaba el dolor mental y fisco que el desgraciado le había provocado.

Apolinar, al contrario, nunca manifestaba nada sobre el momento más amargo de su vida, que era mucho pero mucho más del hambre que pasó de muchacho junto a sus humildes padres allá en el pie de monte andino. Pero si

bien no exteriorizaba nada, día a día revivía el ultraje infligido a su hija, lo que lo hacía pensar y pensar en el desquite, en la venganza. Rogaba tener la oportunidad de encontrarse con el maldito una vez más. Y si fuera así, sabía que perdería la razón y procedería quien sabe cómo.

El sacristán se iba preocupando cada día con mayor intensidad por el raro comportamiento de Fray Luis. Generalmente dormía muy poco y a altas horas de la noche salía de la casa cural a la plaza a caminar apresuradamente como si estuviera persiguiendo a alguien. Había que llamarlo varias veces para que se sentara a comer. Hablaba solo y sin coherencia, repitiendo en ocasiones hasta el cansancio ¡No es posible! ¡Eso no puede ser! En oportunidades, sin que se le notara ninguna preocupación, dejaba de dar la misa, lo que empezó a molestar a los feligreses, que al darse cuenta del comportamiento del sacerdote dejaron de ir a la iglesia. No quería confesar a nadie. A veces volvía a la normalidad y durante unos días su comportamiento era el adecuado, hasta que llegó un momento en que en la homilía se desviaba del tema a tratar y generaba un discurso incoherente proponiendo el cambio de gobierno y solicitándole al pueblo que se alzara en armas contra este, utilizando el arsenal que tenía escondido en el sótano de la casa parroquial.

Profundamente preocupado, el sacristán, por solicitud de todos los pobladores que empezaron a comprender a cabalidad la situación, en especial las señoras que integraban la cofradía de la Virgen María, tomó la decisión de ir a la ca-

pital del estado a hablar sobre el problema en el Palacio Arzobispal. Fue recibido por un sacerdote joven que al conocer el motivo de la visita, lo llevó hasta el despacho del Obispo. Este, después de que su ayudante le dijo al oído lo referente al problema de Fray Luis, le solicitó al sacristán que se santera y que con calma, sin omitir detalles, le contara todo pormenorizadamente. A medida que iba narrando el raro comportamiento de Fray Luis, el obispo dedujo de inmediato que el sacerdote estaba demente, causa por la cual iría personalmente con sus dos ayudantes a traerlo a la ciudad para que los médicos lo examinaran y le recomendaran lo conveniente. Así lo hizo al otro día.

Al llegar el Obispo al “Escobal” lo recibió casi todo el pueblo, que le pedía hiciera algo para curar a Fray Luis, ya que estaban contentos de la forma en dirigía la parroquia. El Obispo les prometió que haría todo lo que estaba a su alcance para lograr la mejoría del sacerdote.

Entró a la casa cural y encontró a Fray Luis sentado en una mecedora ubicada en el pasillo frente al patio. Se dio cuenta de que se mecía nerviosamente, impulsando la mecedora con violencia. Precavido se acercó y le dijo:

— En nombre de Dios, buenos días hermano, espero que se encuentre bien.

— ¿Y quién es usted, si se puede saber — preguntó Fray Luis sin dejar de mecerse.

— ¿Pero es posible que no reconozcas? — Preguntó el prelado con mucho nerviosismo — Soy el obispo, hijo mío, Rulfo Parra. No es posible que no me reconozcas si nos hemos visto ciento de veces.

— ¡Ah!, ahora me parece que si lo recuerdo y también recuerdo que usted fue quien decidió mandarme para la parroquia de este pueblo ¿Por qué usas colores morados? ¿Es algo especial?

— Hermano — ripostó el Obispo cada vez más preocupado — vengo a buscarte para que me acompañes a San Carlos, donde estarás mucho mejor, en un sitio adecuado y tranquilo.

— ¿Y en que nos iremos? ¿El tren o en avión? ¿Iremos después a Madrid o a Sevilla?

— No, iremos en mi carro que es muy cómodo y tiene aire acondicionado. Lo haremos en compañía de los dos sacerdotes que me acompañas.

— ¿Pero puedo llevarme las armas que tengo para tumbar al gobierno?

— Por ahora no. Volveremos en una camioneta y las llevaremos mañana o pasado mañana.

— Si es así si lo acompaño.

El sacristán ya había colocado en la maleta de Fray Luis toda su ropa y algunas imágenes de su propiedad, sobresaliendo un hermoso rosario de plata sevillana.

Los acompañantes del Obispo se acercaron a una señal de este, tomaron por los brazos al sacerdote y lo llevaron hasta el automóvil. Antes de entrar, le grito a los curiosos que estaban en la calle que iba dar un paseo y que pronto estaría de vuelta.

Al llegar a San Carlos, el Obispo lo ubicó en uno de los dormitorios del palacio Arzobispal y de inmediato llamó a médicos especializados en alteraciones mentales, para que hicieran el diagnóstico y decidieran que conducta seguir.

Los galenos coincidieron en que estaba mal mentalmente y que necesitaba un tratamiento psiquiátrico especializado, para lo cual resultaba indispensable internarlo en una institución que estaba ubicado fuera de la ciudad y que se había diseñado de manera tal que fuera lo más cómodo posible. Estaba rodeado de jardines, fuentes y paseos bordeados de hermosos árboles.

El médico entró en el cuarto en el cual estaba Fray Luis y le inyectó un sedante. Después de que este hizo efecto, dos enfermeros lo acostaron en una camilla y lo llevaron en una ambulancia hasta el psiquiátrico.

Cuando Argimiro supo el estado de su amigo, se acercó al psiquiátrico y fue a la oficina del Director. Este le dijo que era mejor que esperara un tiempo para visitarlo. Argimiro, luego de manifestar al Director su preocupación, le solicitó que lo trataran de la mejor manera. Donó una buena cantidad para el instituto e indicó que mensualmente aportaría lo necesario para que Fray Luis fuera atendido de la mejor manera. El director le aseguró que todo estaría bien, aunque una plena recuperación no se podía precisar.

Argimiro, aunque se negaba a aceptarlo, estaba convencido de que su comportamiento había influido mucho en provocar la locura de su amigo.

La noche estaba plena de oscuridad y viento frío que calva en los hasta los huesos. Empezó a caer una lluvia pertinaz sobre los tres hombres que a caballo, entraban al camino que conducía a la hacienda el “Paraiso”. Uno de ellos sacó del bolsillo de la montura una botella de aguardiente. Pararon un momento los caballos. Cada uno tomó dos tragos del licor, con lo que aplacaron un poco el frío.

— ¿Falta mucho? — preguntó uno de ellos al que fungía de jefe.

— No, la entrada no tiene más de un kilómetro. Luego estaremos propiamente en la finca y en ella averiguaremos dónde está nuestro objetivo, aunque creo tener ya la información precisa. Por otra parte, es posible que no encontremos a nadie y hayamos perdido el viaje. Si no lo encontramos, volveremos en otra oportunidad, pues yo tengo que cumplir con mi propósito, que como tal lo considero un deber, un deber de hombre y de padre.

— Yo viví aquí y sé que todos a esta hora, más o menos las doce de la medianoche, estarán durmiendo. Sin embargo, es posible que haya algún vigilante, en cuyo caso veremos como neutralizarlo. Me puedo orientar con facilidad. Conozco el lugar como la palma de mi mano, aunque a lo mejor hay mejoras que no tuve oportunidad de ver. La casa central está a eso de seiscientos metros y frente a donde nos encontramos, pero no se puede ver por la maldita oscuridad. De donde estamos las casitas de los obreros están a la derecha, al fondo, cerca del río, a unos trescientos metros. A la casa central se entra por una escalera de unos doce escalones. El capataz es el único que puede despertarse pues parece que hasta dormido vigila de acuerdo con las

órdenes de su maldito patrón. Habita en una cabaña adyacente a la casa central, que le asignó su patrón al considerarlo una especie de perro guardián. Aunque sé, me lo dijo muchas veces que, si bien no aprobaba muchas de las conductas de su jefe, su deber era servirle. La casa, desde donde estamos, tapa la cabaña por lo cual para llegar a ella hay que ir al fondo, rodeándola. A ese hombre, necesariamente, será el primero que neutralizaremos y lo conminaremos bajo amenaza de muerte a que nos lleve donde queremos. Quiero decir que entrar a la casa central será difícil pues está muy protegida, pero el capataz nos puede ayudar si lo hacemos por la parte de atrás y nos colabora. Lo obligaremos a forzar la puerta de la cocina si es que no tiene llave de la misma. Luego entramos al primer piso y de ahí por una pequeña escalera al segundo, en donde está la habitación a la que debemos llegar.

Se pararon de repente tranquilizando a los caballos. El aullido de un perro se oyó a lo lejos, pero dejó de hacerlo en menos de un minuto. Ante tal situación se escondieron detrás del tronco de una gigantesca ceiba. Apreciaron a medias, dada la poca visibilidad, que la luz de la cabaña del capataz se encendía y luego el hombre salía respondiendo a la llamada del perro. Después de mirar a todos lados utilizando una potente linterna, pareció convencerse de que no había nada raro y regreso a su alojamiento.

— Hagamos algo — sugirió Apolinar, quien había servido como ordeñador en la finca — sigamos a pie para mayor seguridad. Acerquémonos a la cabaña, vemos cómo podemos entrar de sorpresa y le caemos al hombre maniatándo-

lo. Por lo que creo está despierto, lo que quiere decir que debemos ser muy rápidos al entrar a la cabaña. El me dirá lo que quiero, es decir, dónde está exactamente su patrón, pues es posible que duerma en la ciudad y entonces hayamos perdido el viaje.

Apolinar, cuando entraron a la finca, apreció que en un elevado a la izquierda de la casa, a unos doscientos metros de ésta, había una estructura borrosa por la neblina, que semejava una capilla y que no estaba allí cuando vivió en el lugar. En ella no se veía ninguna luz que permitiera precisar su estructura. Intrigado se dijo que después de alcanzar su cometido, iría hasta la construcción para saber de qué se trataba y qué contenía. No creía que Argimiro se hubiera arrepentido sinceramente de sus pecados y la hubiera hecho para encerrarse en ella a rezar por el perdón. Su prepotencia se lo impediría. Sería más que un milagro. Además, así lo relacionó, estaría relacionada con lo que hasta la finca de don Dionisio había llegado de boca en boca en cuanto a su pretensión de morir y resucitar.

Cautelosos se acercaron a la puerta de la cabaña. Apreciaron que en su interior había una bombilla encendida, lo que daba a entender que el capataz estaba despierto.

Apolinar empujó suavemente la puerta de la entrada y pudo comprobar que no estaba cerrada con llave. Susurrando le dijo a sus compañeros que entrarían a la carrera y someterían con los puñales al hombre antes de que reaccionara.

Así lo hicieron. De un solo golpe abrieron la puerta de par en par y se dirigieron al cuarto iluminado. Entraron con los puñales en la mano y de manera amenazante. El capataz,

quien era conocido por su valentía, trató de reaccionar parándose presto de la cama donde veía una revista, pero uno de los hombres se acercó y bruscamente le colocó el puñal en el cuello, inmovilizándolo.

¿Qué quieren? — preguntó el capataz sin mostrar miedo alguno —. Si buscan plata aquí no hay un coño. Quizá unos quinientos bolívares. Si es por eso se los doy y se van en paz. Yo no los seguiré ni hare ningún escándalo para despertar a los obreros.

Apolinar se quitó el sombrero y de inmediato se puso debajo de la bombilla para que el capataz lo pudiera reconocer.

— ¡Coño! — dijo sorprendido — tú eres Apolinar, el que trabajo como ordeñador un tiempo aquí en la finca. ¿A qué vienes? ¿Qué es lo que buscas después de tantos años?

— He venido a buscar a tu querido patroncito, el desgraciado del Argimiro ¿Es que acaso no recuerdas por qué me fui humillado de esta maldita finca? Evitemos cualquier violencia y solo dígame donde está el desgraciado. Si está en la casa nos acompañaras para poder entrar por detrás. Haremos lo nuestro y luego nos iremos sin hacerte nada ¿Entiendes?

El capataz intuyó de inmediato que Apolinar venía dispuesto a acabar con la vida del patrón. A pesar de su preocupación y rememorar los acontecimientos relacionados con la violación de María, pensó que el hombre no dejaba de tener razón

— Claro que entiendo, Apolinar — afirmó el capataz — y puedo deducir lo que vienes. Yo mismo sentí rabia por la porquería que te hizo, pues de una manera u otra eras el ordeñador más eficiente que teníamos y tú y tu hija, no puedo olvidarlo, eran trabajadores ejemplares. Recuerdo — expresó con énfasis como queriendo suavizar la situación — lo que nos alegraban tú y tu hija con la guitarra y el canto espléndido de María.

— Retira el puñal de su cuello, Genaro — ordenó Apolinar, al apreciar que el capataz no tendría ninguna reacción violenta. Mejor hablemos claro, sin mentiras ni fingimientos, y resolvamos la vaina de una vez.

— Mira — dijo en tono conciliador Apolinar, a la vez que se sentaba en la cama junto al capataz — todo lo que quiero saber es dónde está a esta hora Argimiro. Solo quiero que seas preciso, pues entiende que tú no tendrás nada que ver con lo que de una manera u otra va a pasar ¿Está en la casa? Si es así te pararás de la cama y nos acompañarás para entrar por detrás, por la cocina. ¿O será que está en la ciudad? Y si es así ¿Cuándo regresará? Con seguridad él te lo informó. Eres su hombre de confianza.

— Mira — dijo pausadamente el capataz, como queriendo ser condescendiente y así evitarse cualquier problema — él no está ni en la casa ni se ha ido para la ciudad.

— ¿Y entonces?

— Ya te explico, pues es necesario que conozcas en detalle algo absurdo que ha venido pensando Argimiro que puede lograr. Para mí esta completamente loco,

— ¿De qué se trata?

— Bien, escucha con mucha atención. No está en la casa ni se ha ido a la ciudad. Está en la capilla, que con seguridad lo vieron al entrar a la hacienda ¿Fue así?

— Si pudimos apreciar la construcción, aunque sin mucha precisión por lo espeso de la neblina ¿Y qué coño hace allí encerrado? Explícame, aunque me han llegados rumores de una pretendida resurrección.

— Bien. Pon atención. Su prepotencia lo ha llevado a creer que él puede resucitar, por eso en la capilla hay una urna donde duerme, esperando la muerte para de inmediato volver a la vida. Alega, con desvarío, que él tiene el derecho de resucitar sin que sea ordenado por un milagro de Jesús, como se cuenta en la biblia. Asegura que tendrá la excepcional posibilidad, de resucitar, de ser el único humano que ha ido al más allá y regresado, pudiendo entonces contar al mundo lo que hay en el otro mundo, recibiendo el reconocimiento del universo entero, pues entonces los hombres podrán orientar su vida en función de lo que dará a conocer con lujo de detalles y por medio de cuanto haya disponible para hacerlo.

— Debe estar completamente loco — dijo Apolinar, mostrando incredulidad — Sin embargo, no es de extrañar. Su enfermiza prepotencia debió ir alterando su mente hasta llevarlo a pensar en tal estupidez. Es una aspiración absurda, inadmisible y es del todo imperdonable que pueda pensar en la posibilidad de lograr algo tan insólito y sin que en ello intervenga Dios, es decir, con solo poner en juego su voluntad.

— Bueno — dijo Apolinar sin todavía sobreponerse al asombro — como ya sabemos dónde está, vamos a hacer lo siguiente, te amarraremos las manos y pies para evitar cualquier reacción tuya, aunque tengo la impresión que para ti la cuestión te será indiferente. Dejaremos la puerta abierta para que mañana algún obrero entre a averiguar y te desate.

Después de amarrar las manos y pies del capataz, Apolinar y sus dos acompañantes salieron y con decisión se dirigieron a la capilla. Antes de acercarse a ella, precisaron que un hombre estaba sentado a un lado de la puerta vigilando. Apolinar decidió que uno de sus compañeros diera la vuelta a la capilla y se acercará al hombre por detrás para neutralizarlo poniéndole un puñal amenazante en el cuello. El hombre hizo lo indicado y sigilosamente se acercó al vigilante que al percatarse de la presencia de un extraño, trató de tomar el fusil que tenía recostado en la silla, pero fue inútil, el puñal puyaba el cuello produciendo dolor, lo que le hizo pensar a Crispulo que era inútil oponerse.

— Quédate quieto y no opongas resistencia — dijo conminatorio el compañero de Apolinar — no te va a pasar nada si te quedas quieto. Mis dos compañeros, que están esperando a unos metros de aquí, van a entrar a la capilla y yo permaneceré teniéndote quieto. Lo que va a pasar a ti no te importa nada. No tendrás nada que ver.

— ¿Pero qué es lo que quieren? — preguntó Crispulo ansioso y atemorizado al seguir sintiendo la punta del puñal lastimándole superficialmente el cuello — Yo simplemente cumplo con vigilar la puerta de la capilla, para lo cual me

contrató el patrón y hasta ahora no había pasado nada. Nadie se había acercado hasta ahora, pretendiendo entrar.

— Tú, tranquilo. Mis dos compañeros que ya se acercan, entrarán y lo que hagan a ti no debe importarte un coño. Solo quédate tranquilo y sin nervios.

Un poco indeciso, Apolinar entró a la capilla con su compañero. El otro permanecería afuera inmovilizando Críspulo, que al parecer tomaba las cosas con calma, pues se daba cuenta de que no sería lesionado si se quedaba quieto.

Lo que vio Apolinar le produjo una gran conmoción. Era un escenario tétrico. La urna en el centro bordeada por cuatro velas encendidas, dos a la derecha y dos a la izquierda. Sus débiles llamas combatían con mucho esfuerzo la oscuridad. Para completar su estupefacción, vio que de pronto, salidos de no se sabe dónde, unos hombres y unas mujeres, sin duda muertos, ocupaban las sillas que estaban a la derecha de la urna. Percibió que todos reían con un rictus de satisfacción. Al estar en el pie de la urna, le pidió a su compañero que buscara el encendedor de la luz que debía estar a uno de los lados de la puerta. Cuando la luz se encendió y todo pudo percibirse a plenitud, avanzó hasta la cabecera del cajón, sin dejar de mirar a los espectros que seguían riendo sin cesar. Argimiro, todavía sometido al efecto del alcohol, maldiciendo gritaba que quién había encendido la luz, que quien se había atrevido a alterar su sueño. Más al despertar por completo, vio a un hombre parado a nivel de su pecho, con un filoso puñal en la mano derecha y esbozando una sonrisa de satisfacción. Trató de pararse haciendo un gran esfuerzo, pero el puñal, ya colocado en su pecho se lo impidió.

— ¿Quién coño eres tú? ¿Cómo te atreves a venir a perturbar mi sueño? — preguntó Argimiro que no terminaba de salir de la sorpresa de tener a alguien amenazándolo.

Como algo sobrenatural, de pronto, la colección de sombreros y de botas colocadas en las paredes, empezaron a quemarse, creando un ambiente confuso, misterioso, como premonitorio.

Los muertos reían ahora a carcajadas que sonaban en los oídos de Apolinar como si de un canto de alegría se tratara. Aguzando la vista solo pudo reconocer a don Aldo y doña Giovanna, a los que vio varias veces en la hacienda.

Argimiro se limpió los ojos y trató de precisar quién era el que lo tenía inmovilizado con el puñal apretándole el pecho. La cara le era conocida. Hizo un esfuerzo mental y logró después de mirar fijamente su rostro, que se trataba de Apolinar, el ordeñador. Pasó por su mente, como una película, la violación de María y el sentimiento de humillación al que sometió a la familia de un hombre bueno, trabajador y que antes de su despropósito se veía feliz.

— Apolinar — suplicó Argimiro — no tienes por qué hacerme daño. Yo te puedo dar el dinero que quieras si me dejas tranquilo.

— Me gusta verte lleno de miedo coño de madre — dijo irónicamente Apolinar la vez que presionaba más con el puñal — Quiero que me supliques perdón, aunque debes saber que eso no evitará que venga lo que le hiciste a mi hija, desgraciado. Y en cuanto al dinero, en esta oportunidad no te servirá de nada. No lo necesito pues además ahora tengo más que suficiente.

— No puedes asesinarme, Apolinar, yo soy un hombre superior y por eso no tienes derecho — dijo Argimiro pretendiendo revertir la decisión firme que apreciaba en las palabras de su agresor.

Sin poder soportar que el miserable tuviera en esos momentos el atrevimiento de hablar de superior, hundió el puñal con furia una y otra vez, hasta darse cuenta de que el miserable había expirado.

— ¡No resucitarás, maldito — grito Apolinar con rabia — pero con seguridad te espera la quinta paila del infierno en donde has de pagar todas las deudas que contrajiste con muchos dado tu abominable proceder, tu puerca vida.

Los espectros se pararon de las sillas y parados aplaudieron durante unos minutos, al cabo de los cuales salieron de la capilla en ordenada fila y luego se desvanecieron ante los ojos asombrados de Crispulo y el hombre que con el cuchillo en el cuello lo controlaba.

La copia de la pintura de Sanzio se fue cayendo a pedazos sobre el cuerpo de Argimiro, cubriéndolo de la cabeza a los pies.

Satisfecho, Apolinar salió de la capilla que empezaba a arder por todos los costados. Le dijo a su compañero que ya no amenazara más a Crispulo y que emprendieran el regreso de inmediato. Nadie debería saber lo que había pasado. Los muertos nunca podrían contar lo que pudieron apreciar.

— Crispulo - dijo amenazante Apolinar — acabo de matar a tu maldito patrón. Tú eres el único que puede atestiguar. Si lo haces no debes nombrarnos, pues ten la plena seguri-

dad de que te pasará lo mismo. Por eso, cuando la policía te interrogue, asegúrale sin mostrar miedo alguno, que no estuviste en toda la noche en la puerta de la capilla, pues por estar muy cansado habías decidido ir a tu casa a dormir al pensar que no pasaría nada especial, igual a la tranquilidad que reinaba de noche desde el inició de tu trabajo como guardián y que te obligaba a dormir de día y permanecer en vigilia durante la noche. Insiste en eso, en decir que al igual que otras noches al comprobar que el patrón dormía profundamente por efecto del aguardiente, decidiste dejar la puerta sola e irte a dormir Y fue lo que hiciste la noche en que se cometió el crimen. Debes también tomar en cuenta para que no se te escape nada, que vives solo, por lo que no hay nadie a quien puedan solicitarle la corroboración de tu afirmación en cuanto a que dormiste en tu casa.

— Mira, Argimiro — dijo Crispalo teniendo ya la seguridad de que no le iban a hacer ningún daño — te lo juro por lo más sagrado que haré lo que dices. Además, a mí tampoco me caía muy bien el patrón, pues, como todos, sabía de sus arbitrariedades. Puedes irte tranquilo, en especial, y lo digo de verdad, que tenías el derecho de vengarte. Nunca olvidamos tu amargura, la de tu mujer y la de tu bella hija, después de que él la violó miserablemente. No es necesario repetirlo porque lo sabes perfectamente, todos en la hacienda los queríamos.

Los tres hombres, satisfechos por haber logrado su propósito, caminaron en búsqueda de los caballos y luego de montarlos emprendieron el regreso apresurando el paso.

Al salir a la carretera vieron en la puerta de su casa a Adalberto. El brujo los saludó con una enorme sonrisa y sin más ni más les dijo que los felicitaba. No tuvieron la menor duda de que sabía todo lo sucedido, lo que corroboraba las dotes superiores que lo adornaban y que lo habían hecho famoso en toda la región.

Cuentan que todas las noches, a eso de la once o doce un fantasma, saliendo de las ruinas de la capilla, camina sin descanso dándole vueltas y más vueltas a la hacienda hasta la madrugada, lo que hace que la gente de la hacienda se acueste temprano y tranque herméticamente las puertas de sus casas. Los más atrevidos algunas noches se asoman por la ventana para ver al hombre desandando. Al terminar su larga y despaciosa caminata, a eso de las tres de la madrugada, regresa a la capilla y luego desaparece como algunos valientes se han atrevido a comprobarlo.

¡Algunos campesinos que veían a Argimiro, dada su sumisión, como un ser superior, capaz de alcanzar lo que muchos hombres no podían, esperaban que resucitara como se lo había propuesto.

¡Pero claro que nunca resucitó!

Excelentísimo y Venerable

Presidente de la República.

Después de saludarlo y desearle que logre su definitivo propósito de hacer a nuestra patria grande como ninguna, lo que con seguridad logrará a manos llenas, dada su inigualable superioridad para administrar desde el Go-

bierno, con la mayor probidad y honestidad los recursos con los que cuenta nuestra excepcional naturaleza, paso a informarle lo siguiente:

Como recordará, Excelencia, usted le dio en propiedad al Don Aldo Dini, unas tierras para que este hiciera una hacienda modelo. Ese hombre, trabajador como ninguno, logró convertirla en un paraíso y por eso le dio ese nombre. Es una gran productora de leche y de carne. Mas él y su señora fallecieron y su hijo, sacerdote, murió en la cárcel al ser hecho preso por actitudes conspirativas contra su inigualable Gobierno. Dados esos fallecimientos, la hacienda la siguió administrando un señor de nombre Argimiro Buenaventura, el cual fue criado por la pareja de italianos como un hijo y que vale la pena decirlo, fuer clave en concretar la prosperidad de la Finca, aunque su comportamiento siempre fue reprochable. Pero sucede, su Excelencia, que este recién falleció asesinado y no hay ningún heredero, ni siquiera algún pariente lejano en Italia, pues todo se ha averiguado con minuciosidad.

Ahora bien, como su Excelencia lo comprende, la finca no tiene propietario, ni tampoco un apartamento, una casa y la panadería que montó la pareja desde que llegó a San Carlos, y que hoy es la mejor de la ciudad.

En función de lo anterior, su Excelencia, tenemos entendido que todo debe pasar a propiedad del Estado, causa por la cual solicitamos de su sabio consejo y recomendaciones para proceder.

Deseándole una larga vida y que los éxitos logrados por su gobierno se multipliquen,

Quedo de vuestra Excelencia,

Dr. César Montalvo.

Gobernador del Estado.

Amigo

César Montalvo.

Recibimos su comunicación sobre la situación de las propiedades de la pareja de italianos a la que favorecí, creo que acertadamente, donándole el valle en que trabajaron duro para hacer una finca exitosa.

Mi decisión sobre los bienes que dejaron es la siguiente:

Usted se encargará de que se hagan los documentos legales para que la finca pase a mi exclusiva propiedad. Desde ya vaya buscado un buen administrador, conocedor de lo de la leche y la cría, para que se encargue de ella y me rinda cuentas a través suyo. De todas maneras, la finca pertenece al Estado y ese soy yo.

En cuanto a la panadería, reconocimiento a su lealtad, procure también los papeles legales para que pase a su propiedad. Sin embargo, para evitar problemas, una vez elaborados, yo los refrendaré.

En cuanto al apartamento, utilícelo para alguna de las oficinas de la gobernación, preparando todo para que sea propiedad de la misma.

La casa, que nos imaginamos será muy amplia, debe pasar a ser propiedad de la Alcaldía, para que en ella pueda fun-

cionar una escuela. Aquí se procederá de igual manera, es decir, se harán los papeles legales y yo los refrendaré.

Desde el Palacio de Gobierno,

Su amigo el Presidente

Por resolución conjunta de la Gobernación y la Alcaldía, la calle tres de la ciudad se empezó a llamar “Calle Don Aldo”. Se hizo un acto especial para oficializar el nombre, al cual asistió la mayoría de los habitantes de la ciudad, conocedores de la vida y obra de don Aldo y doña Giovanna.

FIN



**UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES**
VENEZUELA
Vicerrectorado Académico



Argimiro Buenaventura, es la sexta novela escrita por el Profesor Eleazar Ontiveros Paolini. Se trata de una novela de ficción en que se ejemplariza el problema de la ingratitud y la prepotencia, ya que la generosa familia italiana que le dio a Buenaventura desde niño pobre y huérfano todas las posibilidades para tener una buena vida, termina por ser dominado por una ingratitud enfermiza, sustentada en la prepotencia y hasta en la humillación. Como en otras de sus novelas, el autor le da relevancia a lo rural e incluye, como en otras ocasiones, la relación no solo verbal entre vivos y muertos sino también en los quehaceres físicos.